

Sarah Dessen

*Atrapa
la
luna*



Lectulandia

Mientras su madre, la reina del aeróbic Kiki Sparks, pasa el verano de gira por Europa, a Colie, de quince años, le toca quedarse con su tía Mira en un aburrido pueblecito de Carolina del Norte. Está convencida de que va a ser el peor verano de su vida, pero pronto se da cuenta de lo equivocada que está. Por un lado, su tía es excéntrica pero encantadora; por otro, gracias al destino o la casualidad, Colie consigue un trabajo de camarera donde hará los primeros amigos de su vida: Morgan, Isabel y Norman. Entre los tres conseguirán que al final del verano Colie se quiera y se vea así misma de otra manera.

Lectulandia

Sarah Dessen

Atrapa la luna

ePub r1.1

Rocy1991 06.12.14

Título original: *Keeping the moon*

Sarah Dessen, 2012

Traducción: Elena Abós

Editor digital: Rocy1991

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Lee Smith, que me enseñó, y para las bailarinas del Burrito pasadas y presentes

1



Me llamo Nicole Sparks. Bienvenidos al primer día del peor verano de mi vida.

—Colie —dijo mi madre con un suspiro mientras avanzaba por el andén hacia mí. Llevaba uno de sus conjuntos deportivos FlyKiki, el de color morado; parecía una uva reluciente. Su ayudante, de pie junto a la puerta de la estación, lanzó una mirada mal disimulada al reloj—. ¿Te importaría dejar de poner cara de sufrimiento?

Le ofrecí una sonrisa falsa y crucé los brazos con más fuerza.

—Ay, todavía peor —dijo. Otro suspiro—. Con ese color de pelo y eso que te has puesto en el labio tienes un aspecto horrible, incluso cuando sonríes.

Se acercó; sus deportivas rechinaban sobre el asfalto. Como todo lo demás, eran nuevecitas.

—Cielo, sabes que es lo mejor. No puedes quedarte en casa sola todo el verano. Te sentirías muy sola.

—Tengo amigos, mamá —dije.

Inclinó la cabeza, como si lo dudara.

—Ay, cielo —repitió—. Es lo mejor.

Lo mejor para ti, pensé. El problema de mi madre es que siempre tenía buenas intenciones. Pero no pasaba de ahí.

—Kiki —dijo su ayudante, cuyo nombre no me había molestado en aprender porque ya no estaría allí a mi regreso. Seguramente terminaría despedida incluso antes de llegar al aeropuerto—, tenemos que irnos si no quieres perder el vuelo.

—Sí, ya. —Mi madre puso los brazos en jarras, su típica postura de aeróbic, y me miró de arriba abajo—. Seguirás haciendo ejercicio, ¿no? Sería una pena que recuperaras todos esos kilos.

—Sí.

—Y comerás cosas sanas. Ya te he dicho que te enviaré todos los productos de línea Kiki, para que los tengas en casa de Mira.

—Ya me lo has dicho.

Dejó caer las manos y en ese breve instante volví a ver a mi madre. No a Kiki Sparks, la experta en *fitness* y entrenadora personal de medio mundo. Ni a la Kiki del programa de entrevistas y los anuncios de la tele, esa Kiki que sonreía en paquetes de millones de productos para adelgazar. Solo a mi madre.

Pero el tren se acercaba.

—Ay, Colie —dijo, y me dio un abrazo hundiendo el rostro contra el pelo negro azabache que estuvo a punto de provocarle un ataque de nervios la mañana en que

aparecí con él en el desayuno—. No te enfades conmigo, ¿vale?

Le devolví el abrazo, aunque me había prometido no hacerlo. Me había imaginado que permanecería dura y silenciosa cuando el tren se alejara de la estación, que mi rostro furioso sería la única imagen que se llevaría de mí en su *Tour europeo de fitness* FlyKiki. Pero yo era justo lo contrario a mi madre, y no solo por tener siempre malas intenciones. Aunque yo tampoco pasaba de ahí.

—Te quiero mucho —me susurró de camino al tren.

Entonces llévame contigo, pensé, pero ya se estaba separando de mí, secándose los ojos, y yo sabía que si pronunciaba esas palabras, caerían entre las dos y se quedarían allí, causando más problemas de los que valían.

—Yo también te quiero —le dije. Cuando llegué a mi asiento, miré por la ventana y la vi junto a la entrada de la estación. Su ayudante se removía inquieta a su lado. Me dijo adiós con la mano y yo le devolví el saludo, pese al nudo tenso y palpitante que se me estaba formando en la garganta. Luego me puse los auriculares, subí la música a tope y cerré los ojos mientras el tren arrancaba.

No había sido siempre así.

En mi primer recuerdo real, con cinco años, llevo unas bailarinas blancas y estoy sentada en el asiento delantero de nuestro coche familiar Plymouth Volaré delante de un 7-Eleven. Hace muchísimo calor y mi madre se acerca a mí con dos Big Gulps, una bolsa de Fritos y una caja de bollos Twinkies. Lleva botas vaqueras, rojas, y una falda corta, aunque era la época que llamamos los «Años Gordos». A mi madre, ser obesa —en su peor momento llegó a pesar casi ciento cincuenta kilos— nunca le había impedido seguir las modas.

Abre la puerta del coche y tira dentro el botín. La bolsa de Fritos me rebota en la pierna y cae al suelo.

—Échate para allá —me ordena, y acomoda su corpulencia a mi lado—. Todavía nos queda medio día para llegar a Texas.

El resto de mis primeros recuerdos están llenos de autopistas que vienen hacia mí desde distintos paisajes: desiertos llanos y secos, frondosos pinares, ventosas carreteras costeras flanqueadas por dunas. Solo unas pocas cosas se mantenían constantes: mi madre y yo estábamos gordas, normalmente el siguiente destino no quedaba lejos y siempre estábamos juntas, nosotras dos contra el mundo.

Nuestra última parada había sido Charlotte, en Carolina del Norte, hacía tres años. Nunca había permanecido tanto tiempo en el mismo colegio. Allí fue donde mi madre se convirtió en Kiki Sparks.

Antes era solo Katharine, universitaria fracasada y maestra de pequeños talentos: sabía servir gasolina, vender por teléfono nichos de cementerio o cosméticos Mary Kay, e incluso organizar las citas de un servicio de acompañantes. Lo que fuera, con tal de sacar dinero para la comida y la gasolina, hasta que le volvía a picar el

gusanillo de viajar. Pero, al cabo de unos días en Charlotte, presentó una solicitud para un empleo en una tintorería, que no consiguió, y en pleno ataque de frustración se empotró contra un Cadillac en el aparcamiento. Como no teníamos ni un duro, convenció a la dueña del coche, propietaria de un gimnasio llamado Lady Fitness, de que le permitiera trabajar a cambio de los gastos de la reparación. Empezó limpiando las máquinas y atendiendo el teléfono, pero al cabo de unas semanas se llevaba tan bien con la dueña que esta le ofreció un trabajo a tiempo completo y el carnet del gimnasio gratis. Una semana antes estábamos comiendo sopa de ketchup y fideos, y durmiendo en la parte de atrás del coche; ahora teníamos ingresos mensuales y un apartamento decente. En aquellos Años Gordos, las cosas parecían arreglarse siempre en el último momento.

Mi madre llevaba toda la vida intentando adelgazar. Y en Lady Fitness empezó a lograrlo. Siempre le había gustado bailar, y se enganchó al aeróbic. Asistía a las clases siempre que podía y pasadas una o dos semanas empezó a llevarme con ella. Me daba un poco de vergüenza, porque mi madre era de las superentusiastas: la típica voz que se oía por encima de las demás, mientras, con sus ciento cincuenta kilos, saltaba, hacía el paso talón-puntera, daba palmas y cantaba al ritmo de la música.

Pero las instructoras la adoraban. Unos meses más tarde, una de ellas empezó a ayudarla a preparar el examen de certificación, que le permitiría impartir sus propias clases. Cuando aprobó, se convirtió en la instructora más rolliza en la historia de Lady Fitness, y la más popular. Ponía la mejor música, conocía a todas sus alumnas por el nombre de pila y usaba nuestras historias de los Años Gordos para resaltar el mensaje de que todos podemos alcanzar aquello que nos propongamos.

A los dos años de nuestra llegada a Charlotte, mi madre había perdido unos setenta y cinco kilos, y yo veinte kilos y medio. Katharine desapareció, junto con nuestros desayunos de donuts con Cola Cao y nuestros michelines y papadas. Había nacido Kiki.

A ella le encantaba su nuevo cuerpo, tan fuerte. Pero a mí me costó más. Aunque se habían metido conmigo a causa de ellos toda mi vida, los pliegues de grasa me ofrecían un extraño consuelo; me gustaba poder agarrarme la cintura. El peso era como un campo magnético, que me protegía cada vez que caía en un colegio nuevo, y la comida era mi única distracción en las largas tardes, mientras mi madre trabajaba. Y ahora, con casi veintidós kilos menos, ya no tenía nada detrás de lo que ocultarme. A veces, por la noche, en la cama, me pellizcaba la piel de la cintura, olvidándome de que ya no quedaba nada a qué agarrarse.

Mi cuerpo había cambiado y algunas partes de mí habían desaparecido como por arte de magia. Ahora tenía pómulos, músculos, un estómago plano y un cutis perfecto; igual que mi madre. Pero me faltaba algo, algo que nos hacía distintas. Yo era capaz de ganar músculo, pero no confianza. Para eso no había ejercicios.

Aun así, seguí haciendo deporte: aeróbic, *jogging*, pesas. Me impulsaba el eco de las palabras que había oído desde siempre.

«¡Culo gordo!» Me obligaba a hacer diez sentadillas más, con los muslos ardiendo.

«¡Tocinillo!» Me empeñaba en hacer otra tanda de ejercicios, apretando las pesas contra el brazo, aunque me estuviera muriendo de dolor.

«¡Bola de grasa!» Y corría otro kilómetro, lo bastante rápido para, por fin, dejar atrás aquellas voces.

Mi madre y yo nos habíamos transformado: ni siquiera las fotos de nuestros álbumes se parecían a nosotras. A veces imaginaba que nuestros antiguos yos, las gordas, seguían conduciendo por todo el país, como fantasmas, comiendo bolsas de Doritos. Era muy raro.

Mientras tanto, las clases de mi madre en el Lady Fitness cada vez estaban más llenas y las mujeres se apretujaban cadera contra cadera para seguir su evangelio. Fue entonces cuando el canal local de televisión por cable le ofreció hacer un programa en directo por las mañanas, llamado *Levántate y salta*. Yo la veía antes de ir a clase, mientras me tomaba mi yogur desnatado y los cereales integrales con pasas en la mesa de la cocina.

—Me llamo Kiki Sparks —decía al comienzo de cada programa, mientras la música iba ganando intensidad—. ¿Estamos listos para trabajar?

Al poco tiempo, casi podía oír a los centenares de mujeres, y luego miles, que gritaban por toda la ciudad: «¡Sí!».

Fue solo cuestión de tiempo que triunfara por todo el estado, y luego en el país entero. La dueña del Lady Fitness hipotecó su casa para producir un vídeo FlyKiki, que vendió un millón de copias después de que mi madre apareciese en el canal de compras Home Shopping Network y sometiera a la presentadora durante cinco minutos a un ejercicio SuperQuemacalorías. Y el resto es historia; eso sí, desnatada.

Ahora vivimos en una casa con piscina, un cocinero que nos prepara únicamente comidas bajas en grasa y yo tengo mi propio cuarto de baño y televisión. El único inconveniente es que mi madre está ocupadísima propagando la Kikimanía por el país y por todo el mundo. Pero cuando la echo mucho de menos, puedo encender la tele y buscar su segmento publicitario *KikiDice: ¡Tú puedes!*, y verla, así de simple.

Sin embargo, a veces todavía me acuerdo de los días que pasábamos en nuestro viejo Volaré, en la carretera, yo medio dormida con la cabeza sobre sus rodillas mientras ella cantaba las canciones de la radio. Y echo de menos las autopistas interminables que se extendían frente a nosotras, llenas de posibilidades, que nos guiaban siempre hacia una nueva ciudad y hacia otra escuela donde poder empezar de cero.

Cuando el tren paró en la estación de Colby cinco horas más tarde, la única persona que había esperando era un chico con el pelo por los hombros, camiseta teñida, pantalones militares cortados y sandalias Birkenstock. Llevaba un millón de pulseras

de esas de los *hippies* y gafas de sol con montura azul.

Yo fui la única que se bajó en Colby.

Me quedé en el andén y entrecerré los ojos. Era un día muy soleado y caluroso, aunque se suponía que el mar estaba cerca.

—¿Nicole? —preguntó el chico, y cuando levanté la vista dio unos pasos hacia mí. Los pantalones cortos tenían manchas de pintura blanca, y estaba segura de que olería a pachulí o a marihuana si me acercaba a olisquearlo, lo que preferí no hacer.

—Colie —dije.

—Claro. —Sonrió. No le veía los ojos—. Mira me ha mandado a buscarte. Soy Norman.

Mira era mi tía. Le había tocado cargar conmigo todo el verano.

—¿Son tuyas? —preguntó, señalando las maletas que el mozo había amontonado en el andén. Asentí y él se dirigió hacia ellas a un paso lento y perezoso que ya empezaba a irritarme.

Me dio un corte tremendo ver toda la gama de productos Kiki junto a mis cosas. El tonificador de glúteos Kiki Buttmaster, un cartón de KikiSnacks, los nuevos vídeos FlyKiki y casetes con mensajes inspiradores, así como unas cuantas cajas de vitaminas y ropa de deporte, con la cara sonriente de mi madre en todas ellas.

—¡Vaya! —dijo Norman. Tomó el Buttmaster y le dio la vuelta—. ¿Y esto para qué es?

—Ya lo llevo yo —dije, quitándoselo. Durante el trayecto me había imaginado en Colby como la chica misteriosa, diferente; sería la morena desconocida, no contestaría preguntas de nadie. Pero esta imagen era mucho más difícil de mantener cargando con un Buttmaster delante del único chico que había visto en el último año que no me consideraba automáticamente una fulana.

—El coche está por aquí —me indicó, y lo seguí hasta un destartado Ford familiar que se encontraba en el aparcamiento desierto. Colocó mis cosas en la parte de atrás y sujetó la puerta del maletero mientras yo metía el Buttmaster, que aterrizó con un golpe en el suelo. Tuvimos que hacer otro viaje para recoger el resto de las Kikionterías.

—¿Qué tal el viaje en tren? —preguntó. El coche olía a hojas viejas y estaba lleno de trastos, menos el asiento delantero, que se notaba que acababa de despejar. En el asiento trasero había cuatro maniqués, todos ellos descabezados. A uno le faltaba un brazo, a otro una mano, pero estaban bien alineados, como si se hubieran acomodado para el trayecto.

—Bien —respondí, preguntándome qué tipo de colgado había mandado Mira a buscarme. Me metí en el coche y cerré de un portazo. Me vislumbré en el espejo lateral. Con toda la confusión me había olvidado de mi pelo. Era tan negro que por un momento no me reconocí. Norman puso en marcha el coche tras varios intentos, y salimos al cruce vacío.

—Y —me dijo—, ¿te dolió?

—¿El qué?

Me miró y se tocó el extremo derecho del labio superior.

—Eso —me dijo—. ¿Te dolió o qué?

Me pasé la lengua por el interior del labio y sentí el pequeño aro de metal. Me lo había puesto hacía meses, pero me parecía que formaba parte de mí desde siempre: mi piedra de toque.

—No —respondí.

—Vaya —dijo. El semáforo se puso verde; avanzamos lentamente—. Pues tiene pinta de doler.

—Pues no me dolió —repetí, tajante, para que no volviera a preguntarme.

Guardamos silencio mientras él conducía. El coche de Norman era extrañísimo; además de nuestros compañeros de viaje decapitados, había unos veinte animalitos de plástico pegados al salpicadero, en fila india, y un par de grandes dados rojos de peluche colgando del retrovisor.

—Bonito coche —dije entre dientes. Tenía que ser un artista raro de esos.

—Gracias —respondió alegremente, y movió una jirafa roja junto a la rejilla de ventilación. Creyó que lo había dicho en serio—. Todavía no está terminado.

Tomamos un camino de tierra y pasamos frente a unas cuantas casas. El agua resplandecía justo detrás de ellas. Avanzamos hasta el fondo y aparcamos frente a una gran casa de color blanco. Al otro lado del porche vi la playa y el estrecho. Había barquitas meciéndose en el agua.

Norman tocó el claxon dos veces y apagó el motor.

—Te está esperando —me dijo. Salió, se dirigió al maletero y sacó mis cosas, que fue apilando sobre los escalones de la entrada. Plantó el Buttmaster arriba del todo, colocándolo con esmero. No supe si se estaba haciendo el gracioso o qué.

—Gracias —murmuré, decidiendo que sí.

El porche de Mira era de los típicos sureños, ancho, y ocupaba toda la fachada de la casa. Enseguida noté dos cosas. La primera, que había una bicicleta apoyada en la ventana. Tenía alerones como los de un Cadillac sobre la rueda trasera y estaba pintada con aerosol de color rojo brillante, aunque se veía la herrumbre en un par de sitios. En la cesta de metal que llevaba delante había unas grandes gafas de sol de montura negra.

Lo segundo que noté fue un cartelito colocado sobre el timbre, una tarjeta de cartón que decía en letras mayúsculas normales y corrientes: TIMBRE. Y por si uno era tonto de remate, había una flecha que lo señalaba. Estaba empezando a preguntarme en qué tipo de mundo había aterrizado.

—¿Norman? —Del interior llegó una voz de mujer, que se filtraba por la mosquitera de la puerta—. ¿Eres tú?

—Sí —respondió Norman, que subió los escalones y se apoyó contra la mosquitera, haciendo visera con la mano—. El tren llegó puntual, para variar.

—Otra vez no lo encuentro —dijo la mujer, que pensé que sería mi tía Mira.

Parecía moverse muy deprisa, porque su voz se oía al principio muy clara y luego se iba apagando—. Esta mañana estaba aquí, pero luego lo he perdido de vista...

—Ahora lo busco —dijo Norman, que ya estaba mirando hacia el porche y el jardín—. Nunca va muy lejos. Seguramente haya vuelto a tener una historia con ese perro.

—¿Una historia? —pregunté.

—Y de las buenas —me respondió en voz baja, sin dejar de mirar alrededor.

—¿Está Colie contigo? —preguntó la voz, que sonaba más fuerte a medida que se acercaba.

—Sí —respondió Norman—. Aquí mismo.

Esperé a que se abriera la puerta. Pero no se abrió.

—No soporto que haga esto —dijo Mira, y su voz volvió a alejarse. Miré a Norman, que recorría el porche asomándose a la barandilla para escudriñar por debajo.

—Lo encontraremos —dijo Norman—. No te preocupes.

Me quedé allí quieta. Era evidente que mi tía estaba tan deseosa de verme como yo de estar allí.

Me senté junto a mi bolsa y apreté las rodillas contra el pecho. Se oyó un ruido entre los arbustos y el gato atigrado más gordo que había visto en mi vida asomó la cabeza para mirarme. Se introdujo entre los barrotes de la barandilla, donde por poco se queda atascado, y se frotó contra mí, dejando un ancho rastro de pelo de gato sobre mis pantalones negros, mi chaqueta y mi camisa. Luego se me subió a las rodillas, me pinchó con las uñas, y se acomodó.

—¡Gato Norman! —exclamó Norman, y el gato se volvió para mirarlo moviendo la cola.

—¿Qué? —pregunté.

—¡Lo he encontrado! —gritó Norman.

—¿Sí? —preguntó la voz desde el interior.

—Llévaselo —me dijo Norman—. Te ganarás su adoración.

—No me gustan los gatos —dije mientras intentaba sacarme al monstruo de las rodillas. Ahora estaba ronroneando con gran estruendo, como una sierra eléctrica.

—¿Gato Norman? —llamó Mira—. ¡Ven aquí, pedazo de sinvergüenza!

—Llévaselo —repitió Norman—. Está esperando.

Empezó a bajar lentamente las escaleras. Me di cuenta de que siempre se movía igual de despacio.

Me levanté con el gato en brazos. Pesaba unos quince kilos, tanto como todas mis Kikipesas juntas.

—Hasta luego —dijo Norman, que ya estaba rodeando la casa hacia el jardín trasero.

—¿Colie? —dijo Mira. A través de la mosquitera apenas distinguí una silueta en el pasillo—. ¿Está ahí contigo?

Avancé hacia la puerta con el gato acurrucado contra mí.

—Ya vamos —respondí, y entré.

Lo primero que vi cuando se me acostumbró la vista fue el televisor en el cuarto contiguo. Había un combate de lucha y en aquel momento un hombre gigantesco con una capa y los ojos vendados saltaba para aplastar a otro vestido de licra morada, que se retorció sobre la colchoneta. Cuando el hombre de la capa saltó, con los brazos extendidos, la cámara mostró detrás de él fila tras fila de espectadores horrorizados que miraban cómo caía hacia su víctima. Plof.

—¡Gato Norman! —exclamó mi tía Mira, colocándose justo delante de la tele y abriendo los brazos para abrazarnos a los dos—. Y Colie. ¡Hola!

Mira era obesa, igual que lo había sido mi madre antes de convertirse en Kiki Sparks. Tenía un rostro ancho y llevaba el pelo largo en un moño sobre la cabeza, como si lo hubiera recogido con prisas. Un lápiz y un bolígrafo sobresalían de él. Se había puesto un viejo kimono de color verde intenso estampado con dragones, una gran camiseta blanca, leotardos negros y chanclas. Las uñas del pie eran rosa fucsia.

—¡Colie! —volvió a exclamar, y al instante nos había rodeado con sus brazos tanto a mí como al gato. Olía a una mezcla de vainilla y aguarrás—. Qué contenta estoy de verte. Estás muy cambiada, muy mayor. ¡Y delgada! Parece que el plan de tu madre funciona, ¿no?

—Sí.

Se me metieron en la nariz pelos del gato y empezaron a llorarme los ojos.

—Gato Norman, qué malo eres —le dijo al gato, que estaba aplastado entre las dos, ronroneando—. ¿En qué líos te habrás metido esta vez?

El gato estornudó. Luego se liberó de mis brazos, tomó impulso y aterrizó en el suelo con un golpe parecido al del luchador de la tele. Se notaba que no era un gato acostumbrado a saltar; su voluminoso abdomen tardó al menos un segundo en llegar a su destino.

—¡Oh, eres terrible! —le riñó mi tía mientras el gato se alejaba lentamente. Luego me miró, meneando la cabeza—. Es la luz de mi vida, pero ahora mismo está pasando una fase de rabetas y se muestra muy distante. Me hace sufrir muchísimo.

—El gato —dije, para verificarlo.

—Norman —me corrigió.

—Ah, Norman —repetí, mirando hacía fuera donde lo había visto por última vez—. Parece un poco despistado, sí.

—Ah, ¿sí? —Arqueó las cejas—. Bueno, es verano. El calor le afecta mucho, ¿sabes? Deberías ver las bolas de pelo que vomita.

Volví a mirar hacia fuera.

—¿Norman?

—El gato —respondió—. *Gato Norman*.

Señaló una silla, junto a la puerta, bajo la cual se había acomodado y se lamía ruidosamente la pata trasera.

—Ah —dije—. Creí que te referías a...

—Oh, a Norman —me dijo, y rompió a reír tapándose la boca. Tenía hoyuelos, como una niña—. Ah, no, ese Norman no. Bueno, no digo que no tenga bolas de pelo, con lo largo que lo lleva. Pero nunca lo he visto vomitar...

—No lo había entendido —aclaré en voz baja, y volví a sentirme como si estuviera gorda, volví a sentir el peso, como me pasaba siempre que alguien se reía de mí.

—Bueno —dijo ella, enlazando su brazo con el mío—. Es un error comprensible. Al fin y al cabo, al gato le pusimos de nombre *Gato Norman* por Norman Norman. Tienen un temperamento muy similar. Eso, sin mencionar que los dos se mueven a cámara lenta.

—Norman Norman —repetí, mientras entrábamos en la habitación del fondo. Era grande y luminosa y, al igual que el porche, se extendía a lo largo de todo el lateral de la casa. En otro televisor se desarrollaba otro combate, con dos hombres pelirrojos y bajitos con calzones negros que describían círculos sobre el cuadrilátero.

—Pero los necesito a los dos desesperadamente —dijo Mira con dramatismo, lanzando una mirada a la pantalla y después a mí—. Si Norman Norman no viviera en el sótano, no tendría a nadie que me abriera las conservas, y *Gato Norman* es mi niño.

—¿Norman vive en el sótano? —pregunté.

—Ah, sí —respondió con despreocupación mientras se sentaba en un sillón frente al televisor y doblaba el kimono primorosamente sobre las piernas. En la pared había un cuadro grande de Mira y *Gato Norman* sentados en el césped delante de la casa. Ella llevaba un vestido blanco y gafas de sol rosa con forma de estrella; sonreía. *Gato Norman*, a su lado, arqueaba el lomo mientras su mano lo acariciaba. —Vive en el sótano. No me da la lata. La mitad de las veces se me olvida que está ahí.

Me senté y admiré el mar, el agua azul resplandeciente. Había un sendero que llevaba a la playa y cuando estiré el cuello vi una puerta abierta y luego a Norman, que arrastraba uno de los maniqués. A la derecha del camino había una casa más pequeña, pintada igual que la de Mira. Junto a ella, se distinguía una cuerda con una hilera de ropa de colores llamativos ondeando al viento.

—Bueno —me dijo, acomodándose en el sillón—. ¿Qué tal el viaje?

—Bien.

—¿Y tu madre?

—Bien.

Sonrió, mostrando sus hoyuelos.

—¿Te dolió?

—¿Qué?

—Eso del labio —me dijo—. ¡Ay!

—No —le dije—. Nada.

Ella asintió de nuevo. Nos estábamos quedando sin temas de conversación. Miré

alrededor. Todo era viejo, con una especie de encanto cursi, y necesitaba algún tipo de arreglo: una mecedora a la que le faltaban barrotes en el respaldo, una pequeña cómoda con pintura rosa desgastada y sin tiradores, un acuario agrietado lleno de conchas y canicas.

Y cuando miré más de cerca vi las notas. Igual que la de la puerta principal, eran tarjetas escritas con primorosas mayúsculas. LA VENTANA SE ATASCA EN EL LADO IZQUIERDO, se leía en la que estaba junto a la puerta trasera. EL INTERRUPTOR DEL MEDIO NO FUNCIONA, decía otra junto a la llave de la luz en la otra pared del cuarto. Y pegada al televisor, al lado del botón de los canales, mi favorita: MENEAR PARA EL CANAL 11.

Iba a ser un verano larguísimo.

—¡Ay, madre! —dijo Mira de repente, sobresaltándome. Se inclinó hacia la pantalla; como había pasado con el gato, el resto de su cuerpo tardó un poco en llegar a la altura de la cabeza—. Mira ese horrible Gigante. Ni siquiera es su turno y va y se mete en el *ring* para atacar al pobre de Rex Runyon.

—¿Qué? —pregunté confundida.

—¡Fíjate! —Señaló la pantalla—. La novia del Gigante, Lola Baby, lo dejó por Rex Runyon la semana pasada. Y ahora le va a dar una paliza tremenda a Rex. Oh, no. ¿Por qué no lo paran los árbitros? Es absurdo.

Me la quedé mirando; estaba inclinada hacia adelante con los ojos clavados en el televisor.

—Bueno —dije—, está todo...

—¡Oh! —Se llevó una mano a la boca y los dedos de los pies pintados de rosa se encogieron como reacción a algo que estaba viendo—. Le va a hacer el cuatro. Pobre Rex. Ay, mañana no se va a poder mover. No sé por qué al Gigante le molesta lo de Lola, la verdad, porque es una barriobajera...

—Mira —le dije—, pero sabes que está...

Apartó la vista del pobre de Rex Runyon, cuya cabeza estaban golpeando contra la esquina del *ring* una y otra vez, mientras el público contaba cada golpe.

—¿Si sé qué? —preguntó alegremente. Y por un momento deseé que ella también llevara un cartel, una tarjeta con instrucciones que me indicaran cómo proceder.

—Nada. Se... se me ha olvidado lo que iba a decir —mentí, y ella regresó a la acción. Yo era nueva allí. No iba a ser quien le contara que era todo teatro.

Así que estuve viendo con ella cómo Rex Runyon se recuperaba y atacaba al Gigante. Saltó sobre su espalda y le hizo caer al suelo, como David a Goliat. El sol se ocultó despacio en el agua mientras, abajo, Norman transportaba el resto de los maniqués, agarrándolos por el cuello. Mira daba palmas y vítores totalmente entregada, mientras *Gato Norman*, sentado en la ventana, se lamía las zarpas una a una. Así comenzaba mi verano.



Estuvimos una hora viendo la lucha. Fueron cuatro combates, varias discusiones y dos árbitros que terminaron en medio de la pelea y recibieron una gran paliza.

—Bueno —dijo Mira por fin, apagando la televisión cuando empezaron las noticias locales—, me muero por una ensalada de pollo a la plancha. ¿Tienes hambre?

—Sí —respondí.

—Pues a la vuelta de la esquina hay un sitio —me dijo. La comida es genial.

—Vale —dije, me levanté y rebusqué en el bolsillo el dinero que me había dado mi madre al subir al tren.

—Deja, deja. Es tu primera noche. Permíteme que te invite.

Alcanzó el bolso, una cosa grande y rosa de vinilo que seguramente habría encontrado en una tienda de segunda mano, sacó la billetera y seleccionó un billete de veinte dólares, que me tendió.

—¿Tú no vienes? —pregunté.

—Ay, no. Yo me quedo aquí. Ya he ido al pueblo antes. Y, además, así conoces un poco el lugar y te vas orientando, ¿no? —dijo tranquilamente, mientras sacaba el lápiz de su cabello y lo volvía a pinchar—. Y en la bici solo hay sitio para una, a menos que quieras montarte sobre el manillar. Pero la última vez que lo intentamos, choqué con una piedra y Norman salió volando y aterrizó contra una valla llena de hiedra venenosa. Fue horrible.

—Un momento —dije, intentando seguir sus explicaciones—. ¿La bici?

—Sí. Está ahí fuera. —Se levantó y ajustó el cinturón del kimono—. No te preocupes, tiene luz y todo. Y hasta el Última Oportunidad es todo recto. Si tienes cuidado con el socavón y el rottweiler de los Mason, no hay problema.

—¿Qué?

—¡Su ensalada César de pollo está buenísima! —exclamó, ya de camino a la cocina; la puerta chirrió al empujarla—. Y tú pide lo que quieras, ¿de acuerdo?

Me di la vuelta para decir algo, pero ya se había marchado, tarareando una canción, como si me hubiera olvidado. Miré la nota que colgaba sobre la puerta —TIMBRE— y me sentí como si me hubiera arrastrado un tornado, igual que a Dorothy en *El mago de Oz*, pero allí no había ninguna bruja buena para salvarme.

Me rugía el estómago, así que, tras echarle un vistazo a la bici y pensármelo mejor, me puse en marcha a pie. Bajé las escaleras, dejé atrás el resplandor de la luz del porche y me adentré en la oscuridad.

El Última Oportunidad Bar & Grill era un edificio pequeño que hacía esquina, justo antes de llegar al puente que llevaba a tierra firme. Tenía una sola farola, unas cuantas plazas de aparcamiento y un signo de neón que decía, al estilo de Mira: COMIDA. Al entrar, lo primero que vi fue a una chica alta y huesuda, a la que le estaba dando algún tipo de ataque.

—Fíjate lo que te digo —le decía a otra chica, una rubia voluptuosa con la mano en la cadera—. Si esta noche vuelven a darme otra vez menos del quince por ciento de propina, mato a alguien.

—Uy, uy, uy —respondió la rubia. Estaba de pie junto a la máquina de café, mirando cómo se filtraba.

—Lo digo en serio —insistió la chica huesuda. Llevaba el pelo corto con un flequillo que le caía recto sobre la frente. Se volvió hacia el fondo del restaurante, donde un grupo de hombres trajeados se levantaba y se preparaba para marcharse.

La rubia se giró y me miró. Llevaba los labios pintados de rojo fuerte.

—¿Qué querías?

—Quería pedir algo para llevar —dije. Mi voz sonó muy fuerte en la sala casi vacía.

—Ahí mismo tienes el menú. —Señaló un montón cerca de mi codo y se quedó mirando fijamente mi labio—. Avísame cuando estés lista para pedir.

La chica alta salió de detrás de la barra, rozándome al pasar, y se echó a un lado cuando se marchaban los hombres. Uno de los últimos iba mordisqueando un palillo, haciendo restallar los labios. La rubia se colocó en el otro lado del mostrador, observándome.

—Buenas noches —se despidió la chica alta.

—A ti también —murmuró uno de los hombres.

Volví a mirar el menú, que incluía los típicos platos playeros: pescado frito, hamburguesas, aros de cebolla... todas esas cosas que en mi casa estaban prohibidas desde que mi madre renació como Kiki Sparks. Hacía meses que no comía una patata frita, y mucho menos una hamburguesa, y se me hacía la boca agua.

—Lo sabía —dijo la chica alta desde el otro lado de la sala. Se encontraba junto a la mesa que acababan de abandonar los ejecutivos, con unas monedas en la mano—. Un dólar con setenta centavos. De una factura de treinta.

—Vaya.

Se notaba que la rubia estaba acostumbrada a oír estas cosas.

—Me cago en la leche —protestó la chica alta—. Vale, muy bien. Se acabó.

La rubia me miró.

—¿Sabes lo que quieres?

—Sí.

Se tomó su tiempo en llegar hasta mí, y sacó una libreta del delantal que llevaba

atado a la cintura.

—Adelante.

—No pienso aguantar esto ni un minuto más —anunció la chica alta cruzando la sala. Tenía pies grandes y planos que sacudían el suelo con cada paso.

—Ensalada de pollo a la plancha —dije, acordándome del pedido de Mira—, y una hamburguesa con queso y patatas fritas. Y aros de cebolla.

La rubia asintió mientras lo apuntaba.

—¿Algo más?

—No.

La chica alta se detuvo justo a mi lado y soltó el cambio sobre el mostrador con todas sus fuerzas; una moneda cayó al suelo y rebotó.

—No lo aguanto más —dijo con dramatismo—. No pienso callarme ni un minuto más.

—¿Quieres ketchup? —me preguntó la rubia, sin hacerle caso.

—Pues... sí —respondí.

La chica alta se quitó el delantal e hizo una bola con él.

—No quiero tener que hacerlo —dijo.

—¿Mayonesa? —preguntó la rubia.

—No —contesté.

—¡Dimito! —anunció la chica alta, y le lanzó el delantal a la rubia, que levantó la mano y lo cogió sin mirarlo siquiera—. Y ahora voy a salir y decirles cuatro cosas a esos fascistas maleducados y desconsiderados.

Dio dos pasos hacia la puerta, la abrió de una patada y se marchó. La puerta basculó y se cerró con gran estruendo. La rubia, todavía con el delantal, se acercó a la ventana pasaplatos y ensartó la nota de mi comanda en un pincho—. ¡Marchando una!

—Oído cocina —dijo una voz de chico, y vi asomarse la cara de Norman Norman, que tomó el papel—. ¿Dónde está Morgan? —preguntó.

—Ha dimitido —contestó la rubia con desgana. Había sacado de alguna parte una revista *Vogue* y la estaba hojeando.

Norman sonrió con su sonrisa soñolienta, luego miró hacia la puerta y me vio.

—Hola, Colie —dijo—. ¿Esto es para Mira y para ti?

—Sí —respondí. La rubia volvió a mirarme.

—Genial —dijo Norman, y me saludó con la mano antes de volver a desaparecer tras la ventana.

Me quedé allí esperando la comida; en la cocina se oía una radio a bajo volumen. Pasaron unos diez minutos antes de que la puerta chirriara a mis espaldas y la chica alta, Morgan, volviera a entrar mascullando algo.

—¿Ya se han ido? —preguntó la rubia sin mucho interés.

—Se fueron justo cuando yo llegaba —refunfuñó Morgan. La rubia le devolvió el delantal y pasó otra página de la revista.

—Mala suerte —dijo.

—Este es el último verano que trabajo aquí —declaró Morgan mientras hacía una lazada perfecta en el delantal—. Te lo juro.

—Ya lo sé. —La rubia pasó otra página.

—Lo digo de verdad. —Morgan se acercó a la máquina de las bebidas, llenó un vaso de hielo, se metió unos cubitos en la boca y los masticó con expresión decidida. Entonces me vio—. ¿Te atienden?

—Sí —dije.

—Es la sobrina de Mira —explicó la rubia.

Morgan me miró con interés, arqueando las cejas.

—¿Ah, sí?

—¿No te acuerdas? Norman nos habló de ella. —La rubia dejó la revista y volvió a centrar en mí toda su atención—. La hija de Kiki Sparks. ¿Te imaginas?

—Pues no —contestó Morgan, pero sonrió—. ¿Cómo te llamas?

—Colie —respondí recelosa. Mi experiencia con grupos de chicas me hizo ponerme en guardia.

—¿Y a qué viene eso del labio? —soltó la rubia—. Es repulsivo.

—Isabel —dijo Morgan, dándole un codazo—. ¿Cuántos años tienes, Colie?

—Quince —respondí.

Morgan se acercó a mí mientras se colocaba el pelo detrás de la oreja. En la mano derecha llevaba un anillo con un diamante diminuto, apenas lo bastante grande para resplandecer con la luz.

—¿Cuánto tiempo te quedas?

—Solo el verano.

—¡Pedido listo! —gritó Norman desde la cocina.

—Genial —dijo Morgan—. Y vives justo al lado. Podríamos ir alguna vez al cine o algo.

—Claro —asentí, pero seguí hablando en voz baja—. Sería...

—Aquí tienes —dijo Isabel, la rubia, y puso la comida justo delante de mí—. El kétchup está dentro de la caja. Son quince con ochenta, impuestos incluidos.

—Sí —respondí, y le entregué un billete de veinte. Dio media vuelta y se dirigió a la caja.

—Bueno, pues saluda a Mira de mi parte —dijo Morgan—, y dile que mañana me pasaré para el *Tunda Triple*, que tengo el día libre.

—*Tunda Triple* —repetí. Seguro que tenía algo que ver con la lucha—. Vale. Se lo diré.

—Aquí tienes el cambio —dijo Isabel, dejándolo con una palmada sobre una de las cajas.

—Gracias —respondí.

Dio un paso atrás, se puso al lado de Morgan y me miró con mala cara.

—¿Puedo decirte una cosa? —preguntó.

—No —dijo Morgan en voz baja.

Yo no dije nada, así que habló ella.

—Eso que llevas en el labio es, vamos, asqueroso. —Arrugó la nariz al decirlo.

—Isabel —la reprendió Morgan severamente, con voz de madre—. Déjalo ya.

—Y la próxima vez que decidas teñirte el pelo —continuó Isabel, sin hacerle caso—, deberías intentar que quedara todo del mismo color. Estoy segura de que tu madre puede permitirse llevarte a un profesional.

—Isabel —saltó Morgan, y la agarró por el brazo. Luego me miró—. Colie —siguió, como si me conociera—. No le hagas caso...

Pero yo ya no la oía, imposible, ya me había ido; me di la vuelta con la comida en la mano y llegué al aparcamiento incluso antes de darme cuenta de lo que estaba pasando. Con los años había perfeccionado el arte de escapar de ciertas situaciones. Era casi como un piloto automático, simplemente desconectaba y me retiraba: el cerebro se desenchufaba antes de que algo doloroso pudiera penetrar en él.

Pero de vez en cuando algo conseguía colarse. Y ahora me encontraba bajo una farola solitaria, con las patatas fritas y los aros de cebolla apestosos en las manos. Ya no tenía hambre. Ya no era ni siquiera yo misma. Era más gorda, un año más joven, y me encontraba de nuevo en mi barrio la noche en la que Chase Mercer y yo dimos aquel paseo hasta el hoyo dieciocho.

No lloré de vuelta a casa de Mira. Llegas a un punto en que ya no eres capaz. No es que no duela. Pero dejar de llorar fue un alivio.

Ni siquiera conocía a aquella chica, aquella Isabel de pelo rubio y morritos. Era como si llevara puesto un cartel que decía «Pégame», no solo en casa y en el colegio, sino aquí, en el resto del mundo también. No es justo, pensé, pero aquellas palabras no tenían ningún sentido, igual que todo lo demás.

Cuando entré, Mira estaba sentada frente al televisor. Llevaba puesto un par de zapatillas azules de viejecita y había sustituido el kimono por un albornoz a cuadros descolorido.

—¿Colie? —llamó—. ¿Eres tú?

—Sí —respondí.

—¿Lo encontraste bien?

Me miré en el espejo de cuerpo entero que había junto a la puerta: el pelo negro, el aro en el labio, los vaqueros rotos y la camisa negra, de manga larga a pesar del calor veraniego. Isabel me había odiado nada más verme, y no era porque estuviera gorda. Solo porque sí.

—¿Colie? —volvió a llamar Mira.

—Sí —respondí—. Te he traído la ensalada. —Se la llevé al cuarto trasero. Abrió la caja inmediatamente y se metió un pedazo de lechuga en la boca.

—¡Ay, me encanta la salsa que le ponen! —exclamó contenta—. Norman me la

trae a escondidas de vez en cuando. Es excelente. ¿Qué te has pedido tú?

—Una hamburguesa con patatas. Aquí tienes el cambio. —Lo dejé sobre la mesita de café, donde había preparado dos platos, dos servilletas y dos vasos de té helado.

—Ah, gracias. Ahora siéntate a comer. Me muero de hambre.

Gato Norman salió de debajo del sofá y empujó la caja con la nariz.

—No tengo tanta hambre —dije.

—Gato malo —le dijo Mira, y lo apartó con un pie. Después se dirigió a mí—: Pero ¡si tienes que estar hambrienta! Ha sido un día tan largo, y con tantas emociones.

—Estoy cansadísima —dije—. Creo que me voy a la cama.

—Oh. —Dejó de comer y me miró—. ¿Qué te pasa?

—Nada. —La respuesta me salió al instante, como un reflejo.

—¿Seguro?

Pensé en Isabel, en la mala cara que puso cuando se fijó en mí. En mi madre con su chándal morado y el rechinar de sus zapatillas nuevas, diciéndome adiós con la mano. En el verano entero que tenía por delante.

—Sí —respondí—. Seguro.

—Bueno, está bien —dijo despacio, como si estuviéramos haciendo un trato—. Debes de estar agotada.

—Sí —asentí, y me puse en marcha con mi hamburguesa fría y olorosa todavía en la mano—. Estoy agotada.

—Vale, pues entonces, ¡buenas noches! —me dijo mientras me marchaba—. Y si cambias de idea...

—Vale —dije—, gracias.

Pero ya se había acomodado en el sillón, y *Gato Norman* saltó con algún esfuerzo sobre el reposabrazos. Mi tía subió el volumen de otro partido de lucha y oí rugir al público, animando y gritando, mientras subía las escaleras hacia mi cuarto.

—¡Colie!

No era por la mañana. El cuarto todavía estaba oscuro, y la luna grande y amarilla colgaba en la esquina de la ventana, justo donde la había dejado.

—¡Colie!

Me incorporé y por un momento no supe dónde estaba. Entonces lo recordé todo de golpe: el tren, Norman, la lucha, los consejos de belleza de Isabel. Tenía la cara seca y tensa, y las pestañas pegajosas a causa de eso que ya no hacía: llorar.

—¿Colie? —Era Mira, su voz sonaba justo al lado de mi puerta—. Tienes visita, cariño.

—¿Visita?

—Sí. Abajo. —Dio unos golpecitos en la puerta con los dedos antes de

marcharse. Me pregunté si estaría soñando.

Volví a ponerme los vaqueros y abrí la puerta. Miré por las escaleras hacia el cuarto iluminado, abajo. Tenía que ser una broma. Ni siquiera en casa tenía visitas, mucho menos en un sitio donde llevaba menos de un día.

Empecé a bajar las escaleras, entrecerrando los ojos cuando la luz se hizo más intensa. Todo me parecía raro, como si hubiera estado siglos dormida. Estaba casi abajo cuando vislumbré unos pies con sandalias cerca de la puerta. Dos escalones más y vi las piernas, rodillas y una cintura estrecha con un chubasquero atado. Dos pasos más, y las puntas de pelo rubio, unos labios carnosos y luego esos mismos ojos, mirándome con el ceño fruncido. Me quedé quieta.

—Hola —dijo Isabel. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho—. ¿Tienes un momento?

Vacilé un instante, pensando en Caroline Dawes y todas las chicas como ella que conocía.

—Solo quiero hablar contigo, ¿de acuerdo? —soltó, como si ya le hubiera dicho que no. Luego respiró hondo y miró hacia el exterior. Eso pareció calmarla—. ¿De acuerdo?

No sé por qué, pero respondí:

—De acuerdo.

Dio media vuelta y salió al porche, sosteniendo la puerta mosquitera para que la cogiera yo. Luego se apoyó en un poste, se mordió el labio y miró hacia el jardín. Tuve que admitir a mi pesar que de cerca era incluso más guapa: tenía un rostro clásico en forma de corazón, grandes ojos azules y piel clara sin un solo grano a la vista. De alguna forma, así me resultaba más fácil que me cayera mal.

No dijimos nada ninguna de las dos.

—Oye —soltó de repente—. Lo siento, ¿vale? —Lo dijo a la defensiva, como si yo se lo hubiera exigido.

Me la quedé mirando.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Qué más quieres?

—Isabel. —Morgan salió de las sombras al pie de la escalera. Tenía una expresión severa—. Sabes perfectamente que esto no es en lo que habíamos quedado.

—Sí que lo es —saltó Isabel.

—Hazlo como te dije —dijo Morgan—. Como si lo dijeras en serio.

—No me sale... —dijo Isabel.

—Venga, hazlo. —Morgan llegó hasta el segundo escalón y me saludó con la cabeza—. Vamos.

Isabel se giró para mirarme y se alisó el pelo.

—Bueno —empezó—, siento lo que dije antes. Soy muy crítica con las cosas que no... —hizo una pausa y miró a Morgan.

—Entiendo —Morgan acabó la frase.

—Entiendo —repitió Isabel—. Mis palabras fueron groseras e hirientes y estaban

fuera de lugar. Si nunca vuelves a respetarme, lo entenderé. —Miró a Morgan y arqueó una ceja.

—¿Pero? —la animó Morgan.

—Pero —refunfuñó Isabel—, espero que puedas perdonarme.

Morgan sonrió e inclinó la cabeza hacia ella.

—Gracias. —Luego me miró.

—Vale —dije yo, comprensiva—. No pasa nada.

—Gracias —dijo Isabel. Ya se estaba deslizando fuera del porche, hacia las escaleras.

—¿Ves? —le dijo Morgan, apretándole el brazo—. Tampoco ha sido tan difícil, ¿no?

—Me voy a casa —le dijo Isabel, con su tarea cumplida. Bajó los escalones más ligera, prácticamente saltando, y cruzó el jardín hacia la casita blanca que yo había visto antes.

Morgan suspiró. De cerca parecía mayor y más angulosa: codos huesudos, clavícula prominente y una nariz que sobresalía afilada y brusca.

—No es tan mala —me explicó, como si yo hubiera dicho lo contrario—. Solo que a veces se porta como una auténtica bruja. Mark dice que no sabe lo que es la amistad.

—¿Mark? —pregunté.

—Mi prometido. —Sonrió y extendió su mano derecha, donde brillaba un minúsculo diamante.

De repente se oyó música proveniente de la casita. Salía luz de las ventanas y vi pasar a Isabel frente a una de ellas.

—¿Y por qué la aguantas, entonces? —le pregunté.

Miró hacia la casa; la música era alegre, rítmica y desenfrenada, e Isabel estaba bailando, con una cerveza en la mano. Se contoneó frente a la ventana sacudiendo la melena y moviendo las caderas. Morgan sonrió.

—Por que, mayormente, es lo único que tengo —respondió. Y luego bajó las escaleras, cruzó el jardín y avanzó por el camino hacia la casita. Cuando llegó a la puerta se giró y me saludó con la mano.

—Nos vemos —dijo.

—Vale —respondí.

La miré mientras abría la puerta, por donde escapó la música; era un tema de música disco, una mujer que gritaba. Y cuando Morgan entró, Isabel pasó girando a su lado, sonriendo, la agarró del brazo y tiró de ella hacia la luz cálida antes de cerrar la puerta.



A la mañana siguiente, cuando entré en el cuarto de baño a lavarme los dientes, vi la tarjeta sobre el lavabo: EL GRIFO DERECHO SUELE GOTEAR. CERRAR CON LLAVE INGLESA DESPUÉS DE USAR. Y una flecha señalaba hacia abajo, donde había una llave inglesa pequeña atada a una de las tuberías con un cordel de lana roja.

Esto es una locura, pensé.

Pero eso no era todo. En la ducha se leía sobre el plato del jabón: ¡EL AGUA CALIENTE SALE ARDIENDO! USAR CON CUIDADO. Y en el retrete: MANILLA SUELTA. NO ARRANCARLA. (Como si se me fuera a ocurrir arrancarla.) El ventilador del techo estaba claramente AVERIADO, los azulejos junto a la puerta estaban SUELTOS, por lo que había que CAMINAR CON CUIDADO. Y quedé informada, crípticamente, que la luz sobre el armario de las medicinas FUNCIONA, PERO SOLO DE VEZ EN CUANDO.

Estaban por toda la casa. Me las iba encontrando como miguitas de pan, que me llevaban de una cosa a otra. Las ventanas estaban PEGADAS CON LA PINTURA, los barrotes SUELTOS, las sillas tenían UNA PATA COJA. Era como un juego extraño, que me hacía sentir desconcertada y rara, deseando que hubiera al menos una cosa que fuese lo bastante nueva como para funcionar perfectamente. Me pregunté cómo se podía vivir así, pero era evidente que Mira no era una persona cualquiera.

Antes de llegar a Colby, solo sabía que era dos años mayor que mi madre, soltera, y que había heredado todo el dinero de mis abuelos. También sabía que, como nosotras, estaba gorda. Mira había vivido en Chicago durante los años en los que habíamos recorrido el país en nuestro Volaré, y lo único que recuerdo de las visitas a su casa eran los donuts que hacía con masa de galletas, fritos y rebozados en canela y azúcar. Parecía que estaba siempre cocinando o comiendo.

Cuando mi madre adelgazó, fue como si se hubiera convertido a una religión. Quería compartirlo con todo el mundo: primero conmigo, después con las legiones de mujeres que llenaban sus clases de aeróbic y luego con el resto del mundo libre. Era como una evangelista del adelgazamiento. Pero resultaba evidente que Mira no se había convertido: el armario de mi cuarto contenía todos los artículos marca Kiki, bien colocados unos encima de otros en sus envoltorios originales. (Yo había añadido los míos al montón.) Y aquella mañana Mira hizo donuts. Me senté y la vi comerse cinco, pop pop pop pop pop, uno detrás de otro, chupándose los dedos y sin parar de reírse con sus carcajadas burbujeantes.

Mira había sido la favorita de mis abuelos: había asistido a la escuela de arte, con

perspectivas prometedoras; era la hija buena. Mi madre, en cambio, con su ropa y su estilo de vida extravagantes, había caído en desgracia al quedar embarazada a los veinte años, dejar los estudios y tenerme a mí. Habíamos pasado tanto tiempo trasladándonos de un lugar a otro que su familia casi nunca sabía dónde vivíamos, y mucho menos cómo éramos. Nuestras escasas visitas a Mira terminaban con grandes discusiones, normalmente iniciadas por algún momento de su infancia que mi madre y ella recordaban de manera distinta. La última vez que la vi fue en el funeral de mi abuela, en Cincinnati, cuando yo tenía alrededor de diez años. Nos quedamos lo justo para ver cómo Mira lo heredaba todo; poco después de eso, se trasladó a Colby.

Tras comerme dos donuts me di cuenta de que esos veinte kilos y medio podían regresar fácilmente en el transcurso de todo un verano de lo que mi madre había llamado «Comer mucho para nada». Salí a correr una hora por la playa con los cascos, la música resonando en mis oídos.

Cuando volví encontré a Mira en su estudio, una habitación grande y desordenada junto a la cocina. Llevaba un mono amarillo y zapatillas de andar por casa, y el pelo en una torre sobre la cabeza, sujeto con unos siete bolígrafos, con capuchón o sin él, que sobresalían por varios sitios.

—¿Quieres ver mi nueva tarjeta de la muerte? —me preguntó alegremente—. Llevo toda la semana trabajando en ella.

—¿Tarjeta de la muerte?

—Bueno, técnicamente se llama tarjeta de pésame —explicó, removiéndose en su silla de oficina, que estaba a la máxima altura—. Pero eso es lo que es, ¿no?

Tomé los dos folios de grueso papel de dibujo. En el primero había unas flores en tonos pastel, sobre las que se leía:

Lo siento mucho...

Y en el segundo, que sería el interior de la tarjeta:

Todas las pérdidas son difíciles de sobrellevar, pero la pérdida de un viejo amante puede ser la más difícil. Sea por lo que fuere, había amor. Y en estos momentos difíciles mi corazón y mis pensamientos están contigo.

—¿Demasiado? —me preguntó mientras yo leía al pie «Milagros de Mira», escrito en letra pequeña, con dos corazoncitos minúsculos que servían de puntos de las íes.

—Bueno, no —dije—. Lo que pasa es que nunca había visto una tarjeta tan específica.

—Es la nueva moda —me explicó, mientras sacaba un bolígrafo del pelo—. Tarjetas de pésame especializadas para nuevas circunstancias. Exmaridos muertos,

jefes muertos, carteros muertos...

Me la quedé mirando.

—¡De verdad! —exclamó, y giró sobre la silla para alcanzar una caja que tenía a su espalda—. ¡Aquí la tienes! —Sacó una tarjeta y carraspeó—. Por fuera dice: «Lo consideraba un amigo...». Y al abrirla se puede leer: «A veces un servicio puede ser algo más que una rutina, cuando se realiza con humor y atención personalizada. Lo consideraba mi amigo y echaré muchísimo de menos nuestro contacto diario». —Me miró sonriendo—. ¿Ves lo que te digo?

—¿Y se la mandas a tu cartero? —pregunté.

—A la viuda de tu cartero. —Me corrigió, mientras arrojaba la tarjeta de nuevo a la caja—. Las tengo para todas las ocasiones y todas las profesiones. No me queda más remedio. Ahora la gente lleva una vida muy especializada. Y las tarjetas deben serlo también.

—No sé si yo compraría una tarjeta para la viuda de mi cartero.

—Puede que tú no —dijo muy seria—. Pero es que seguramente no eres de las que compran tarjetas. Hay personas que necesitan enviar tarjetas. Y esas son las que mantienen mi negocio.

Miré las estanterías que cubrían la pared del fondo, todas ellas llenas de cajas y más cajas de tarjetas.

—¿Las has hecho tú todas?

—Sí. Hago dos o tres a la semana, desde que salí de la escuela de arte. —Hizo un gesto hacia las cajas—. O sea, que aquí tengo tarjetas de hace diez o quince años.

—¿Y solo las haces sobre muertes? —le pregunté.

—Bueno, empecé con los temas habituales —respondió mientras colocaba una lata llena de lápices sobre la mesa—: cumpleaños, San Valentín, etcétera. Pero en los años ochenta tuve mucho éxito con las TarjeNonnis.

—Un momento —interrumpí—, ese nombre me suena.

Sonrió, metió la mano debajo de la mesa y sacó otra tarjeta.

—Sí, fue mi mina de oro. Con Nonni me labré un nombre en el sector.

Inmediatamente reconocí a la niña con traje de marinerita y a su madre con zapatos de tacón. Había sido una estrella de las tarjetas de felicitación, la moda que siguió a la del gato Garfield. Recuerdo que una vez le supliqué a mi madre que me comprara una muñeca Nonni en una gasolinera, cuando sabía que no teníamos dinero para ello.

—No me digas —exclamé mirándola—. No sabía que era invención tuya.

—Sí —dijo, sonriéndole afectuosamente a la tarjeta—. Tuvo su momento. Pero después de toda aquella fama, tenía ganas de hacer algo totalmente distinto. Y me interesan las condolencias. No se ha hecho casi nada en ese campo.

Yo no podía dejar de mirar todas aquellas cajas, una estantería sobre otra. Toda una vida de muertes.

—¿Y no te quedas sin ideas?

—Pues no —respondió, balanceando sobre el suelo los pies metidos en sus zapatillas azules de peluche—. Te sorprendería cuántas maneras hay de decir que lo sientes. Yo apenas acabo de empezar a descubrirlas.

—De todas formas —continuó—. Son muchos carteros muertos.

Me miró sorprendida, con los ojos muy abiertos. Luego se rió, una sola carcajada. Se le cayó un bolígrafo del pelo y lo ignoró.

—Pues tienes razón —dijo mientras volvía a mirar las estanterías—. La verdad es que sí.

Gato Norman se subió con dificultad al alféizar de la ventana y acomodó su panza en la estrecha superficie. Fuera, la colección de comederos de pájaro de Mira se balanceaba al viento, con varios pájaros encaramados en cada uno. *Gato Norman* levantó una pata y dio un golpecito en el cristal. Luego bostezó y cerró los ojos al sol.

—Bueno —me dijo Mira—, es tu primer día aquí. Deberías salir a explorar, echarle un vistazo al pueblo o algo.

—Tal vez lo haga —dije justo cuando se oía un portazo en la puerta principal.

—Soy yo —dijo alguien.

—Norman Norman —respondió Mira—. Estamos aquí.

Norman asomó la cabeza, echó un vistazo y entró. Venía descalzo, con unos vaqueros y una camiseta verde, de cuyo cuello colgaban unas gafas rojas de montura cuadrada. El pelo, que le llegaba justo a los hombros, no era lo bastante largo para llegar a la categoría de *hippy* petardo, pero casi.

—A ver, Norman —dijo Mira, que le quitó la tapa a otro rotulador y delineó la silueta de un árbol en una hoja—, ¿has encontrado algo aceptable esta mañana?

Él sonrió.

—Joder, ha sido un día buenísimo. Encontré cuatro ceniceros más para la escultura, y uno es un recuerdo de las cataratas del Niágara, una batidora vieja y una caja entera de cambios de marcha de bici.

Lo sabía, pensé. Un artista colgado.

—Fíu —dijo Mira, y se sacó un lápiz del pelo—. ¿Y gafas?

—Tres pares —respondió Norman—. Unas con cristales morados.

—Sí que ha sido un buen día —dijo ella, y añadió dirigiéndose a mí—: A Norman y a mí nos gustan mucho los mercadillos. He amueblado prácticamente toda la casa con objetos de segunda mano.

—¿Ah, sí? —respondí, fijándome en el acuario agrietado.

—Pues sí —respondió ella sin darse cuenta—. ¡Es increíble las cosas que tira la gente! Si tuviera tiempo de arreglarlo todo, estaríamos fenomenal.

Norman tomó un boceto, lo estudió y volvió a dejarlo sobre la mesa.

—He visto a Bea Williamson esta mañana —dijo en voz baja—. Merodeando en busca de cristal tallado.

—Ah, claro —dijo Mira con un suspiro—. ¿La llevaba con ella?

Norman asintió solemnemente.

—Sí. Te juro que incluso parece que se ha vuelto... más grande.

Mira negó con la cabeza.

—No es posible.

—En serio —replicó Norman—. Es enorme.

Yo esperaba que alguien me explicara aquello, pero como no parecía que ninguno de los dos fuera a hacerlo, pregunté:

—¿De qué estáis hablando?

Se miraron. Mira respiró hondo.

—La niña de Bea Williamson —susurró, como si alguien pudiera oírnos— tiene la cabeza más grande que hayas visto en tu vida.

Norman asintió confirmándolo.

—¿Una niña? —pregunté.

—Una niña cabezona —me corrigió Mira—. Deberías ver el cráneo de esa niña. Es alucinante.

—Va a ser listísima —añadió Norman.

—Bueno, al fin y al cabo es una Williamson. —Mira suspiró, como si eso lo explicara todo, y luego añadió—, son muy importantes en Colby, los Williamson.

—Y malos —explicó Norman.

Mira meneó la cabeza e hizo un gesto con la mano.

—Venga, venga —dijo—. Mira, Norman, justo le estaba diciendo a Colie que debería salir a explorar. Ya sabes que anoche conoció a Isabel y a Morgan.

—Sí —respondió Norman, y me sonrió de una forma que me hizo volver la vista rápidamente a los comederos de pájaros—. Ya me he enterado.

—Unas chicas muy majas —declaró Mira—. Aunque Isabel, igual que Bea Williamson, puede ser un pelín difícil. Pero en el fondo es buena persona.

—Sí. —Norman arrastró el pie descalzo—. Está a la altura de Bea Williamson.

—Todo el mundo es bueno, en el fondo —sentenció Mira, y me dirigió una mirada que me hizo sentir rara—. Es verdad —añadió, como si pensara que no la creía del todo. Miré sus ojos brillantes y me pregunté qué querría decir.

—Voy a la biblioteca —dijo Norman—. ¿Tienes algo para devolver?

—Ay, Norman, eres un santo —exclamó Mira alegremente, y giró la silla para alcanzar un montón de libros que había junto a la ventana más apartada—. Sin él andaría perdida, sin rumbo —añadió dirigiéndose a mí.

—No es cierto —dijo Norman.

—Oh, Norman —siguió Mira con un suspiro—. No sé qué voy a hacer cuando te vayas. —Luego añadió—: Es un camino muy largo hasta la biblioteca, con muchos baches.

—No pasa nada —contestó Norman—. Bueno, Colie. ¿Quieres venir?

Mira se había puesto a trabajar de nuevo, y canturreaba entre dientes. Bajo la mesa de dibujo tenía las piernas cruzadas, y una de las zapatillas azules se balanceaba arriba y abajo, arriba y abajo.

—Bueno —respondí—. Aunque me tengo que cambiar.

—No tengo prisa —me dijo, mientras recogía los libros y echaba a andar con su típica lentitud hacia la puerta—. Te espero fuera.

Subí y me lavé la cara, luego me hice una coleta y me cambié de camisa. Desde la ventana se veía a Norman; llevaba las gafas rojas y se había tumbado sobre el capó del coche con los pies colgando. Era más o menos mono, si te gustan los colgados. Lo cual no era mi caso.

Me miré en el espejo; con el pelo recogido parecía que tenía doce años. Me solté la coleta. Volví a hacerla. Luego me cambié otra vez de camisa y volví a mirar a Norman, que parecía haberse quedado dormido al sol.

Volví a cambiarme, me puse los cascos y bajé.

—¿Ya estás lista? —me preguntó en cuanto salí, lo cual me sobresaltó. No estaba dormido, después de todo.

—Claro —dije, y me senté en el coche. Noté el asiento caliente en los muslos. Norman abrió la guantera y salieron volando unos seis pares de gafas, todos diferentes: unas Ray-Ban, unas de abuela con montura morada, otras al estilo de los setenta.

—Ahí va —dijo, y se agachó a recogerlas—. Lo siento.

Cambió el par que llevaba puesto por otro de color verde y metió el resto en la guantera, que cerró con un golpe. Volvió a abrirse sola inmediatamente.

—¡Joder! —exclamó, dando otro golpe.

—¿Son todas tuyas? —le pregunté, a la vez que la portezuela se abría y salía otro par.

—Sí —respondió, cuando por fin consiguió cerrarla con un buen golpe—. Las colecciono. —Puso en marcha el coche—. ¿Quieres un par?

—No —respondí.

—Vale —dijo sin más, y se encogió de hombros—. Tú misma.

Salimos marcha atrás.

—¿Qué estás escuchando? —me preguntó, señalando los auriculares que llevaba colgados del cuello.

—Fierces of Fuquay —respondí.

—¿Qué?

—Fierces of Fuquay —repetí.

—No lo había oído en mi vida —anunció. Me señaló el reproductor—. Ponlo ahí.

Eso lo hice. No fue justo del todo, porque estaba a mitad de una canción llamada «Bite» (Muerde) en la que el cantante no hacía más que gritar sobre el ruido atronador de la batería. Norman puso cara de dolor, como si alguien le estuviera pisando un pie.

Cuando terminó la canción, me preguntó:

—¿Y te gusta esto?

—Sí —respondí.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —repetí.

—Sí.

—Pues porque me gusta —respondí.

—Mierda —dijo en voz alta, y justo iba a decirle que lo mismo pensaba yo de la música *hippy* que escucharía él cuando me di cuenta de que estaba mirando con la boca abierta el Última Oportunidad Bar amp; Grill. Dos autobuses, ambos con el eslogan «Escapadas playeras familiares» pintado en los laterales, entraban en el minúsculo aparcamiento.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Tengo que hacer una parada —me dijo. Pisó el acelerador y dimos una sacudida hacia adelante. Aparcamos justo cuando se abría la puerta de un autobús y la gente empezaba a salir. Todos llevaban viseras y bañadores, y niños colgados de sus cuerpos de distintas maneras. Norman salió del coche y fue al maletero para sacar un par de zapatillas. Se dirigió a la puerta principal esquivando a los pasajeros del autobús.

—Vamos —me dijo mientras se calzaba—. Puede que te necesitemos.

Lo seguí escaleras arriba, donde ya se estaba formando una cola; los cuerpos se movían, sonaban voces irritadas. Norman se abrió paso, gritando: «¡Perdón! ¡Trabajo aquí!», y la gente le dejaba pasar, mientras yo intentaba seguirlo.

Lo primero que vi fue a Morgan estupefacta detrás del mostrador, observando la cola que se estaba formando.

—¡Ayúdanos! —le gritó a Norman, que la saludó con la mano y se fue directo hacia la cocina. Por la ventana vi a otro cocinero, un hombre mayor con una buena mata de pelo pelirrojo.

Isabel se acercó con un montón de cartas.

—Hay por lo menos setenta —le dijo a Morgan.

—¿Setenta? —chilló Morgan—. ¿De qué van?

—Podemos sentar a cincuenta y cinco —siguió Isabel. El resto puede esperar o comer de pie. Es lo que hay.

—Qué locura —dijo Morgan observando cómo se iban llenando las mesas rápidamente. Isabel ya iba a toda prisa entre las mesas, repartiendo las cartas y los cubiertos—. Yo no puedo con esto.

—¿Cuántos son? —gritó Norman a través de la ventana.

—Setenta —respondió Morgan—. Es imposible, son demasiados, y solo tenemos dos cocineros y no hay sitio...

—Que no te dé un ataque ahora —le dijo Isabel empujándola detrás del mostrador—. Te necesito, Morgan, ¿vale?

—No puedo... —replicó Morgan, retorciéndose las manos.

—Claro que puedes —le dijo Isabel con calma—. La mitad para ti y la mitad para mí. Es la única manera.

—Ay, dios mío —gimió Morgan mientras se ajustaba el delantal.

—Venga —le dijo Isabel. Miró a la cola moviendo los labios mientras contaba a los que aún estaban de pie. Entonces me vio.

—Tú —me dijo, señalándome. Todos los de la cola se miraron, y luego a mí—. Sí, tú. La del labio.

Para eso habían servido las disculpas.

—¿Qué? —dije.

—¿Quieres echar una mano?

Lo pensé un momento. Sabía que no le debía nada. Pero también tenía todo un verano por delante.

—Muy bien —dijo, decidiendo por mí antes de que pudiera abrir la boca. Y cuando me acerqué, cogió la paleta del hielo, me la puso en la mano sin ceremonias y me señaló la máquina de refrescos—. A trabajar.



Nunca me había propuesto ser camarera. Pero de repente, tenía un trabajo.

Había sido idea de Morgan, claro.

—Necesitamos algo de ayuda —le había dicho a Isabel, que estaba sentada al otro extremo de la barra después de aquella comida frenética, contando su dinero. Morgan estaba trasvasando kétchup de unas botellas a otras para rellenarlas—. Desde que Hillary se fugó con aquel cubano andamos escasas de personal. Bick y Norman se apañan en la cocina. Pero como Ron está en Barbados todo el verano, no se puede encargar de nada, lo que nos deja más trabajo a ti y a mí.

—Estamos bien así —respondió Isabel.

—Sí, claro —siguió Morgan, enfrentándose a ella. Tenía un manchurrón de kétchup en la mejilla—. Te hubiera ido fenomenal si Colie no hubiera servido todas las bebidas y atendido el teléfono.

—Tienes tomate en la cara —le dijo Isabel.

Morgan se pasó la mano por ambas mejillas.

—¿Ya? —preguntó.

—Sí. —Isabel se puso de pie y estiró los brazos hacia arriba. Su abundante delantera subió y bajó con el estiramiento.

—¿Entonces? —preguntó Morgan—. Venga, Isabel. Otro día como hoy sin ayuda y la fastidiamos. Lo sabes.

Isabel cogió un montón de billetes del mostrador, los dobló y se los metió en el bolsillo trasero. Luego me miró.

—No podemos pagarte mucho —me dijo—. Solo el sueldo mínimo, más propinas. Eso es todo.

—Será divertido, Colie —me animó Morgan—. Yo que tú, lo haría.

—Trabajar de camarera es una mierda —me dijo Isabel. Hay muchas que no lo aguantan.

—Oh, no es tan malo. —Morgan agitó una botella de kétchup para aprovechar los restos—. Además, lo pasamos bien, ¿a que sí?

—Bueno, tú verás —dijo Isabel mientras se dirigía hacia la puerta—. Yo, en tu lugar, me lo pensaría bien.

—Di que sí —me susurró Morgan mientras Isabel abría la puerta y se ponía unas gafas rojas.

—Sí —respondí—. Acepto.

—Muy bien —replicó Isabel—. Empiezas mañana por la mañana. A las nueve y

media. —La puerta se cerró de golpe tras ella y oí el crujido de la gravilla bajo sus pies cuando cruzó el aparcamiento hasta un Volkswagen negro abollado que estaba mal aparcado ocupando dos espacios. Abrió la puerta y se subió. Levantó la mano y cogió la llave que estaba detrás de la visera. La radio sonaba a tope cuando salió marcha atrás a toda velocidad, rociando gravilla a su alrededor.

—Felicidades —dijo Morgan, pasándome una botella de ketchup—. Bienvenida al Última Oportunidad.

Aquella tarde, después de eso, cuando me encontraba frente al restaurante esperando a que se pusiera verde el semáforo, vi algo a lo lejos. Empezó como una mancha apenas visible y fue haciéndose cada vez más grande a medida que se acercaba, hasta que pude distinguir un color, el rojo, y un sonido también. Una campanilla.

Para cuando reconocí la bici estrafalaria de Mira había un grupo de clientas que salía del Última Oportunidad. Eran universitarias, todas con gafas de sol y camisetas mojadas en los lugares donde el bañador las había calado. Excursionistas de un día, las había llamado Isabel despreciativamente, como si fuera algún tipo de insulto. Iban hablando de vuelta a la playa, cuando ellas también lo oyeron.

¡Rin, rin! Era uno de esos timbres anticuados, muy agudos, como los que usaban los botones de hotel en las películas, y a medida que se acercaba la bicicleta aumentaba su volumen. Las chicas dejaron de hablar y todos nos quedamos mirando a Mira.

Todavía llevaba puesto el mono amarillo, remangado, y un par de zapatillas altas de deporte moradas, muy viejas. Llevaba el pelo al viento, largo, pelirrojo y descontrolado, como si fuera una capa viviente. Y, por último, estaban las gafas: negras y enormes, como las de Terminator. Al acercarse, todos los reflectores de la bici brillaron al sol.

Y no dejaba de tocar la campanilla. ¡Rin, rin! ¡Rin, rin!

—¡Virgen santísima! —exclamó una de las turistas, riéndose—. ¿Qué demonios es eso?

Mira se acercaba al cruce. Las chicas se dirigieron hacia su coche, todavía riéndose y mirándola, pero ella no se fijó. Solo me vio a mí.

—¡Colie! —gritó, agitando una mano frenética, como si fuera posible que no la hubiera visto—. ¡Aquí estoy!

Noté que las chicas me miraban y empezó a arderme la cara. Levanté una mano tímidamente y deseé que el suelo del aparcamiento se abriera y me tragara.

—¡Voy al supermercado a comprar más masa de galletas! —gritó cuando un camión pasó rugiendo a su lado. ¿Quieres algo?

Logré negar con la cabeza.

—¡Vale! —gritó, y me hizo la seña con el pulgar hacia arriba—. ¡Pues hasta luego!

Y se incorporó al tráfico, al principio despacio, esquivando algún socavón, y luego dejándose llevar cuesta abajo hacia el pueblo.

La carretera se hacía más empinada y fue cogiendo velocidad. Los radios de las ruedas se volvieron borrosos. Se la quedaron mirando los conductores de los coches, las excursionistas, los turistas de la gasolinera, todo el mundo, incluso yo. Vimos que el pelo volvía a flotar a su espalda, y un reflector trasero reflejó el brillo del sol antes de que tomara la curva y desapareciera.

—La mayonesa —explicó Morgan— se parece mucho a los hombres.

Eran las nueve y media de la mañana de mi primer día de trabajo, pero llevaba en pie desde las seis. No dejaba de pensar que Morgan se olvidaría de mí o cambiaría de opinión, pero a las nueve y cuarto aparcó delante de las escaleras de Mira y tocó el claxon, como habíamos acordado.

El restaurante estaba vacío excepto por nosotras, y la radio estaba sintonizada en una emisora de temas antiguos. Estaban tocando «Twisting the night away» mientras nosotras preparábamos la salsa para la ensalada, embadurnadas hasta los codos de mayonesa espesa y olorosa.

—Puede mejorarlo todo —continuó, dejando caer otro pegote en el cuenco—, añadir sabor y facilitarte la vida. O puede ser pegajosa y asquerosa y provocarte náuseas.

Sonreí revolviendo la mayonesa mientras pensaba en sus palabras.

—Odio la mayonesa.

—Seguramente también odiarás a los hombres de vez en cuando —me dijo—. Al menos la mayonesa la puedes evitar.

Aquella era la forma de enseñar de Morgan: no con instrucciones, sino con sentencias. Todo eran lecciones.

—La lechuga —anunció más tarde, mientras sacaba una de una bolsa de plástico— debe estar crujiente, no flácida. Y nada de bordes marrones o ennegrecidos. Usamos lechuga para todo: guarniciones, ensaladas y hamburguesas. Un pedazo mustio de lechuga te puede amargar el día.

—Sí —respondí.

—Córtala así —me indicó, dando un par de cortes con el cuchillo antes de pasármelo—. Trozos grandes, pero sin pasarse.

Yo cortaba y ella observaba.

—Bien —dijo, y se inclinó para corregir un poco el tamaño de mis cortes—. Muy bien.

Morgan era igual de meticulosa para todo. Preparar las salsas era todo un ritual; había que comprobar cuidadosamente cada medida. Isabel, en cambio, lo echaba todo a la vez, lo revolvía un poco con una cuchara, y obtenía los mismos resultados. Luego metía el dedo y lo chupaba para comprobarlo.

Pero Morgan tenía su método particular.

—Pela las zanahorias con movimientos hacia el exterior —me dijo, mostrándomelo—, y corta aproximadamente un dedo en cada extremo. Cuando las introduzcas en la máquina, haz una pausa cada cinco segundos. Así salen tiras más finas.

Yo pelaba, cortaba y apilaba. Aprendí la manera perfecta y simétrica de apilar las tazas de café y los azucarillos, a doblar los trapos de cocina en el ángulo correcto, con la cara limpia hacia arriba. Morgan mantenía el mostrador deslumbrante, con todo en su sitio. Cuando estaba nerviosa, se ponía a corregir la posición de las cosas.

—Las cajas de la comida para llevar a la izquierda, las tapas de los vasos de cartón a la derecha —gritaba, mientras restauraba el orden en su universo—. Y las cucharas van con el mango hacia arriba, Isabel.

—Sí, sí —respondía Isabel. Cuando estaba enfadada o simplemente aburrida cambiaba las cosas de sitio solo para ver cuánto tardaba Morgan en darse cuenta. Era como una búsqueda del tesoro sin premio.

Aquel primer almuerzo, cuando Norman y yo entramos a ayudar, había sido un torbellino de gente y ruido y comida. Todos hablaban a gritos, Isabel y Morgan pasaban corriendo con los pedidos, Norman daba la vuelta a las hamburguesas y le gritaba cosas a Bick, el otro cocinero, que permaneció impasible y tranquilo todo el rato. Yo echaba paletadas de hielo en las cubiteras como si me fuera la vida en ello, atendía el teléfono y anotaba pedidos aunque no conocía la carta, y me lie con la caja registradora de tal manera que se atascó en 10.000.000 y estuvo pitando quince minutos seguidos hasta que Isabel, en un ataque de rabia, le dio un golpe con una jarra de plástico. Era un «nosotros contra ellos», claramente, y por una vez yo formaba parte del «nosotros». No sabía bien lo que hacía: tenía que dejarme guiar por la fe. Así que fui sirviendo bebidas, cogí el teléfono cuando sonaba, con el cable enrollado en la muñeca, me pinché en el pelo el bolígrafo que me había dado Morgan, como hacía Isabel, y luché.

—Última Oportunidad —decía sobre el griterío—. ¿Qué desea?

Y ahora lo hacía todos los días.

Al principio, acercarme a una mesa llena de desconocidos me daba pánico. Ni siquiera me atrevía a mirarlos a los ojos, y tartamudeaba las preguntas básicas que me había enseñado Morgan: «¿Qué desean para beber?». «¿Ya saben lo que quieren?» «¿Cómo le gusta la carne?» «¿Patatas fritas o patata asada?» Me temblaba el pulso al tomar nota. Me ponía nerviosa estar allí tan expuesta, con todos mirándome.

Pero luego, en mi tercera mesa más o menos, por fin reuní valor para levantar la vista y me di cuenta de que, en realidad, a mí no me miraba nadie. La mayoría miraba la carta, o le quitaba al niño el sobrecito de sacarina de la mano, o estaba tan metido en la conversación que ni siquiera me veía: veinte minutos después le hacían señas a Isabel, pensando que era ella la que les llevaría la cuenta. No se habían fijado en mí, yo no les importaba. Para ellos era solo una camarera, una chica con un delantal y

una jarra de té; ni siquiera parecían fijarse en el aro del labio. Y eso me gustaba.

—En este trabajo —me explicó Morgan después de la hora punta de la cena— cada día ganas la experiencia de una vida. Surgirá una situación crítica, empeorará, estallará y se resolverá en quince o treinta minutos. Ni siquiera hay tiempo para perder los nervios. Solo hay que seguir adelante.

Y tenía razón. Para cada hamburguesa demasiado hecha, ensalada con la salsa equivocada o las patatas fritas olvidadas, había una solución. Cada vez era un poco más rápida, un poco más fuerte, ganaba un poco más de confianza. Incluso Isabel estaba de mi parte.

—Es un gilipollas —me dijo por encima del hombro cuando un turista antipático me contestó mal por haberle dado té sin azúcar en lugar de azucarado—. Está de vacaciones, por favor. ¡Debería animarse un poco!

Y además, por muy antipático que fuese alguien o por muy mal que saliera la cosa, al cabo de una hora, como máximo, se había marchado. Y en comparación con lo que yo estaba acostumbrada, aquello no era nada.

Mi madre, sin embargo, se mostró preocupada.

—Cariño —me dijo, con la voz quebrada por todos aquellos cables que cruzaban el océano—, tendrías que estar divirtiéndote. No necesitas trabajar.

—Mamá, me gusta —le dije, admitiendo ante ella lo que en el restaurante me cuidaba de no reconocer: que realmente lo pasaba bien. Me parecía estar aguantando la respiración, cruzando los dedos, como si pudiera terminarse en cualquier momento, por las buenas.

Le aseguré a mi madre que no me estaba inflando a aros de cebolla y que iba a correr todos los días, lo que la tranquilizó un poco. Y no le hablé de los carteles de Mira, ni de su bici, ni de su colección de muebles rotos. Mi madre solía reaccionar de forma exagerada.

Y además estaba distraída, a punto de embarcarse en una gira por Italia que incluía una sesión de aeróbic al aire libre en un estadio de fútbol. Habría cientos de mujeres lanzando patadas y saltando a su lado y pronto se le olvidaría mi trabajillo como camarera.

Pero a mí no. Porque tenía una amiga.

—Colie —me dijo Morgan al final de la primera semana, después de cerrar la puerta detrás del último cliente y haber fregado el suelo. Me dolían los pies y olía a fritanga, pero aquella noche había ganado cincuenta dólares, todos míos—. Ven, quiero enseñarte una cosa.

La seguí hacia la puerta trasera y subimos al tejado, que era plano y pegajoso y olía a alquitrán. A nuestro alrededor reinaba la oscuridad, con algunos lugares iluminados aquí y allá: distinguí el supermercado y el puente, así como un reflector del concesionario de automóviles.

—¿Ves eso? —preguntó—. Allí.

Señaló una luz sobre los árboles. Si me acercaba al borde del tejado podría

distinguirlo.

—Es el estadio Maverick. Ahí solía jugar Mark. —Mark, el prometido de Morgan, era alguien que ya me parecía conocer. Hablaba de él constantemente. Que llevaba calzoncillos boxers, no slips. Que quería tener tres hijos, dos niñas y un niño. Que su promedio de bateo estaba mejorando y en esta temporada llevaba dos *home runs*, incluso con su lesión de muñeca. Y cómo le había pedido que se casara con él hacía tres meses, en su última noche en Colby, cuando estaban despidiéndose en una cafetería.

»Lo echo tanto de menos. —Llevaba una foto suya en la cartera, y era alto, moreno y guapo—. Solo quedan tres meses para que termine la temporada.

—¿Como lo conociste? —le pregunté.

Ella sonrió.

—Pues aquí. En la hora punta de la cena. Estaba sentado en la barra e Isabel le tiró encima una taza de café.

—Uy —dije.

—Pues sí. Ella iba tan acelerada que siguió su camino, así que yo lo limpié y me disculpé. Me dijo que no pasaba nada y yo me reí y le dije que las chicas guapas pueden permitirse cualquier cosa. —Bajó la vista e hizo girar el anillo para que el diamante quedara en el centro del dedo. Y él sonrió, miró a Isabel y me dijo que no era su tipo.

Se oyó un alboroto apagado desde el estadio y vi una pelota salir volando sobre la valla y desaparecer de la vista.

—Y entonces —continuó—, yo le dije, «¿Ah, sí? ¿Y cuál es tu tipo, exactamente?», y él me miró y me dijo: «Tú». —Sonrió—. Mira, Colie, he visto a tantos tíos que me gustaban ir detrás de Isabel. Cuando estábamos en décimo curso, me pasé un año entero enamorada de un tal Chris Catlock. Y una noche por fin me llamó. Casi me da algo. Pero entonces...

Se oyeron más gritos en el estadio, seguidos por la voz quebrada del presentador.

—... me preguntó si podía averiguar si le gustaba a Isabel —dijo, arrugando la nariz—. Fue horrible. Me pasé varios días llorando. Pero eso es lo más increíble de Mark, ¿sabes? Me eligió a mí. Me quiere a mí. —Volvió a sonreír y echó la cabeza hacia atrás. Observé su perfil.

—¡Qué suerte tienes! —le dije.

—Oh, ya encontrarás a alguien —me dijo dándome una palmadita en la rodilla—. Todavía eres una niña, de todas formas.

Asentí, con la vista puesta en el estadio lejano.

—Ya —respondí, y volví a tener esa sensación de que todo podía desvanecerse en cualquier momento. Para ella, yo podría ser cualquiera.

Nos quedamos un buen rato en el tejado, Morgan y yo. Con los pies colgando y mascando chicle y escuchando el partido, esperando el crac del bate y luego los silbidos y los gritos cuando los corredores se lanzaban hacia su objetivo.

Trabajaba alternando comidas y cenas en el Última Oportunidad, perfeccionando mi salsa de queso azul y aprendiendo a dominar el robot de cocina. Pero aún tenía mucho que aprender.

—Servir mesas —me dijo Morgan un día— es parecido a la vida. La actitud lo es todo.

—Actitud —repetí, asintiendo.

—La tuya —continuó, e hizo un gesto hacia el restaurante—, y la de ellos. Es como una ecuación.

Detrás de la barra, donde estaba leyendo *Vogue*, Isabel refunfuñó. Luego pasó la página ruidosamente.

—Hay gente capaz de hacer este trabajo —dijo Morgan—. Y gente que no. Y puede ser odioso. Además, como ya sabes, hay que saber aguantar que te traten mal.

Inclinó la cabeza hacia un lado, observándome. Aquello era una prueba.

—Eso lo sé hacer —dije con convicción. Era la única cosa de la que estaba segura.

Morgan siempre estaba cerca de mí, con sus correcciones constantes, y lograba llevar su propia sección y controlar la mía a la vez.

—Rellena el té en la mesa siete —me decía por encima del hombro al pasar, cargada de platos sucios—. Y los de la seis parece que quieren la cuenta.

—De acuerdo —le decía yo, y hacía lo que me había dicho. Isabel me ignoraba por completo, y me apartaba de un empujón para llegar a la máquina de hielo o recoger sus platos.

—Y, sobre todo, que no se te olvide —decía siempre Morgan— que eres un ser humano y mereces respeto. A veces los clientes te hacen dudar.

Eso lo había comprobado cuando una mujer corpulenta con una carrera en la media me había preguntado cuál era la diferencia entre los Nachos y los Nachos Deluxe.

—Déjeme que mire un momentito la carta —respondí, sacando una de debajo del brazo—. Soy nueva y todavía no...

—Buah —le dijo a su amiga, poniendo cara de mártir. Su amiga, también muy corpulenta, se echó a reír y chasqueó la lengua.

—No me digas —dijo Morgan cuando se lo conté. Estábamos juntas junto a la máquina de refrescos. Se dio la vuelta y miró hacia la mesa, con la mano en la cadera. ¿Cómo se puede ser tan maleducada?

—Una borde —dijo Norman desde el otro lado de la ventanilla, donde estaba haciendo hamburguesas.

—Da igual —dije yo.

—No da igual. —Morgan dio media vuelta y me clavó la mirada—. No eres tonta, Colie. No dejes que nadie te haga pensar que lo eres, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —respondí.

Respiró hondo y dijo como si recitara una oración:

—Nachos normales: judías, tortillas, queso, chiles. Nachos Deluxe: todo eso, más pollo o ternera, tomates y aceitunas.

—¡Buah! —exclamó Norman.

—Y tanto que buah —respondió Morgan mientras alcanzaba una jarra de té—. Vuelve a las mesas —me dijo, señalándome mi zona con la cabeza—. Tenemos trabajo.

Y continuó con sus sentencias.

—Buena actitud, buen dinerito —decía siempre—. Actitud de mierda, dinero de mierda.

—Anda, cállate ya —protestaba Isabel, mientras se pinchaba el bolígrafo de nuevo en el pelo. No sé qué le molestaba más, los consejos de Morgan o que me los estuviera dando a mí.

Pese a todo esto, Morgan era la primera en sucumbir a la presión de la hora punta. En mis primeras dos semanas la vi dejar el trabajo dos veces. Tres, si contamos mi primer día en Colby. Era siempre lo mismo: empezaba con alguna ofensa en la última parte de la noche, declaraba que estaba harta, se quitaba el delantal, lo tiraba indignada y anunciaba que lo dejaba. Luego salía dando un portazo para decirle un par de cosas a alguien, pero resulta que ya se habían ido, así que regresaba, gruñendo, y volvía a ponerse el delantal.

Isabel ni se inmutaba durante estos episodios. No parecía alterarse ni enfadarse por nada; no se lo tomaba como algo personal. Estaba claro que Morgan era lo bastante dramática por las dos.

Algunos días yo hacía turnos dobles, para sustituir a Morgan y que ella pudiera esperar la llamada de Mark. Siempre se mostraba agradecidísima. A veces también sustituía a Isabel para que pudiera dormir después de una borrachera o ir a la playa. Y nunca me lo agradecía. Lo máximo que me había dedicado era un soso «gracias» por encima del hombro, sin pararse siquiera. Cuando trabajábamos juntas, subía el volumen de la radio para no tener que hablar. Y después de cerrar se iba con el coche al pueblo y me dejaba volver a casa sola en la oscuridad.

La verdad es que no me molestaba. Había pasado años oyendo susurros, insultos desde el otro lado del gimnasio o vestuario, que incluso agradecía, comparados con los que me decían a la cara. Me habían llamado «gorda» y «guarra», «puta» y «perra», y «hoyo en uno». Así que no me importaba que me ignoraran. Era lo único que había deseado durante muchísimo tiempo.

Si me tocaba el turno del almuerzo, llegaba a casa a media tarde, cuando Mira dormía la siesta. Tenía que echarse una siesta diaria, como los niños pequeños; decía que, si no, no funcionaba. Yo me quitaba los zapatos y andaba de puntillas, explorando, alerta por si oía el crujido de la puerta de su cuarto.

Mira no era una buena ama de casa. Todo estaba lleno de polvo y había telarañas colgando en todas las esquinas del techo. La primera semana tomé la iniciativa en mi

cuarto, limpié los cristales y debajo de la cama; quité un montón de bolas de pelusa y algunos calcetines. En el armario del pasillo descubrí tres aspiradoras, todas ROTAS, claro, por lo que tuve que apañarme con una escoba mientras volvía a preguntarme qué le pasaba a Mira.

Iba a todas partes en bici, incluso por la noche, cuando enganchaba una luz potentísima al manillar, que en ocasiones cegaba a los coches que venían de frente. Subsistía a base de ensalada de pollo a la plancha, donuts caseros y cereales azucarados. Siempre estaba comenzando algún proyecto: entre otras cosas, el salón contenía una silla de bambú con el asiento roto, reparado a medias; un cerdito de porcelana con tres patas, junto a un tubo de Super Glue; un autobús de juguete al que le faltaban dos ruedas y tenía el parachoques abollado, como si hubiera sufrido algún tipo de accidente, minúsculo y violento.

Y yo no pensaba preguntarle qué había pasado.

Por la noche, mientras veía la tele —MENEAR PARA EL CANAL 11— se ocupaba de sus proyectos. Nunca parecía arreglar nada del todo, solo enredaba con las cosas y les ponía una nota. Un día, al volver a casa, me encontré con que había destripado el despertador de mi cuarto, que, aunque yo lo ponía en hora cada día, iba SIEMPRE CINCO MINUTOS RETRASADO, y había vuelto a montarlo. Estaba muy orgullosa de sí misma, hasta que descubrió que había dejado fuera un muelle enorme. Y ahora, en lugar de sonar como siempre, emitía un horrible gemido. Al día siguiente fui a escondidas a la ferretería y compré uno nuevo, digital, que escondí debajo de la cama como si fuera contrabando ilegal, solo porque funcionaba.

Lo más raro de todo era que tenía dinero de sobra para comprarlo todo nuevo, si hubiera querido; encontré un montón de extractos de cuentas del banco en un armarito mientras buscaba una vaporera para las verduras.

La noche que descubrí las aspiradoras, bajé y la encontré viendo la televisión en el porche trasero.

—Mira —le dije, después de guardar la escoba en el armario—, ¿cómo es que ninguna de las aspiradoras funciona?

No me oyó y siguió con la vista fija en la pantalla. Avancé por el pasillo a oscuras y me coloqué detrás de su silla. Y entonces oí la voz de mi madre.

—Me llamo Kiki Sparks —estaba diciendo, con su chándal característico, su pelo rubio y rizado y las manos en jarras en su pose decidida. Estaba en un salón falso, con una planta y un sofá a su espalda—. Y si tienes sobrepeso y ya te has rendido, quiero que me escuches bien. Puedes dejar de tener miedo. Porque yo puedo ayudarte.

Empezó la música, la misma melodía que yo tan bien conocía; había visto este anuncio un millón de veces. Era el que había convertido a mi madre en una estrella.

—¿Mira? —la llamé en voz baja.

—Es increíble lo que ha conseguido —me dijo de repente, mientras veíamos a mi madre dar una palmada y dirigirse al público del estudio; luego sacó a una mujer para mostrarle cómo hacer una sentadilla (¡perfecta para tonificar esos glúteos!)—.

¿Sabes? Nunca dudé que tu madre sería capaz de adelgazar. O de conquistar el mundo, la verdad.

Sonreí.

—Yo creo que ella tampoco lo dudaba.

—Siempre estuvo muy segura de sí misma. —Mira se volvió hacia mí, con el resplandor del televisor en el rostro—. Incluso en aquellos años terribles en los que ibais las dos de un lado a otro, nunca tuvo miedo. Y nunca aceptó un céntimo de nuestros padres; tenía sus principios. Quería demostrarles a todos que era capaz de lograrlo sola. Siempre fue muy importante para ella.

Recordé las noches que habíamos pasado durmiendo en el coche; la sopa de ketchup. Las veces que, pensando que yo estaba dormida, lloraba en silencio tapándose la cara con las manos. Mi madre era fuerte, sin duda. Pero nadie es perfecto.

En la pantalla, mi madre dirigía al público haciendo pasos de *step*, agitando los brazos por encima de la cabeza. Tenía una sonrisa ancha y deslumbrante, y flexionaba los músculos con cada paso.

—¡Adelante! —le decía a las espectadoras, y a nosotras—. ¡Sé que podéis hacerlo! ¡Estoy segura!

Mira la contemplaba, inclinada hacia la pantalla.

—Me encanta este programa. Lo del peso... —se interrumpió, meneando la cabeza—, eso no me importa; yo siempre he sido distinta en eso. Pero me encanta ver lo que es capaz de hacer. Es contagioso, ¿sabes? Por eso lo veo siempre —dijo en voz baja, en la oscuridad, con el resplandor del televisor parpadeando sobre nosotras—. Siempre la veo.

—Yo también —dije, sentada en el suelo a sus pies. Recogí las rodillas contra el pecho y vimos juntas cómo mi madre predicaba su evangelio, un paso de aeróbic detrás de otro.



La oficina de Correos de Colby era un edificio pequeño, con una sala llena de cajetines para recibir el correo atendida por un señor mayor que siempre parecía estar dormitando. Después del turno del almuerzo, salía por la puerta trasera del restaurante, atravesaba un descampado, pasaba por delante de un garaje y una droguería y llegaba justo frente a la puerta.

Cuando llevas años siendo el blanco de bromas y cotilleos, desarrollas una especie de radar. Casi hueles cuándo está a punto de suceder, puedes reconocer instantáneamente el sonido de una voz susurrante, lo bastante baja para que las palabras que pronuncia sean aceptables. Solo llevaba en Colby unas semanas. Pero no se me había olvidado.

Un día estaba en la oficina de Correos recogiendo las cartas —facturas, un cheque de la compañía de tarjetas de Mira y una postal de mi madre con la *Venus de Milo* con ropa de deporte— cuando lo oí.

—Bueno, ya sabes lo que dicen de ella. —Era una voz gangosa, de una mujer de mediana edad. Estaba fuera de mi vista, tras una hilera de cajetines.

—Algo he oído —dijo una segunda mujer. Se notaba que quería que su amiga continuara, pero todavía no estaba dispuesta a contribuir.

Aquello también me resultaba familiar.

—No es ningún secreto —dijo la primera mujer. Oí que pasaba las cartas—. Vamos, todo el mundo lo sabe.

Di un paso atrás y me apoyé en los cajetines; rocé con la lengua el aro del labio. Notaba la cara ardiendo, con ese rojo incontrolable que me recorría la piel, desbocado, y ese punto seco en la garganta que no lograba eliminar por mucho que tragase. Era como estar de nuevo en el colegio, en el vestuario de las chicas, escuchando a Caroline Dawes anunciar a sus amigas que yo le había dicho a Chase Mercer que mi madre le pagaría para que fuese mi novio.

Y eso en un buen día. Y ahora aquí, meses después, en una ciudad en la que apenas conocía a nadie, volvía a ocurrir.

—Siempre ha sido así desde que se vino a vivir aquí —dijo la primera mujer—. Pero esto va más allá de una personalidad peculiar, ¿sabes? Con esa bici y la ropa que lleva. Por no hablar de todos los vagabundos que adopta. Es como si tuviera una comuna o algo al final de esa carretera. Es una vergüenza para todos nosotros.

—Me sorprende —dijo su amiga— que todavía no le haya dicho nadie lo ridícula que va.

—¿Crees que no lo he intentado? —dijo la primera mujer con un suspiro—. Pero no hay nada que hacer. Está loca. Así de simple.

Respiré hondo. No estaban hablando de mí; claro que no. Estaban hablando de Mira. La recordé montada en la bici, pedaleando furiosamente, y volvió a arderme la cara.

—El gran Norm Carswell está como loco porque su hijo vive en su sótano. Quién sabe qué cosas harán ahí. No quiero ni pensarlo.

—¿Cuál? ¿El jugador de fútbol americano? ¿O la estrella de baloncesto que fue a la universidad del estado con aquella beca?

—Ninguno de los dos —respondió la primera mujer—. Es el más pequeño, el que se llama como el padre. Nunca supieron qué hacer con él; el chico no jugaba a nada. Lleva el pelo largo y creo que toma drogas.

—Ah, ese. Pues es muy simpático. La semana pasada vino a un mercadillo que hice en el jardín de casa y me compró todas las gafas de sol viejas. Dice que las colecciona.

—Tiene muchos problemas —dijo la otra—. Vamos, igual que Mira Sparks. Estoy segura de que terminará sus días sola, cada vez más loca y cada vez más gorda... —Su amiga soltó una carcajada, una de esas de «ay, mira que eres mala»... en esa casa vieja y destartalada.

—Uf —dijo la amiga, disfrutando el momento—. Qué triste.

—Bueno, ella lo ha querido así.

Ya odiaba a esa mujer, como había aprendido a odiar a los que hablaban mal de la gente a sus espaldas. Estaba acostumbrada a los insultos malintencionados directos a la cara, sin confusiones ni malentendidos. De alguna forma, había más dignidad en eso.

Me volví hacia los cajetines, todavía sintiendo pena por Mira, mientras me metía el correo en el bolsillo del pantalón. Luego oí un ruido a mi espalda. Cuando me giré, vi por primera vez a la Niña Cabezona.

La reconocí al instante: era imposible no hacerlo. Tendría unos dos años y llevaba un vestido rosa de volantes repolludos y sandalias blancas. Tenía el pelo rubio y fino y llevaba una diadema rosa con un lazo, que hacía aún más grande su cabeza, si es que era posible. Tenía ojos azul celeste y me miró con la boca abierta, con la falda apretada en el puño.

Madre mía, pensé. Mira tenía razón: un pedazo de cráneo, con forma ahuevada, y la piel bajo el cabello, pálida y casi translúcida. El resto del cuerpo parecía de juguete en comparación.

Se quedó quieta y me miró fijamente, como hacen los niños antes de aprender que eso es de mala educación. Luego levantó una mano y se llevó un dedo gordezuelo al labio, al lugar exacto donde tengo el aro. Lo dejó allí unos segundos, sin despegar de mí la mirada. Yo no podía apartar los ojos de ella.

Y luego, con la misma rapidez con la que había aparecido, dio media vuelta y se

alejó tambaleándose; sus pasitos apenas resonaban sobre las baldosas del suelo.

Yo aún seguía en el mismo sitio cuando las mujeres pasaron a mi lado, con la niña de la mano de la más alta, y salieron de la oficina. La campanilla tintineó tras ellas. Ahora iban hablando de otra persona, sobre maridos y divorcios y propiedades inmobiliarias. No me vieron.

Las vi marcharse, dos mujeres de mediana edad con pantalones cortos y sandalias. La de la niña tenía el pelo rubio y rizado y llevaba un jersey con barcos de vela. Se quedaron paradas afuera, todavía charlando, y sonrieron y saludaron con la mano a una anciana con andador que subía las escaleras. La niña echó a correr por la acera con los brazos abiertos, hacia la valla de madera blanca y las rosas que crecían al otro lado.

La edad no importaba. Había gente como Caroline Dawes por todas partes.

Me quedé frente al escaparate, observando cómo se subían a sus coches y se marchaban. Luego volví caminando a casa de Mira.

—Hola —me dijo mi tía con una sonrisa, pasando las cartas una a una—. ¿Qué se cuentan en el pueblo?

Oí en mi cabeza la voz de la mujer, tan despectiva, y sentí el mismo punto seco en la garganta, el mismo rubor en la cara.

—Nada —respondí.

Y ella asintió, creyéndome, antes de volverse hacia la tele.

Era mucho más fácil con la lucha. Había equilibrio: estaban los buenos, como Rex Runyon, y los malos, como los Hermanos Moratón. A veces los malos tomaban ventaja, pero siempre había uno de los buenos cerca, dispuesto a pegarle a alguien con una silla en la cabeza, tirarla por encima de las cuerdas o darle un buen guantazo; todo por una buena causa.

Mientras lo veía, me di cuenta de que seguramente Mira supiera que era todo fingido; tenía que saberlo. Pero había cierta satisfacción en ver cómo los Hermanos Moratón salían cojeando del cuadrilátero, con la cara entre las manos, pagando por lo que habían hecho. Te devolvía la fe. Y bastaba aparcar el escepticismo y creer, solo por un momento, que al final siempre ganan los buenos.

—La cosa —dijo Morgan, mientras tomaba otra medida de café y la volcaba en un filtro— es que Mira siempre ha sido diferente.

Estábamos en el trabajo, antes de abrir, y yo le había contado lo que había pasado en la oficina de Correos. Ella se limitó a suspirar y asentir con la cabeza, como si no le sorprendiera.

—Quiero decir —siguió—, que la gente lleva hablando de ella desde que llegó. Mira es una artista y esto es un pueblo. Entra dentro de lo normal.

Asentí. Estaba enrollando los cubiertos, primero el cuchillo y luego el tenedor, en una servilleta. La servilleta había que doblarla en ángulo recto y darle tres vueltas

bien apretadas sobre los cubiertos. Morgan me miraba por el rabillo del ojo mientras hablaba, para comprobar mi técnica.

—Todavía recuerdo la primera vez que la vi. Isabel y yo íbamos al instituto, calculo que tendríamos más o menos tu edad. Trabajábamos en el supermercado Big Shop, en la caja, y Mira llegó un día en su bici, con un anorak naranja chillón. Compró como seis cajas de cereales. Parecía que era lo único que comía. Yo esperaba que en cualquier momento le diera una subida de azúcar, allí mismo, en la caja.

Seguí enrollando cubiertos, temiendo que dejara de hablar si yo decía algo.

—Bueno —continuó, mientras enderezaba una pila de filtros que estaba ligeramente inclinada—, al cabo de un tiempo empezó a integrarse en la comunidad. Recuerdo que mi madre hizo un curso de pintura que dio Mira en el centro comunitario. Antes lo daba una señora mayor, con la que solo se podían pintar flores y animales. Y entonces llegó Mira, hablando de la forma humana y la perspectiva, y animándolos a pintar como quisieran.

Sonreí; sonaba típico de Mira.

—Pero lo peor fue que convenció al cartero, el señor Rooter, que tenía unos setenta años por esa época, para que hiciera de modelo para el curso.

Levanté la vista.

—Desnudo —añadió, colocando otro filtro—. Al parecer fue algo horrible. Vamos, mi madre nunca se recuperó de aquello. Dijo que nunca volvería a mirar el correo como antes.

—Jo —dije.

—Pues sí —replicó Morgan—. Mira no entendió a qué se debía el revuelo. Pero desde aquel momento todo el mundo empezó a hablar de ella. No estás enrollando las servilletas lo bastante fuerte.

—¿Qué? —pregunté sobresaltada.

—Tienes que tirar más fuerte de la servilleta —dijo, señalándome—. ¿Ves cómo ha quedado suelta y bailando?

—Oh, lo siento —me disculpé.

Me estuvo observando con cara de concentración hasta que volví a hacerlo bien.

—Pero Mira pareció no darse cuenta de que estaban todos revolucionados hasta que le pidieron que se marchara. Y el pobre señor Rooter... No creo que nadie lo mirara a los ojos al menos durante un año. Y una semana después la clase de pintura volvió a tratar de flores y perritos. Mi madre pintó un basset hound torcido, horrible, que colgó en el cuarto de baño. Daba miedo.

No supe qué decir.

—Así fue como empezó —continuó—. Pero hubo otras cosas, también. Como por ejemplo cuando unos padres quisieron prohibir unos libros en el colegio. Mira se puso como una fiera con eso, se presentaba en las reuniones del consejo escolar y armaba un gran escándalo. Supongo que ponía a la gente nerviosa.

—Es una pena —dije.

—Sí, es verdad. —Cogió uno de mis rollos blanduchos y lo rehízo, tirando fuerte de la servilleta—. Pero ahí fue donde empezaron a portarse mal con ella. Como te he dicho, esto es un pueblo. No hace falta mucho para ganarse una mala reputación.

—Esas mujeres que oí hoy en la oficina de Correos —dije en voz baja—, una de ellas tenía una...

—La niña —terminó por mí. Asentí—. Es Bea Williamson. Los Williamson son una de las familias con más solera de Colby: club de campo, ayuntamiento, una gran mansión sobre la bahía. Ella tiene algo contra Mira. No sé qué será.

Quise decirle que a veces ni siquiera hace falta un motivo. Sabía por experiencia que en ocasiones daba igual cuántas vueltas le dieras a las cosas en tu cabeza, intentando comprenderlas: había personas que simplemente desafiaban a la lógica.

—Dijeron cosas horribles —le conté, mientras terminaba con otro rollo de cubiertos—. Ya sabes, sobre su forma de ser.

—Su forma de ser —repitió Morgan llanamente.

—Sí, bueno —continué, sin mirarla. De repente me sentí fatal por mencionarlo siquiera, como si yo fuera Bea Williamson, igual de superficial—. Su forma de vestir y eso.

Ella pensó un momento.

—No sé —dijo, encogiéndose de hombros—. Mira siempre ha sido un espíritu libre, desde que la conozco. Es simplemente Mira.

Se oyó crujir la gravilla en el exterior cuando entró el Golf en el aparcamiento, con la radio a todo volumen. Isabel se bajó de él con un par de gafas blancas y cerró de un portazo.

—Aquí viene —dijo Morgan en voz alta.

—No quiero oírlo —dijo Isabel, que pasó a mi lado sin quitarse las gafas de sol y se dirigió directamente a la máquina de café.

—¿Dónde estuviste anoche?

Isabel cogió el recipiente de los filtros que acabábamos de llenar y lo sostuvo sobre la pierna para sacar uno. Se resbaló, se le cayeron unos cuantos al suelo y los pisó cuando fue a poner en marcha la cafetera.

Esto, claro está, puso a Morgan furiosa.

—¡Dame eso! —exclamó, quitándole el recipiente y dejándolo sobre la barra. Se puso a arreglar el desaguisado—. Acabo de colocarlos, Isabel.

Yo seguí enrollando los cubiertos con la cabeza gacha.

—Lo siento —dijo Isabel. La máquina empezó a gorgotear y a escupir café, y ella se estiró y bostezó mientras la miraba.

—Sabes que estaba muerta de preocupación por ti —dijo Morgan. Mientras cogía los filtros del suelo aprovechó para darle a Isabel en la rodilla con el recogedor, que ya tenía listo para limpiar.

—¡Ay! —Isabel se apartó—. Por Dios, Morgan. Que no eres mi madre. No hace falta que pases la noche en vela esperándome, tía.

—Ni siquiera sabía dónde estabas —protestó Morgan, barriendo enérgicamente—. No dejaste ninguna nota. Podrías haber estado...

—Muerta en la autopista —Isabel terminó la frase, mirándome con cara de hastío. Yo le devolví la mirada, sorprendida de que se hubiera dirigido a mí.

—¡Pues sí! —exclamó Morgan poniéndose de pie, tiró los posos del café a la basura y colocó la escoba y el recogedor en su sitio—. Muy probable. Y, encima, con mi coche.

Isabel dio una palmada sobre la barra.

—No empecemos con el coche, ¿vale?

—Bueno —dijo Morgan, elevando la voz—, no deberías usarlo sin avisar. ¿Y si yo tenía que ir a algún sitio? Como no me dijiste nada, no tenía forma de encontrarte...

—¡Tía, Morgan, si no fueras tan antigua tal vez te contara más cosas! —gritó Isabel—. Vivir contigo es como tener a mi abuela todo el día pegada a los talones. Perdona que no comparta contigo los detalles íntimos, ¿vale?

Morgan puso un gesto de dolor, como si la hubiera golpeado. Luego se dio la vuelta y se mantuvo ocupada con los azucarillos y la sacarina, separándolos con movimientos bruscos y rápidos.

Isabel sacó la cafetera de un tirón, colocó una taza bajo el chorro de café y la llenó hasta la mitad. Después volvió a colocar la cafetera en su sitio, dio un sorbo y cerró los ojos.

El silencio podía cortarse.

—Lo siento —dijo Isabel en voz alta. Parecía más sincera que cuando me lo había dicho a mí—. De verdad.

Morgan no dijo nada y se puso a colocar todas las cucharas hacia arriba.

Isabel me lanzó una mirada que interpreté como lárgate, así que me levanté y me llevé las servilletas y los cubiertos a la cocina. Pero las veía a través de la ventana. Me subí de un salto a la mesa, intentando no hacer ruido, y las observé.

—Morgan —dijo Isabel, esta vez con mayor suavidad, te he dicho que lo siento.

—Siempre lo sientes —replicó Morgan sin girarse.

—Ya lo sé —dijo Isabel en el mismo tono.

Otro silencio. Solo se oía a Morgan colocando las pajitas.

—Ni siquiera tenía pensado salir —dijo Isabel—. Pero Jeff me llamó y me propuso salir a navegar, así que me fui con él, y luego se hizo de noche, y cuando me quise dar cuenta...

Morgan se volvió con los ojos como platos.

—¿Jeff? ¿Ese que conocimos en el Big Shop?

—Sí —respondió Isabel. Sonrió—. Me llamó, ¿no es increíble?

—¡Jo, tía! —dijo Morgan, y la agarró de la mano—. ¿Y qué hiciste? ¿Te pusiste nerviosa?

—Pues se me había olvidado totalmente quién era —le contó Isabel riéndose.

Estaba tan acostumbrada a verla enfurruñada que me sorprendió. Parecía una persona distinta—. Me lo tuvo que recordar. ¿No es flipante? Pero es muy simpático, Morgan, y pasamos un día fenomenal...

—Un momento, empieza por el principio —dijo Morgan, que rodeó la barra y se sentó, preparándose—. Empieza por la llamada.

—Vale —asintió Isabel, mientras se servía otro café—. Pues sonó el teléfono y yo, pues, estaba en albornoz, viendo un culebrón...

Me quedé escuchando mientras Isabel contaba toda la historia, desde la llamada a la salida con velero y el beso. Se les había olvidado que estaba allí. Mientras Isabel contaba su cita, y las dos se reían, permanecí en la cocina, fuera de su vista, y fingí que me lo estaba contando también a mí. Y que, por una vez, formaba parte de ese lenguaje secreto de risas y bobadas y chicas que, de algún modo, era la amistad.

Las dos me fascinaban. Cuando Mira se acostaba temprano, después de los combates de lucha, me pasaba casi todas las tardes sentada en el tejado fuera de mi ventana. Desde allí podía ver perfectamente la casita blanca.

A Morgan y a Isabel les encantaba la música. De cualquier tipo: desde la música disco a las canciones antiguas de los cuarenta, siempre había algo sonando. Parecía que Isabel no funcionaba sin ella. Lo primero que hacía Morgan al llegar al restaurante era encender la máquina del té helado; Isabel ponía la radio y subía el volumen.

Si Isabel estaba contenta, ponía cosas como el primer volumen de los *Grandes Éxitos* de Stevie Wonder. Si no, *Led Zeppelin IV*, que Morgan odiaba; lo llamaba música de porreros y le recordaba a algún antiguo novio. Su colección de discos, que vi una vez mientras esperaba a Morgan en el porche, era enorme. Estaba desperdigada por toda la casa, amontonada sobre los bafles, la televisión y la mesita de café, y por todas partes, tirados por el suelo formando un camino de una habitación a otra.

Morgan se dio cuenta de que me fijaba en eso. Tuvo que apartar con el pie dos CDs, George Jones y Talking Heads, creo, para poder cerrar la puerta.

—Es el club de música de la discográfica Columbia —me explicó, señalando con la cabeza hacia la casa—. Te mandan doce por un céntimo. Nos odian.

Al parecer Isabel y Morgan estaban en guerra postal con Columbia y había un flujo constante de cartas indignadas en ambos sentidos. Pero la música no dejaba de llegar. Era el accesorio principal de Isabel cuando llegaba tarde a trabajar, siempre con dos o tres CDs, normalmente nuevos, debajo del brazo.

Por la noche, cuando salía de rodillas a mi tejadillo, era lo primero que oía, saliendo de sus ventanas. Solían sentarse en el porche delantero con la puerta abierta y la luz las iluminaba por detrás. Isabel fumaba y se bebían un *pack* de seis cervezas entre las dos, descalzas una frente a la otra. De vez en cuando, una se levantaba y

entraba a cambiar la música, y la otra se quejaba.

—No vuelvas a poner esa basura de Celine Dion —oí gritar a Isabel una noche mientras apagaba el cigarrillo—. Me importa un bledo que echés mucho de menos a Mark.

Morgan reapareció en el umbral, con la mano en la cadera. Detrás de ella, Celine ya estaba cantando.

—Me tocaba a mí elegir, lo sabes.

—A ver si os buscáis otra canción —protestó Isabel—. Nada más que por eso, voy a poner a Led Zeppelin en mis tres turnos siguientes.

—Isabel —dijo Morgan, dejándose caer a su lado—, entonces me obligarás a poner a Neil Diamond, y eso no te va a gustar. —A Morgan le encantaban los cantantes de baladas: Tony Bennett, Tom Jones, Frank Sinatra. Pero solo escuchaba a Sinatra cuando había tenido una mala noche y echaba mucho de menos a Mark. Conocía bien esa música porque mi madre también era fan.

—Vale, entonces —dijo Isabel— no me quedará más remedio que poner una de esas canciones de Rush con un solo de batería de diez minutos. No es que quiera, pero no me dejarías otra opción.

—Está bien —cedió Morgan—. Te prometo que solo lo pondré una vez esta noche. Es que le echo de menos, ¿vale?

Isabel no dijo nada. Casi nunca replicaba cuando se trataba de Mark; al oír su nombre siempre apretaba un poco más los labios y se daba media vuelta.

Celine Dion siguió cantando y Morgan arrastraba los pies en el porche, tarareando la canción. No dijeron nada durante un rato. Cuando terminó, Morgan extendió su botella e Isabel se inclinó hacia adelante para brindar con la suya.

Así marcaban siempre las treguas.

Si ninguna de las dos tenía planes, se quedaban allí toda la noche. A medida que se hacía tarde, les podía la pereza y ya no se levantaban a cambiar el disco, dejando que sonara de principio al final. Isabel siempre cantaba; se sabía todas las letras.

Me sorprendió que tuvieran tantas cosas de que hablar. Desde que se veían, no cesaban las risas, los comentarios y las bromas; había algo que las conectaba, algo que se estiraba o se encogía con cada pensamiento que se contaban. Sus palabras, como la música, tenían el potencial de ser infinitas.



A Mira le gustaba la astrología. Todas las mañanas empezaba por leer su horóscopo atentamente, y después hacía predicciones para el día.

—Mira esto —me decía mientras yo untaba mi *bagel* con queso desnatado. Ella ya iba por la mitad de su gran cuenco de cereales Cap'n Crunch ahogados en leche entera, el tipo de desayuno que habría horrorizado a mi madre—. «Hoy será un día de cinco sobre diez. Te verás en un aprieto, pero no pierdas la calma: relájate y te darás cuenta de que siempre habías tenido espacio para maniobrar. Mucha energía, paciencia, fe. Capricornio anda por ahí.»

—Mmm —respondía yo, como siempre.

—Tiene pinta de ser un día interesante —reflexionó, y tomó otra gran cucharada de cereales—. Será mejor que haga mis recados temprano.

Por ese motivo, cuando salí para trabajar Mira iba a mi lado pedaleando. Llevaba unos leotardos, una camisa con estampado de cachemira y las zapatillas moradas; el pelo oculto bajo una gorra de béisbol. Y, por supuesto, sus gafas de Terminator.

Siempre fingía no darse cuenta de que todo el mundo la miraba, e ignoraba las risas y los toques de claxon. Por mí, bien; ya iba yo bastante avergonzada por las dos.

Cuando llegamos a la tienda de la gasolinera Quik Stop, frente al restaurante, Mira torció junto a los surtidores y frenó de golpe. Saludó con la mano a Ron, que se encontraba tras el mostrador, y este le sonrió y volvió a su periódico.

—Bueno —dijo Mira, que se bajó de la bici y cogió su monedero rosa de vinilo de la cesta delantera—, necesitamos pan, queso en lonchas... ¿algo más?

Me quedé pensando un momento cuando un Toyota Camry verde aparcó a nuestro lado.

—Mmm... No me acuerdo.

—Había otra cosa —dijo Mira pensativa, ajustándose las gafas de Terminator—. ¿Qué era?

La puerta del Camry se cerró de golpe y oí unos pasos rodeando el coche.

—¿Refrescos?

—No, no era eso. —Cerró los ojos, pensando—. Era...

Había alguien de pie delante de mí.

—¡Leche! —exclamó Mira de repente, chasqueando los dedos—. Era leche, Colie. Eso era.

—Anda, Mira Sparks. —Oí decir a una voz de mujer—. ¿Cómo estamos hoy?

Ni siquiera tuve que darme la vuelta; me bastó con mirar el asiento trasero del

coche. Y ahí estaba esa niña, atada en la sillita, dormida con su cabezota inclinada hacia un lado.

—Hola, Bea —respondió Mira. Luego se colgó el bolso y me dijo—: Te veré esta tarde.

—De acuerdo.

Me di la vuelta y me encontré de frente con Bea Williamson, que me miró con mala cara. Di unos cuantos pasos, sin saber si debía irme o no.

Mira abrió la puerta del Quik Stop y desapareció en su interior. Bea Williamson sacó a la niña del coche, se la plantó en la cadera y la siguió.

Tal vez no ocurriera nada más. Tal vez Bea lo dejara ahí, en ese tono, esa pregunta. Pero yo había sido el blanco de las burlas durante bastante tiempo como para saber que era mejor no concederle el beneficio de la duda.

Crucé la carretera hasta el Última Oportunidad esquivando el tráfico mañanero. Pero mientras cortaba la lechuga, con la radio a tope, no dejaba de mirar hacia el Quik Stop, preguntándome que estaría ocurriendo en su interior, enfadada conmigo misma por no estar allí.

El viernes, una semana más tarde, ocurrió.

Los viernes eran la locura, se juntaban los excursionistas de un día y los de fin semana, que pasaban a comer algo antes de ir a la playa. Morgan se tomaba casi todos los viernes libres, por si venía Mark, lo que me dejaba padeciéndolos a solas con Isabel. Ya tenía dos mesas grandes y al menos diez pequeñas y no era más que la una y media.

—Tu comanda está lista —me soltó Isabel. Llevaba una gran bandeja apoyada sobre el hombro y avanzaba entre la gente que esperaba en la cola para sentarse.

—¿Cómo va eso? —me preguntó Norman mientras yo colocaba los platos sobre la bandeja. La música que sonaba en el aparato de la cocina era Stevie Wonder, a tope. Isabel había estado de buen humor por la mañana. Norman llevaba sus gafas de sol verdes y bailaba junto a la plancha, mientras Bick hacía ensaladas y canturreaba detrás de él.

—De locos —le dije—. Al menos tres mesas esperando.

—Cuatro o más —dijo Isabel detrás de mí, pasando la mano para alcanzar un plato de patatas fritas—. Me hace falta esa hamburguesa, Norman —añadió acercándose a la ventana—. Ahora mismo.

Me aparté y Norman arqueó las cejas y sonrió. Me caía bien. Puede que fuese un artista colgado, pero era muy simpático: siempre me cambiaba los platos rápidamente, incluso cuando el error era mío, y siempre me guardaba una bolsa de patatas fritas con poca grasa, que sabía que me encantaban. En las noches tranquilas, cuando nos tocaba cerrar, nos quedábamos cada uno a nuestro lado de la ventana pasaplatos y charlábamos. Los días en que trabajaba con Isabel, era mi único aliado,

pero desde la cocina no podía hacer mucho.

—Esto es tuyo —dijo Isabel, mientras cogía el resto de mis platos y los dejaba en mi bandeja—. Tienes que llevártelo, no dejarlo aquí enfriándose y ocupando sitio.

—A eso iba. Pero has llegado tú y...

—Me importa un bledo. —Ni siquiera se volvió—. Haz tu trabajo, ¿vale? Es lo único que te pido.

—Lo estoy haciendo —repliqué, con esa sensación de frustración acalorada que siempre sentía cuando ella estaba cerca.

—Mira, hoy no está aquí Morgan para protegerte —saltó, agarrando la hamburguesa que le pasaba Norman. Y yo no tengo tiempo de explicarte que la vida es como el café o lo que sea. Así que no me estorbes y encárgate de tu propia mierda.

Asió su bandeja, me apartó con un golpe de cadera y se marchó. Yo me quedé allí parada. Cada vez que pasaba algo así, se me ocurría una respuesta estupenda, unas tres horas después, lo que no servía para mucho. Trabajar de camarera me había obligado a ser más decidida con los desconocidos, pero Isabel era otra cosa.

—Colie, son cosas tuyas —dijo Norman, como siempre. Por muy atareado que estuviera, Norman se daba cuenta de todo. Si levantaba la vista en plena hora punta, veía que me estaba mirando, solo para comprobar dónde estaba. Era raro, me tranquilizaba—. No lo hace...

—Ya lo sé —dije, suspirando antes de volver a mis mesas. Llevé los platos y seguí trabajando, con mi sonrisa falsa pegada en la cara. Me sumergí en el jaleo y el trabajo, evitando a Isabel hasta las dos y media, cuando las cosas se calmaron. Y luego, cuando se marchó mi última mesa, me quité el delantal y salí por la puerta trasera.

Me senté en los escalones mirando a los contenedores de basura con los pies colgando. Por las tardes, el sol y la luz te hacían entrecerrar los ojos y, si el viento soplaba en la dirección adecuada, ni siquiera se oía la basura.

Un coche aparcó en la parte delantera; sonó la campanilla cuando alguien entró. Miré el reloj: un minuto para la hora de cerrar. A través de la mosquitera vi a dos chicas apoyadas contra la barra.

Me iba a levantar pero Isabel llegó antes, sacándose un bolígrafo del pelo. Tenía su expresión borde, como si hubiera estado esperando para enfadarse con ellas.

—¿Qué queréis?

—Queremos pedir algo para llevar —dijo una de las chicas—. Umm, dos hamburguesas con queso y una de aros de cebolla. Y dos pepsi light.

—Marchando dos hamburguesas con queso —le gritó Isabel a Norman, mientras pinchaba el papel en el pincho—. Tardará unos minutos —les dijo a las chicas. Luego avanzó hacia la puerta trasera, me lanzó una mirada y se fue al servicio. Desde la cocina oía a Stevie Wonder, alegre y desenfadado.

Cerré los ojos y dejé que el sol me calentara la cara. Ya olía las hamburguesas y me retumbó el estómago. Por lo general había seguido el Plan de Alimentación de

Kiki, con alguna patata frita o aro de cebolla aquí o allá. Pero la tentación estaba siempre ahí. «Un día menos, una victoria más», decía mi madre. Era el nombre de una de sus cintas inspiradoras.

Oí que alguien venía por el pasillo y me volví, creyendo que era Isabel. Pero no: era una de las chicas de la barra. E incluso a través de la puerta con pantalla mosquitera y el reverbero del sol, reconocí a Caroline Dawes.

Ella también me vio y pareció igual de sorprendida. Por alguna razón absurda pensé que tal vez, solo tal vez, no pasaría nada. No estábamos en el colegio. Ni siquiera estábamos en nuestra ciudad. Estábamos a muchos kilómetros de distancia. Así que le sonreí.

—Madre mía —dijo, arrugando la nariz como si hubiera visto algo asqueroso—. ¿Y qué haces tú aquí?

Idiota.

Ahí estaba de nuevo, ese punto seco en la garganta, e instantáneamente volví a ser gorda, con granos en la cara, envuelta en mi gabardina negra para ocultarme. Excepto que ya no la tenía, ni tampoco esos veinte kilos y medio. Era una presa totalmente desprotegida.

Entonces se echó a reír. Soltó una carcajada y meneó la cabeza, mientras daba un paso hacia atrás tapándose la boca con la mano. Y volvió corriendo a la barra, con las sandalias tableteando alegremente.

Volví a mirar los contenedores y cerré los ojos. Me oía respirar.

—¿Quién era esa? —le preguntó su amiga cuando se acercó.

—Colie Sparks —respondió Caroline. Todavía seguía riéndose.

—¿Quién?

—Una chica de mi colegio. Es, o sea, una auténtica pringada. —Caroline hablaba en voz alta, lo bastante para que la oyera yo desde la otra punta del restaurante. Sabía que Norman también la estaba oyendo, podía imaginar lo que estaría pensando, pero no me di la vuelta—. Se acuesta con cualquiera, te lo juro. La llaman «hoyo en uno». —Volvió a reír.

—Qué horror —dijo su amiga, pero por la voz me di cuenta de que estaba sonriendo.

—Se lo merece totalmente —dijo Caroline—. Es la más guarra del colegio. Además, se lo tiene creído porque su madre es Kiki Sparks. Como si eso fuera a impresionar a alguien.

Doblé las piernas y apoyé la barbilla sobre las rodillas. Era como estar de vuelta en el colegio, en el vestuario, el día que Caroline y sus amigas abrieron mi bolsa de gimnasia y sacaron mis enormes bragas para que todas las vieran.

Cada vez que pensaba que la cosa no podía empeorar, empeoraba.

Si hubiera sido Mira, habría fingido ignorarlo todo. Si hubiera sido Morgan, me habría levantado y le habría dicho un par de cosas a Caroline. Si hubiera sido Isabel, seguramente le habría dado un puñetazo. Pero yo era yo. Así que me puse cada vez

más tensa, cerré los ojos y esperé a que aquello terminara.

—No me puedo creer que esté aquí —dijo Caroline—. Si tengo que volver a ver su horrible cara, me va a fastidiar las vacaciones.

Entonces oí algo a mi espalda, en el pasillo. Muy cerca.

Me di la vuelta y se me borró la visión mientras los ojos se acostumbraban a la penumbra. Era Isabel. Estaba al otro lado de la puerta, de brazos cruzados. Observando y escuchando a Caroline Dawes.

Lo que faltaba, pensé. Ahora ya tiene un motivo para odiarme.

Esperé que dijera algo, uno de sus comentarios punzantes en voz baja. Pero no lo hizo. Unos segundos después Norman gritó que la comanda estaba lista, y ella se alejó por el pasillo.

Oí cómo les cobraba la comida y la caja se abría con su alegre tintineo. Les dio el cambio y la puerta principal chirrió cuando Caroline y su amiga la empujaron.

—Hasta luego —dijo Isabel—. Que tengáis un buen día.

—Tú también —dijo la amiga de Caroline, y la campanilla sonó cuando se marcharon. Isabel salió de detrás de la barra y giró el cartel a CERRADO.

El nuevo comienzo que había deseado, lo que quería que Norman pensara de mí, todo se había esfumado. Isabel guardaría esa información y la utilizaría.

La oí volver hacia mí, con calma, y tragué saliva, preparándome. Se quedó al otro lado de la mosquitera. La sentía.

—No digas nada —le dije—, ¿vale?

Mi voz sonó débil y triste, incluso para mí misma. Ella no dijo nada durante un buen rato. Yo me concentré en el cielo, memorizando el azul. Y me sobresalté cuando me ordenó:

—Vamos.

—¿Qué? —Me di media vuelta. Me estaba mirando.

—Ya me has oído —contestó. Se quitó el delantal, lo arrojó sobre la barra y se dirigió a la puerta principal. No se giró para ver si la seguía. Simplemente se marchó—. Vamos.

Fuimos al Golf y dejamos que Norman cerrara solo el restaurante. Isabel entró y buscó la llave, que estaba en el suelo. Puso el coche en marcha y la música empezó a tronar inmediatamente. La bajó un poco, pero no mucho.

Sentí que debía decir algo.

—Mira —le dije—, sobre esa chica...

Meneó la cabeza y volvió a subir el volumen para no oírme.

Condujimos de vuelta a más de cien kilómetros por hora. Pero no puedo saberlo seguro, porque el velocímetro estaba roto, igual que el retrovisor, que colgaba de medio lado, y el cambio de marchas, cuyo puño había sido sustituido por una pelota de plástico blando pintada como el planeta Tierra. El suelo y el asiento trasero

estaban repletos de barras de labios, estuches de CDs, revistas *Vogue* y *Mirabella*, y unos veinte pares de gafas de sol, todo lo cual traqueteaba de un lado a otro cada vez que tomábamos una curva. Isabel no dijo ni una palabra mientras conducía; llevaba la boca apretada en una línea delgada y tensa.

Apenas redujo la marcha cuando tomamos el camino de tierra. Como mi cinturón también estaba roto, fui todo el camino agarrada al tirador. Cuando por fin se detuvo con un frenazo delante de la casita blanca, me parecía que hasta se me habían aflojado los empastes.

Isabel cogió un par de CDs del asiento trasero y salió.

—Llévalos tú —me dijo, y la obedecí. Vi cómo se quitaba los zapatos de una patada en el porche y sacaba la llave de debajo de una planta seca que estaba en los escalones. Abrió la puerta y entró, sorteando unas cuantas revistas y prendas de vestir, y se dirigió a la cocina. Yo me quedé en la puerta.

Fue hasta la nevera, sacó una cerveza y le quitó la chapa con el canto de la encimera. Luego bebió un trago, eructó y se llevó una mano a la cadera.

—El mundo —dijo— está repleto de zorras.

Entré.

Era fácil adivinar qué mitad del dormitorio era la de Isabel. Una tenía la cama hecha, las fotos bien colocadas, la ropa sobre las estanterías dobladas y ordenadas por categoría y color. La otra estaba cubierta, desde el suelo hasta la cama, de cosas. Ropa, CDs, calcetines, revistas, sujetadores, cajetillas de tabaco vacías: todo revuelto. Pero lo que más me llamó la atención fue el espejo.

Estaba sobre el tocador, enmarcado por cientos de caras recortadas de revistas. Chicas rubias, morenas, pelirrojas, de pómulos marcados, seductoras. Había algunas con maquillaje llamativo, otras sin maquillar, todas delgadas, algunas sonrientes. Estaban pegadas de cualquier manera, solapándose unas sobre otras, extendiéndose como una nube desde los bordes del espejo. Aquí y allá, entre medias, había fotos de gente real: algunas de Isabel y Morgan, fotos de familia, un par de bebés y varias de chicos guapos y sonrientes. Junto a las modelos parecían más pequeñas, y se percibían todas las imperfecciones.

—Siéntate —me dijo Isabel, apartando con el pie una sandalia blanca y un par de pantalones cortos para sacar la silla. El tocador era un mar de botecitos y cajitas, tan atestado de cosméticos que no se veía la superficie. Me miré en el espejo, rodeada de todas aquellas chicas hermosas, y me pregunté qué estaba haciendo allí.

Isabel apartó un par de cosas más y se apoyó en el tocador, dando otro trago de cerveza.

—Mira, Colie. Tengo que decirte algo y voy a ir al grano, ¿de acuerdo?

Pensé un momento. No podía ser nada peor de lo que ya había pasado.

—Vale.

Se colocó el pelo detrás de la oreja, respiró hondo y dejó escapar el aire. Luego dijo:

—Creo que deberías depilarte las cejas.

No era precisamente lo que estaba esperando.

—¿Qué?

—Ya me has oído —dijo, y se situó detrás de mí, haciéndome volver la cabeza para que me viera en el espejo—. Y tampoco estaría mal hacer algo con ese pelo.

—No sé —dije insegura mientras se acercaba al armario y abría la puerta de un tirón. Sacó una caja grande con paquetes de tinte. Y yo que creía que era rubia natural...

—Ese negro es demasiado irregular —me dijo—. No podemos teñir por encima, pero al menos podríamos intentar teñirlo de nuevo para igualarlo. No lo arreglaría del todo, pero...

Dejó caer la caja el suelo y salió abruptamente del cuarto hablando consigo misma. La oí abrir y cerrar armarios en la cocina.

Levanté la vista hacia las fotos, observando las caras. Y entonces la vi; una, en la parte de arriba, en la que no me había fijado antes. Parecía una foto de un anuario escolar. La chica era gorda, con gafas. Tenía la cara rechoncha y el pelo castaño liso, y vestía un jersey grueso de cuello vuelto con pinta de incómodo y de picar. Llevaba una cadena con una ranita dorada, algo que debía de haberle regalado su madre o su abuela. Era el tipo de chica a quien Caroline Dawes le habría hecho la vida imposible. Una chica como yo.

Me acerqué más, preguntándome qué pintaba allí. Incluso entre las fotos de los bebés y de Morgan y esos chicos, no encajaba.

—Toma —dijo Isabel, que entró súbitamente en la habitación y me puso una caja sobre las rodillas. La modelo de la foto tenía el pelo castaño oscuro, casi negro, con reflejos rojizos, y me sonreía—. Algo así era lo que tenía en mente.

No sabía cuál había sido el efecto de Caroline Dawes en Isabel, pero no iba a cuestionarlo. Después del día que llevaba, cualquier cambio me parecía una buena idea.

—Muy bien —dije. Y a mi espalda, reflejada en el espejo junto a las demás bellezas, la linda cara de Isabel casi, casi sonrió.

—Ay.

—Silencio.

—¡Ay!

—Cierra el pico.

—¡Aayy!

—¿Te quieres callar ya? —soltó Isabel, que me arrancó un buen pellizco de piel al tirar.

—Duele —dije. Había buscado unos cubitos de hielo, pero sin suerte: se le olvidó llenar la bandeja la noche anterior.

—Pues claro que duele —gruñó, y de un tirón me hizo inclinar la cabeza hacia atrás—. La vida es una mierda. Vete acostumbrando.

Obviamente no íbamos a convertirnos en amigas del alma inmediatamente.

Para distraerme, miré hacia el espejo.

—¿Quién es esa chica?

—¿Qué chica? —Otro tirón.

Me lloraban los ojos.

—Esa —dije señalando a la chica gordinflona con el jersey de cuello vuelto—. La de la foto del anuario.

Me dio otro buen tirón y miró hacia donde yo le señalaba.

—Mi prima —respondió distraída.

—Ah.

—Es un bellezón, ¿eh? —Se cambió las pinzas de mano y flexionó los dedos entumecidos.

—Bueno, es... —dije—. Quiero decir que es muy...

—Es un asco —me dijo, y se preparó para empezar con la otra ceja—. No es ningún secreto.

Para las chicas guapas era todo tan fácil. No entendían la suerte que tenían. Pero yo conocía a su prima, sabía por lo que estaba pasando. Y no podía apartar la vista de ella, incluso mientras Isabel se esforzaba por transformarme.

Estaba terminando mis cejas, arrancando algún pelo suelto aquí y allá, con su cara cerca de la mía.

—¿Por qué te estás portando tan bien conmigo? —le pregunté.

Se apartó y dejó las pinzas.

—¿Sabes? —me dijo—, cuando dices cosas así me entran ganas de darte un guantazo.

—¿Qué?

—Me has oído. —Cogió la cerveza y dio un buen trago, todavía observándome. Luego dijo—: Colie, no debería sorprenderte que la gente te trate con respeto. Deberías esperarlo.

Meneé la cabeza.

—No sabes... —comencé, pero, como siempre, no me dejó terminar.

—Sí —dijo sencillamente—, lo sé. Te he estado observando, Colie. Vas por ahí como un perro que espera que le den una patada. Y cuando alguien te la da, haces pucheros y lloras como si no lo merecieras.

—Nadie merece que le den una patada —repliqué.

—No estoy de acuerdo —dijo secamente—. Te lo mereces, si no crees merecer nada mejor. En cuanto viste a esa chica, te viniste abajo. Le abriste la puerta y la dejaste entrar y machacarte.

Pensé en Mira, en cuánto me molestaba que no se defendiera.

—Ella es...

—No me importa quién sea —me dijo, interrumpiéndome de nuevo con un gesto de la mano—. Respétate a ti misma, Colie. Si no te respetas tú, el mundo te pasará por encima.

Bajé la vista y me pasé la lengua por el aro del labio.

—¿Ves? —me dijo—, ya estás otra vez.

—No es cierto.

Me tomó de la barbilla y me obligó a mirarla.

—Tú eres lo más importante, Colie. —Se llevó un dedo a la sien y dio tres golpecitos, tap, tap, tap—. Si crees en ti misma aquí arriba, serás más fuerte de lo que puedes ni siquiera imaginarte.

La confianza tiene algo de contagioso. Y en ese momento, con las cejas escocidas y los ojos llenos de lágrimas, creí en mí.

—Y una buena melena tampoco hace daño —añadió, mientras alcanzaba del suelo la caja del tinte—. Venga. Luego he quedado, pero si nos damos prisa nos dará tiempo.

Me quedé sentada, mirando mi reflejo en el espejo. Un cambio pequeño, pero ya me veía distinta.

—¡Venga! —me gritó desde la cocina. Lancé una última mirada al espejo: vi mi cara, rodeada por tantas chicas guapas, y fui a ponerme en sus manos. Pero cuando me sentó en una silla de la cocina e inclinó mi cabeza sobre el fregadero diciéndome que cerrara los ojos, solo fui capaz de pensar en una chica, su prima gorda, mientras el agua salpicaba a mi alrededor.



Iba de camino a casa cuando me topé con Norman.

Literalmente. Iba yo caminando de espaldas, diciéndole adiós a Isabel con la mano, cuando me choqué contra algo sólido.

—Mmmmmft —dijo la cosa, y se oyó un golpe seco y un ruido estrepitoso. Me di la vuelta y vi a Norman en el suelo, debajo de un cuadro enorme, del que solo asomaban los pies y la cabeza. Parpadeó.

—Hola —dijo.

—Hola. —Me alarmé—. ¿Te has hecho daño?

—Eh, no —dijo tranquilamente, mientras movía el cuadro con cuidado y se incorporaba. Era una noche rara, cálida, y el viento llegaba del mar con una brisa curva. Los pantalones cortos me aleteaban contra los muslos y todo olía a lluvia—. No me he hecho daño.

—Lo siento —dije.

—No lo sientas. —Se levantó y flexionó una muñeca, que crujió. Llevaba una camiseta que decía ¡NO PUEDO DEJAR DE BAILAR! con letras blancas descoloridas—. Iba solo a llevar esto —explicó, señalando el cuadro con la cabeza.

—¿Qué es? —pregunté. La brisa volvió a soplar en nuestra dirección, alborotando los árboles. Oí el trueno a lo lejos, un retumbar grave, como si alguien estuviera carraspeando.

—Oh, un cuadro que he hecho —dijo—. Es parte de una serie.

—¿También pintas?

—Sí. —Lo inclinó hacia atrás y lo miró, y luego volvió a apoyarlo sobre las rodillas—. Bueno, mi especialidad son las esculturas con objetos. Ahora estoy con marchas de bicicletas. Pero para la clase de pintura de la escuela estoy trabajando en esta serie de cuadros. Es algo experimental. Este es de Isabel y Morgan. —Le dio la vuelta para enseñármelo.

Las dos llevaban gafas de sol. Las de Morgan eran rojas con forma de ojos de gato y rebordes negros; las de Isabel, grandes y blancas, le cubrían media cara. Estaban sentadas sobre la barra del Última Oportunidad. Morgan apoyaba la barbilla en la mano e Isabel tenía los labios fruncidos, como si fuera a lanzar un beso. Aunque no las conociera, hubiera comprendido que eran íntimas amigas. Todo lo que eran estaba a la vista.

—Es genial —dije. Arrastró los pies nervioso—. Lo digo en serio, Norman.

—Bueno, no está mal —dijo con su típico hablar pausado, y volvió a girarlo para

mirarlo—. Me interesa mucho la idea del anonimato y la confianza. Y las gafas, bueno, ya sabes, resultan indicativas de eso. Vamos, que algunos las llevan para ocultarse. Pero también son una expresión de la moda, para destacar. Así que ahí hay una dicotomía.

Me lo quedé mirando. Aunque hacía un mes que nos conocíamos y trabajábamos juntos, era la frase más larga y complicada que le había oído.

—Norman —le dije, mientras los truenos estallaron más cerca—. Es increíble.

Sonrió.

—Sí, no está nada mal. Por lo menos sirvió para que me admitieran en la escuela de arte. Ahora solo tengo que terminar la serie. —Volvió a alzar el cuadro—. Solo llevo tres. Pero les prometí que cuando terminara este se lo llevaría para que lo vieran.

Entonces recordé el retrato de Mira y *Gato Norman* que colgaba en el salón.

De repente un trueno retumbó detrás de nosotros, sobre el agua, y oí que la puerta de Mira se abría y se cerraba de golpe con el viento.

Los dos miramos hacia la casa, iluminada y amarilla en la creciente oscuridad. Y distinguí a Mira pasando delante de una ventana tras otra, con la cara entre las manos.

—¿Qué pasa? —pregunté, pero Norman ya iba de camino a la casa, con el cuadro chocando contra su pierna. Se oyó otro estallido y empezó a llover, con fuerza, las gotas me salpicaban los brazos desnudos.

—¡*Gato Norman!* —oí gritar a Mira cuando llegamos al porche. La puerta seguía batiendo agitada por el viento—. ¿Dónde estás?

—Mira —grité, y sujeté la puerta para que dejara de hacer ruido—. ¿Qué pasa?

—¡No lo encuentro! —me respondió a gritos. El viento soplaba por la ventana abierta del porche y unas cuantas hojas sueltas pasaron volando—. ¡*Gato Norman!*

—No pasa nada —dijo Norman—. Estará por aquí, escondido en alguna parte.

Ella apareció en el umbral del cuarto trasero, con el pelo encrespado alrededor de su cara.

—Hace unos minutos lo oí, pero ahora... ya sabes que le asustan las tormentas.

Me sobresaltó otro trueno: estaba muy cerca.

—Quédate ahí —le dije, mientras Norman apoyaba su cuadro contra la ventana principal para protegerlo de la lluvia—. Lo encontraremos.

—Maldito gato —murmuró, y desapareció de nuevo en el interior.

—¡*Gato Norman!* —llamó Norman desde el otro lado del porche—. ¡Ven aquí, chico!

—¿Dónde estará? —preguntó Mira cuando volvió a pasar por allí—. Seguro que es otra vez ese perro, estoy segura...

—Andará por aquí —la tranquilicé—. No te preocupes.

Y volví a salir. Estaba diluviando y las copas de los árboles se agitaban de un lado a otro. Isabel había salido al porche de la casita blanca para ver la tormenta avanzar sobre las aguas.

—*Gato Norman* —dije, mirando entre los arbustos. La hierba mojada se me pegaba a los pies—. Ven, chico. Venga.

—Nor-man —oí gritar a Norman en el otro extremo.

—Nor-man —repetí.

Un rayo cayó lo bastante cerca como para hacer temblar el suelo y que parpadearan las luces de la casa, y ya empezaba a pensar que *Gato Norman* iba a tener que pasar solo esta tormenta cuando me encontré con Norman en el patio trasero. Había estado buscándolo en su cuarto.

—Más vale que entremos —dijo. Hubo un resplandor, otro estallido y los comederos de pájaros sobre nuestras cabezas se balancearon con violencia y provocaron una lluvia de pipas de girasol.

—Seguramente está debajo de la casa —le dije mientras subíamos corriendo las escaleras traseras, con la lluvia golpeándonos los hombros. Nos resguardamos bajo el estrecho alero y giré el picaporte. La puerta estaba cerrada con llave.

—Joder —dijo Norman.

—¡Mira! —grité golpeando la puerta—. Abre.

El viento me azotaba con fuerza, lanzando la lluvia y las pipas contra las piernas.

No hubo respuesta. Me imaginé que estaría en la parte delantera de la casa, mirando entre los arbustos junto a las escaleras, el escondite favorito de *Gato Norman*. Las ventanas abiertas habían dejado entrar el viento suficiente para hacer volar todo lo que había sobre la mesa: había servilletas dando vueltas por los aires y coloridos manteles individuales diseminados por el suelo. Podría haber intentado forzar la puerta, pero sabía perfectamente que EL CIERRE SE ATASCA A VECES.

—Mira —repetí, gritando—. ¡Ábrenos ya!

—No nos oye —dijo Norman.

Seguí golpeando la puerta mientras la lluvia caía con más fuerza y empezaba a picar; las campanillas de viento que colgaban junto a mi cabeza, tintineando descontroladas, se soltaron del clavo y salieron volando por el jardín.

—Mira. —Puse la mano sobre el cristal cuando el viento me empujó contra la casa—. Por favor.

—Vamos a tener que correr hasta la puerta principal —me dijo Norman al oído—. ¿Preparada?

—Pues... —dije, tragando saliva.

—¿Lista? —preguntó Norman.

Brilló el fogonazo de otro rayo y esperé conteniendo la respiración porque sabía bien lo que venía a continuación.

—¡Ya! —gritó, me cogió de la mano y de un tirón me hizo bajar las escaleras, justo cuando resonaba un enorme estruendo en la oscuridad, frente a nosotros. Creo que solté un grito.

Nos adentramos en el fragor a la carrera, con el suelo temblando bajo nuestros pies, pero seguimos adelante con su mano apretando la mía con fuerza. La lluvia me

golpeaba en los ojos, la boca y las orejas.

Cuando subimos corriendo al porche delantero, empapados, me encontraba sin aliento. Me apoyé contra la puerta y cerré los ojos.

Norman todavía me tenía agarrada de la mano, sentí su palma caliente sobre la mía.

—Tío —dijo. Sonreía, pero temblaba—. Qué intenso.

—No me puedo creer que lo hayamos conseguido —dije.

Sonrió y bajó la vista hacia nuestras manos. Me solté inmediatamente, sin pensarlo.

Norman se metió la mano en el bolsillo.

Entonces sentí algo. Algo mojado y peludo que se frotaba contra mi pierna con una lenta pereza.

—Miau —maulló *Gato Norman*, aparcando su amplio trasero junto a mis pies y levantando su mirada hacia mí—. Miau.

—Te odio —le dije. No se inmutó.

—Gato bobo —le dijo Norman, agachándose para cogerlo. Abrió la puerta y lo metió dentro.

El viento se iba calmando poco a poco y la lluvia era una cortina constante, que repiqueteaba por los canalones y desbordaba el tubo de desagüe. Estaba segura de que *Gato Norman* ya estaría junto a Mira, que lo habría cogido en brazos y perdonado, como siempre.

—Bueno —dijo Norman de repente.

—Bueno —repetí yo.

Se acercó a mí y me miró.

—Estás distinta, ¿no?

Me llevé una mano al pelo empapado y recordé la tarde en manos de Isabel.

—Sí —respondí—. Supongo.

Asintió, sonriendo.

—Te queda bien —me dijo, de aquella manera típica suya de hablar, lenta y seria—. De verdad.

—Gracias. —En lo único que podía pensar era en cómo me había apretado la mano mientras corríamos en la tormenta. El *hippy* Norman. Un chico que claramente no era mi tipo. Pero daba igual.

Olvídate, me dije. Por muy majo que estuviera siendo conmigo, había oído lo que dijo Caroline Dawes. Claro que quería cogerme la mano. Y hacer todo lo demás que uno hace con las chicas como yo.

—Tengo que entrar —dije abruptamente.

—Oh, vale —respondió, algo sorprendido. Miró hacia el cuadro—. Creo que me llevaré esto después, cuando deje de llover.

—Muy bien —dije—. Hasta luego, Norman.

—Sí. Esto... adiós. —Y empezó a bajar los escalones del porche—. Adiós —

volvió a decir cuando iba por la mitad del jardín.

Entré y cerré la puerta. Solo me había cogido la mano por instinto, para correr juntos. Lo sabía.

Pero de todas formas me quedé allí mirando hasta que desapareció de mi vista antes de darme la vuelta y subir las escaleras.

Mira estaba en su cuarto con *Gato Norman*; la oía susurrando y riñéndolo alternativamente. Cerré las ventanas del cuarto trasero, recogí los papeles y los manteles individuales, apagué unas cuantas luces y salí a recoger las campanillas de viento del baño de los pájaros, donde habían aterrizado. El interior de la casa parecía inestable y suelto, como si hubiera estado respirando con dificultad y hubiera expulsado todo el aire acumulado.

En el estudio de Mira había tarjetas por todas partes, algunas abiertas y otras cerradas. Mientras las recogía las iba leyendo; cada una, una forma distinta de decir «Lo siento mucho...

... porque es difícil perder a alguien que ha dado tanto».

... porque era un buen esposo, un buen padre y un buen amigo.»

... por todos nosotros que trabajábamos con ella, y a quienes nos conmovió.»

... era un amigo y un compañero, y echaré de menos veros paseando juntos todas las mañanas.»

Exmaridos muertos, compañeros de trabajo muertos, incluso perros muertos. Miles de condolencias al cabo de los años.

Me sequé y me preparé una sopa. Después, por la costumbre, me senté a ver un combate de lucha yo sola, mientras Mira trajinaba en el piso de arriba. El agua corría para su baño de todas las noches. Rex Runyon y Lola Baby se habían reconciliado, pero ya había problemas. La alianza de Manta Raya y el Señor Maravilla se vio puesta duramente a prueba por varias derrotas seguidas ante Mini y Blanquito, y durante un combate entre unos desconocidos y la Serpiente Rápida, tiraron al árbitro fuera del *ring* y cayó al suelo con gran estruendo. La multitud rugió.

Durante los anuncios pasé varios canales hasta encontrar a mi madre: un programa de noticias informaba sobre su cruzada antigrasa por toda Europa. Ahora estaba en Londres. En la tele salía aún más guapa que en persona: su piel relucía, su sonrisa era amplísima. Por primera vez me di cuenta de cuánto se parecía a Mira, sobre todo en su forma de mover las manos cuando hablaban, atrayéndote.

—Kiki —decía el entrevistador, un inglés de cara redonda con acento entrecortado—, he oído que tienes una nueva filosofía de la que estás hablando en esta gira.

—¡Es cierto, Martin! —respondió mi madre cantarina, con su voz hiperactiva de anuncio—. Me dirijo a todos los que se perciben como una oruga, pero saben que en su interior habita una mariposa.

—¿Una oruga? —Martin parecía escéptico.

—Sí. —Mi madre se inclinó hacia adelante y lo miró a los ojos—. Ahí afuera hay mucha gente, Martin, que está viendo este programa igual que han visto millones de programas y anuncios de deporte: deseando encontrar soluciones. Pero son como orugas que miran a las mariposas. Tienen que dar un paso fundamental. Tienen que convertirse.

—Convertirse —dijo Martin, que cambió de sitio su carpeta de notas.

—Convertirse —repitió mi madre—. Y ahí es donde intervengo yo. Yo soy el esfuerzo necesario para pasar de oruga a este mundo de mariposas. Todo el mundo tiene el potencial necesario. Ha estado siempre ahí. Solo hay que convertirse.

Y tenía ese brillo en los ojos, lo bastante intenso como para atravesar un océano y llegar hasta mí. Mi madre creía, y podía hacerte creer a ti también. Ella había creído en mí, todo el tiempo, hasta llegar a los veinte kilos y medio. Creyó en nosotras, desde que vivíamos en el coche hasta que pudimos permitirnos comprar cualquier cosa que deseáramos. Y ahora creía que millones de personas podían pasar de ser orugas deprimidas que zampaban hamburguesas en Burger King a mariposas delicadas y hermosas de todos los colores.

Más tarde, cuando estaba recogiendo los platos, vi mi reflejo en la ventana: mi pelo era distinto y la nueva forma de las cejas transformaba toda la cara. «Una obra incompleta», había dicho Isabel mientras daba un paso atrás para admirar su obra. Yo llevaba tanto tiempo siendo una oruga que, aunque hubiera salido del capullo al perder la grasa, el abrigo y los años que me habían llevado hasta allí, todavía no era una mariposa. Por ahora, lo único que sabía hacer era mirar hacia el cielo desde el suelo; todavía no estaba lista para dar el salto y echar a volar.



A medida que pasaban las semanas me fui acostumbrando a estar con Mira en público. La bici ya casi no me molestaba, ni la ropa, a menos que se hubiera arreglado mucho, lo cual era raro y se podía evitar. Pero lo que me seguía costando aceptar era la reacción del resto del mundo, del resto de Colby.

Y no era solo Bea Williamson, claro. Estaban las mujeres de la biblioteca que ponían cara de desaprobación cuando la veían llegar. Los hombres de la ferretería que se aguantaban la risa mientras ella buscaba concentrada en la sección de tornillos, con el bolso rosa bajo el brazo. Algunos solo sonreían con suficiencia y agachaban la cabeza. Pero otros dejaban claro lo que pensaban.

—Oye, Mira —le dijo un hombre en la ferretería, donde estábamos comprando Super Glue para más proyectos de bricolaje casero—, ya falta poco para el mercadillo de la parroquia para el 4 de julio. Seguro que vuelves a ser nuestra mejor cliente, ¿no?

O en el supermercado, ese susurro clandestino de un grupo de mujeres reunidas junto a la sección de congelados, mientras Mira elegía unas galletas: «Dios santo, a Mira Sparks le gustan los dulces, ¿verdad? ¡Y se le nota!».

Las bromas sobre su gordura eran las peores, por motivos evidentes. Pero yo no decía nada; no era mi guerra. Y si Mira sufría, como sufriría yo en su lugar, lo escondía muy bien. Me preguntaba si algún día estallararía en mil pedazos por el esfuerzo de guardárselo todo dentro.

Lo más cerca que estuvimos de hablar de ello fue un día en la tienda del Quik Stop, cuando una mujer le lanzó un cumplido envenenado sobre las gafas de Terminator.

—No es muy agradable —le dije a Mira indecisa mientras ella se montaba en la bici.

Pero Mira solo se encogió de hombros y subió el soporte con el pie.

—Oh, venga —fue lo único que dijo, como si fuera yo la que me hubiera portado mal. Y se marchó tranquilamente a casa haciendo eses por la carretera desierta.

Pero había noches, cuando se iba a su cuarto con *Gato Norman* bajo el brazo, en las que se veía la línea de luz bajo su puerta. Y me la imaginaba sentada en la cama, oyendo de nuevo aquellas voces dentro de su cabeza, igual que las oía yo. Si se parecía en algo a mí, solo sería capaz de bloquearlas durante algún tiempo. Y yo sabía que por las noches, cuando todo y todos estaban en silencio, esas voces se elevaban como fantasmas, tenues y terroríficas, ocupando tu cabeza hasta que por fin

llegaba el sueño.

Una mañana de la semana del 4 de julio Morgan llegó al trabajo con una enorme sonrisa en la cara.

—Uy, uy, uy —dijo Isabel. Estaba junto a la cafetera, con su tercera taza; lloviznaba y hacía fresco, mal tiempo para la playa, y no había mucho que hacer—. A ver, ¿qué pasa?

—Mark viene esta noche, a pasar el fin de semana —dijo Morgan, con una expresión boba de felicidad—. Me acaba de llamar.

—Genial —dijo Isabel—. Yupiii.

—No seas así —la riñó Morgan, que se puso detrás de la barra y empezó a ordenar las tazas de café, con el asa apuntando en la dirección adecuada. Luego pasó a las servilletas, que colocó en la estantería en ángulo recto respecto a las cucharas. Pero seguía sonriendo. Mark te cae bien —le dijo a Isabel.

—Claro que sí —respondió Isabel con sarcasmo—. Y si esta vez aparece de verdad, me caerá aún mejor. Además, creí que teníamos planes.

—Acaba de llamar para avisarme de que venía. —Morgan se llevó una mano a la cadera. Había ciertas posturas y expresiones que la hacían parecerse un poco a un pájaro dodo. Me sentí culpable por pensar eso.

—Eso mismo dijo la última vez. —Isabel asomó la cabeza para vigilar su única mesa.

Morgan puso cara de exasperación y me miró suplicante.

—¿Puedes encargarte de mi turno esta noche, Colie? ¿Por favor?

Turno doble. Pero si le debía algo a alguien, era a Morgan.

—Claro.

—Gracias. —Sonrió y enseñó el anillo al apartarse el flequillo de la cara—. Tengo un millón de cosas que hacer. Quiero prepararle algo de cena, ¿sabes? Así que tengo que limpiar la casa, hacer la compra y arreglarme el pelo...

Isabel se volvió hacia la cafetera murmurando por lo bajo.

—Bueno, Isa —dijo Morgan al cabo de un momento—, ¿me dejas la casa esta noche?

—¿Y dónde se supone que duermo yo? —preguntó Isabel.

Morgan bajó la voz.

—Sabes que Mira te dejaría quedarte en su casa. —Fingí tener que volver a la cocina, donde encontré a Norman con un libro junto a la ventana mojada por la lluvia. Levantó la vista y sonrió, luego pasó la página y siguió leyendo. Bick, que era un surfero ya mayorcito, estaba en la parte de atrás con su tabla, poniéndole cera y mirando el cielo gris con expresión abatida.

Todavía veía a Morgan a través de la ventana pasaplatos.

—Solo esta noche —dijo—. Quiero que sea... especial.

—Jo, qué asco —gimió Isabel—. Vale, me iré por ahí, si eso es lo que quieres.

—¡Eres genial! —exclamó Morgan entusiasmada. Se acercó corriendo a ella y le dio un abrazo breve. Isabel permaneció inmóvil—. Bueno, pues entonces será mejor que me vaya. Va a llegar sobre las seis y tengo tantas cosas que hablar con él... O sea, tenemos que poner una fecha de boda. Especialmente ahora que quiero volver a estudiar en otoño, tengo que saber cuándo será. Hay tantas cosas que planear, ¿sabes?

Isabel revolvió el café y añadió más crema y azúcar. Morgan la observaba y su sonrisa se iba debilitando.

—Isabel —le dijo—, no seas así. No lo veo nunca.

—¿Te dijo algo sobre la última vez? —saltó Isabel. Ahora me daba la espalda. Me apoyé en la puerta del refrigerador, deslizándome fuera de su vista—. ¿Te pidió disculpas al menos?

—No le pedí que lo hiciera...

—¿Te dijo que sentía mucho que estuvieras toda la noche esperándolo y haberle dado plantón a toda tu familia? ¿Te explicó por qué no descolgó el teléfono para llamarte?

—Eso ahora no es importante.

Isabel meneó la cabeza enfadada.

—Venga ya, Morgan. Tú eres una tía lista. ¿Por qué actúas de forma tan estúpida con esto?

Morgan parpadeó varias veces. Y poco a poco la sonrisa se evaporó de su rostro.

—No es asunto tuyo —dijo despacio.

—Ah, ¿no?

—No. —Dio media vuelta, salió de detrás de la barra y cogió sus llaves—. No lo es.

—Entonces no me llores después, ¿vale? —le gritó Isabel. Oí la campanilla sobre la puerta—. No me llores diciéndome el daño que te ha hecho ni me montes el numerito de quitarte el anillo y esconder sus fotos. Porque ya estoy harta. Así que no es asunto mío. Ya no.

La puerta se cerró de golpe. Isabel se volvió hacia la ventana, revolviendo enfadada el café. Y entonces me vio.

—¿Qué pasa? —saltó.

Meneé la cabeza. Al otro lado de la cocina, Norman siguió leyendo, como un niño tan acostumbrado a que sus padres se peleen que ya casi ni los oye. Isabel soltó el café y se dirigió a la puerta trasera, donde se quedó observando la lluvia, de brazos cruzados, hasta que se fueron los clientes de la última mesa.

Aquella noche, Isabel se marchó primero, sobre las nueve, con lo que Norman y yo cerramos juntos.

—¿Quieres que te lleve? —me preguntó cuando salimos al aparcamiento. Oí sus llaves tintineando al cerrar la puerta.

—¿Vas a casa? —le pregunté.

—Podría. —Lanzó las llaves al aire y las atrapó—. Tengo que hacer algo de sitio porque este fin de semana es el mercadillo de la parroquia. Allí es donde suelo conseguir las mejores cosas.

Pensé en el camino de vuelta. En las luces de las casas, los faros de los coches que me deslumbrarían al pasar. Habría sido agradable que me llevara, pero ahora tenía que preguntarme qué querría Norman a cambio.

—No hace falta —le dije, y eché a andar por el aparcamiento.

—Esto, espera, tengo algo para ti —me dijo. Di media vuelta. Estaba de pie junto a la puerta del copiloto de su coche, con la luz interior encendida. En el asiento trasero vi un montón de hueveras, una lámpara que parecía tener la forma de un molino y un gran pez de plástico. Norman, el coleccionista.

—¿Algo para mí?

—Sí. —Se sentó y abrió la guantera; se produjo la explosión habitual de gafas de sol. Rebuscó entre ellas deprisa, levantando la vista de vez en cuando como si quisiera asegurarse de que no me había marchado.

Me quedé donde estaba.

—Ajá —anunció triunfante. Cogió un par y arrojó todos los demás al interior. Cuando cerró con un golpe la guantera, volvió a abrirse sola. Dos veces. Y por fin se enganchó con un buen golpe.

Me acerqué cuando salió, y dio unos pasos hacia mí, bajo la luz de la única farola.

—Toma. —Depositó las gafas en mi mano abierta; sentí su peso ligero en la palma—. Es que las vi y, bueno, pensé en ti.

Pensé en ti. Las miré. Eran negras, con forma de ojos de gato, delgadas y elegantes. Muy chulas.

—Guau —dije—. Gracias.

Pero me pasé la lengua por el aro del labio para recordarme que en realidad no había cambiado nada. Seguía siendo «hoyo en uno», allí, de pie junto a Norman bajo la luz blanquísima, con la brisa ligera acariciándome la nuca.

—Bueno —dijo Norman, para ocultar mi falta de entusiasmo—, las vi en un mercadillo, ya sabes.

—Sí —respondí, y me las metí en el bolsillo de la camisa—. Gracias.

Él asintió, ya en retirada.

—Adiós, Norman —me despedí cuando llegué al extremo del aparcamiento. Estaba de pie junto a su coche, con las llaves en la mano. Agitó la mano sin decir nada.

Caminé deprisa, con las manos en los bolsillos, hasta que oí cómo se marchaba. Luego me puse las gafas. Me quedaban perfectas. Las llevé puestas todo el camino a casa de Mira.

Cuando me acerqué a la casa, Isabel me estaba esperando.

—Eh —me llamó, sobresaltándome. Estaba sentada en el jardín, con las piernas cruzadas y una cerveza en la mano.

—Hola —respondí en voz baja, cuando levanté la vista y vi luz en el cuarto de Mira. No sabía si estaría dormida—. ¿Qué haces?

Se echó hacia atrás y se apoyó en las manos. Era una noche agradable para sentarse en la hierba.

—Haciendo tiempo —dijo—. Me han echado, ya sabes. —Y cabeceó en dirección a la casita blanca por encima del hombro. Parecía estar de mejor humor.

—Oh —dije—. Es verdad.

Salté sobre la hilera de pequeños setos que flanqueaban el camino para sentarme a su lado. Tenía la cabeza echada hacia atrás, con los ojos cerrados. Se oía música, tenue, proveniente de la casa. Celine Dion.

—Odio esa canción.

Isabel dio un gran trago de cerveza. Yo no dije nada.

—¿Qué hora es? —me preguntó, abriendo los ojos y sentándose erguida.

Miré el reloj.

—Las diez y cuarto.

Asintió.

—Cuatro horas y quince minutos tarde —dijo en voz alta—. Y seguimos contando.

La música se detuvo y volvió a empezar. Era la misma canción, otra vez desde el principio. Vi a Morgan moviéndose dentro de la casa. Había un ramo de flores sobre el baúl que hacía las veces de mesita de café y parecía que había ordenado todos los CDs. Al parecer todavía seguía arreglando la casa, recogiendo cosas del suelo y llevándolas de una habitación a otra. Cada vez que pasaba junto a la puerta se inclinaba hacia el cristal, para escudriñar la carretera oscura.

—No va a venir —gritó Isabel.

Morgan abrió la puerta y asomó la cabeza.

—Te he oído —dijo. Y cerró la puerta.

—Pues bueno —replicó Isabel en voz baja. Morgan movió el jarrón de flores al otro lado de la mesita de café.

Detrás de la casa se oyó un estallido y una explosión de luz sobre el agua. Oí reírse a alguien a lo lejos.

—Todavía no es el 4 de julio, idiotas —dijo Isabel—. Es mañana.

Me volví hacia la casa de Mira. *Gato Norman* estaba junto a la ventana y Mira sentada en la cama, con su kimono, las manos sobre el regazo. Tenía el pelo suelto e iba descalza. Solo miraba.

Me pregunté si podría vernos.

—No es que no quiera que Morgan sea feliz —me dijo Isabel, mientras otra tanda de fuegos artificiales explotaba a lo lejos—. No es eso. Es que él no la hace feliz.

—Pero ella lo quiere —señalé.

—No tiene ni idea. —Terminó la cerveza y metió el casco vacío en el paquete de seis que estaba a su espalda.

Morgan se sentó en el sofá. Volvió a cambiar las flores de sitio.

—Él es el único que le ha dicho que era guapa en toda su vida —dijo Isabel—. Y tiene miedo de no volver a oírlo de nadie más.

Arriba, Mira se había levantado y había ido hacia la ventana para inclinarse sobre *Gato Norman*.

Fui a apartarme el flequillo de la cara con la mano cuando me di cuenta de que todavía llevaba las gafas de Norman. Cuando me las quité la luna se veía aún más brillante.

—Son bonitas —dijo Isabel.

—Gracias.

—Seguro que le gustas a Norman.

—Oh, no —dije rápidamente—. Solo las encontré en un mercadillo.

—No me refiero a que le gustes en ese sentido —dijo Isabel—. Pero es muy selectivo con la gente—. Sacó otra cerveza—. Deberías sentirte halagada.

—Sí —respondí—. Así me siento.

Ahora deseé haber aceptado que me llevara, o haberle dado mejor las gracias.

Isabel abrió la botella y pasó el dedo por el cuello.

—¿Quién era esa chica, la de ayer? —preguntó—. La que dijo esas cosas sobre ti.

Levanté la vista hacia el cuarto de Mira. Había vuelto a los pies de la cama y tenía a *Gato Norman* en brazos. Mientras lo acariciaba, él movía la cola arriba y abajo, arriba y abajo.

—Una chica del instituto.

—Ella creía conocerte muy bien.

—Me odia —dije.

—¿Por qué?

Bajé la vista y acaricié la hierba. Notaba que quería que se lo contara.

—No lo sé.

—Tiene que haber un motivo.

—No —repliqué—. No hay ninguno.

Tal vez quisiera más información, pero por ahora esto era lo único que iba a conseguir. Suspiró.

—El instituto es una mierda —dijo por fin—. Luego mejoran las cosas.

La miré: figura perfecta, pelo perfecto, guapísima y segura de sí misma. Si yo fuera como Isabel, nadie podría hacerme nada.

—Sí, claro —dije—. Como si tú lo supieras.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Las chicas como tú no tenéis ni idea de lo horrible que es —respondí.

—Las chicas como yo —repetió. Y sonrió a medias, como si hubiera dicho algo gracioso—. ¿Qué tipo de chica soy, Colie?

Meneé la cabeza. En la casita, Morgan volvió a sentarse en el sofá. Ella lo entendería. Había sido como yo en algún momento, lo sabía.

—Dime —dijo Isabel, acercándose más—. Venga.

—Guapa. Lista —dije—. Con muchas amigas. Seguro que incluso eras animadora, por favor. —Ahora me sentía estúpida, pero era demasiado tarde para parar—. Eras el tipo de chica que nunca sabría lo que es que alguien te trate como esa chica me trató a mí. No tienes ni idea.

Me miró tranquilamente mientras yo decía todo eso. Podía imaginármela en el instituto, saliendo con un chico de algún equipo, con falditas cortas que revolotearían en torno a sus piernas perfectas. Me la imaginaba en el baile de fin de curso, con una tiara y un ramo de flores. Y en el vestuario del gimnasio, metiéndose con una chica gorda, inadaptada y sin amigos. Una chica como yo.

—Te equivocas —me dijo en voz baja, y volvió a recostarse.

—Ya, seguro —dije yo. Podría haber sido la misma Caroline Dawes, a juzgar por la rabia que sentí crecer dentro de mí—. ¿Entonces cómo eras?

—Tenía miedo —me dijo. Y volvió la cabeza hacia las luces de la casita—. Igual que tú.

Nos quedamos allí sentadas un momento, observando cómo Morgan se movía por el salón.

—Es tan idiota —añadió suavemente— lo que nos hacemos a nosotras mismas porque tenemos miedo. Tan idiota.

Y siguió con la cabeza girada, como si yo no estuviera allí.

Pero no tenía razón. Ella no se parecía en nada a mí, y estuve a punto de volver a decirle por qué. De contarle todo. Pero justo cuando iba a empezar, me miró y el valor me abandonó.

De repente pensé en mi madre, en todas aquellas orugas que querían «convertirse». En Mira, que fingía ignorar los insultos que le dedicaban. En Morgan, con su cara cuadrada y su sonrisa enamorada. Y en Isabel y yo, bajo la luna grande y amarilla.

Isabel no se movió cuando el coche pasó de largo por el camino de entrada a casa de Mira y aparcó delante de la casita. Tampoco se giró cuando alguien bajó del coche y subió a zancadas las escaleras, ni cuando Morgan salió a recibirlo. Y no dijo ni una palabra cuando desaparecieron dentro y las luces se apagaron detrás de ellos, dejándonos en la oscuridad, con la luna y la luz del cuarto de Mira iluminando el camino de vuelta.



A la mañana siguiente, el verdadero 4 de julio, me levanté temprano para ir a correr, dejando a Isabel dormida en el sofá. Oí el suelo crujir en el piso de arriba mientras Mira se vestía y cogía a *Gato Norman*.

Por el camino pasé por delante de la puerta de Norman. Estaba entreabierta y decidí entrar y darle las gracias por las gafas. Cuando llamé con los nudillos, la puerta se abrió sola. El cuarto estaba atiborrado de cosas: las paredes cubiertas de lienzos, unos encima de otros, y del techo colgaban al menos diez móviles, todos oscilando con la brisa que había entrado conmigo. Estaban fabricados con objetos variopintos: marchas de bicicletas, pelotas de goma viejas, pedazos de fotos recortadas de revistas y enmarcadas. Uno de ellos estaba compuesto exclusivamente por reglas y transportadores de metal, que resonaban al chocar unos con otros. Los maniquíes que llevaba el día de mi llegada estaban apoyados contra la pared, con el torso pintado de colores vivos, los brazos estirados y los dedos fluorescentes y felices. El mercadillo era al día siguiente; no podía imaginar dónde iba a meter nada más.

Encontré a Norman en la esquina de un futón, dormido bajo un móvil de pedazos de gafas de sol de distintos colores. Hacía frío en la habitación y él murmuraba, sin camisa, con las sábanas enredadas a su alrededor. No podía apartar la vista de él: tenía el rostro sonrojado, un brazo por encima de una almohada y los dedos rozando la pared. Me pareció distinto, como si fuera otro chico, uno que no conocía. Me sentí rara, como si en cualquier momento fuera a abrir los ojos y yo tuviera que darle explicaciones por estar allí de pie, sin la ventana del restaurante ni un propósito común que se interpusiera entre los dos, dándome seguridad. Retrocedí rápidamente y choqué contra un maletín en la salida. Pero después, durante todo el rato que pasé corriendo en la playa, no dejé de preguntarme qué estaría soñando.

En la orilla había neblina y hacía fresco, y mientras corría también pensaba en Mira, al recordar lo que Isabel había dicho la noche anterior. «Lo que nos hacemos a nosotras mismas porque tenemos miedo.»

Había una persona que a mí me parecía que no sentía miedo. Y sabía que ella sería la única que lo entendería.

—¿Colie? —oí los movimientos al otro lado del teléfono cuando se sentó en la cama—. ¿Qué pasa?

—Nada —respondí—. Solo quería hablar contigo.

Mi madre estaba en España. Había tenido que hablar con tres recepcionistas del hotel y una nueva ayudante, muy irritada, para poder llegar hasta ella.

—Te echo de menos —le dije. Era más fácil decírselo por teléfono.

—Oh, cariño. —Pareció sorprendida—. Yo también a ti. ¿Cómo va todo?

—Bien. —Tiré del cable para llevar el teléfono dentro de la cocina y me senté en el suelo. Le hablé de mi trabajo y le dije que Isabel me había teñido el pelo y depilado las cejas; me sorprendió cuántas cosas habían pasado desde la última vez que hablamos. Me contó que había firmado autógrafos durante tres horas, lo pesada que era la comida europea y que había tenido que despedir a otra asistente porque discutía demasiado, ¿no era increíble?

Y por fin llegamos al auténtico motivo de mi llamada.

—Mamá.

—¿Sí?

—¿Sabías que Mira es, bueno... un poco excéntrica? —susurré, aunque ella estaba arriba y no podía oírme.

—¿Qué? —Mi madre sonaba todavía irritada por lo de la ayudante.

—Mira —repetí—. No es como la recordaba. Es un poco... peculiar.

—Oh, querida —dijo mi madre—. Bueno, Mira siempre ha tenido una sensibilidad artística.

—Es más que eso —repliqué—. La gente aquí... la trata muy mal.

—Oh —dijo—. Bueno, sé que ha tenido algún conflicto con los del pueblo...

—Eso ya me lo han contado.

—Oh. —Hizo una pausa. Me la imaginaba al otro lado de la línea, mordiéndose el labio concentrada—. Bueno, Mira siempre ha sido así. No pensé que fuera tan grave.

—Ojalá lo hubiéramos sabido —le dije—. Me da tanta pena...

—Oh, Colie, lo siento muchísimo —me interrumpió—. Ya tenía remordimientos por hacer esta gira y haberte dejado sola, y ahora esto... Podemos hacer una cosa. Mandaré a Amy, mi ayudante, de vuelta a casa en el próximo vuelo. Puedes tomar el tren y quedarte con ella en Charlotte hasta que termine la gira.

—Mama —dije—. No. Espera.

Pero no me estaba escuchando, ya tenía la mano sobre el auricular mientras se dirigía a alguien en la habitación.

—... mira a ver qué vuelos hay de vuelta, por favor...

—Mamá.

—... sería mejor hoy mismo o mañana. Y dile a Amy...

—¡Mamá!

—... que haga la maleta y llame al servicio de habitaciones, y que reserve un billete de tren...

—¡Mamá!

Tuve que gritar. Cuando mi madre se ponía en marcha, no había manera de detenerla.

—¿Qué? —gritó ella también—. Colie, espera un momento, por favor.

—No —respondí—. No quiero irme a casa. Estoy bien aquí.

Otra pausa. Me imaginé a la gente en España corriendo de acá para allá preparando mi inminente viaje—. ¿Estás segura?

—Estoy segura. —Me cambié el auricular de oreja—. Me lo estoy pasando bien y me gusta mi trabajo. Y creo que a Mira le gusta que esté aquí. Es solo que me da pena. Nada más.

—Bueno —respondió vacilante—. De acuerdo. Pero si te parece que la situación se vuelve demasiado extraña, me llamas y mando a alguien para allá. ¿Vale?

—Vale —respondí, mientras la oía decirle a alguien que lo dejara, que no pasaba nada—. Te lo prometo.

—Pobre Mira —suspiró—. Siempre le costó mucho tratar con la gente. Incluso cuando éramos niñas. Siempre ha sido diferente.

—No como tú —dije.

—Oh, yo también he tenido mis malos momentos —dijo a la ligera. Este tema le gustaba; los malos momentos fueron los que la convirtieron en Kiki Sparks—. Pero con Mira era otra cosa. A la gente siempre le ha costado mucho entenderla de verdad.

—¿Mamá?

—Sí. —Cuando estábamos solas, terminaba por abandonar toda su «personalidad Kikesca» y volvía a ser mi madre. Pero necesitaba un poco de tiempo.

—¿Y tú fuiste —vacilé— fuiste siempre tan valiente?

Hubo una pausa mientras digería mis palabras.

—¿Valiente? —dijo—. ¿Yo?

—Venga —dije—. Sabes que eres valiente.

Lo pensó un momento.

—No me considero valiente, Colie. Tú ya no te acuerdas de lo mal que lo pasamos en los Años Gordos. Y me alegro de que lo hayas olvidado. Pero no siempre he sido tan fuerte.

Me acordaba. Pero no hacía falta decírselo.

—¿Sabes lo que creo que es? —dijo de repente. La oía moverse y me la imaginé en la habitación del hotel, con las almohadas mullidas a su alrededor—. Creo que adelgazar fue una parte importante en esto, para dejar de tener miedo. Pero, sobre todo, creo que fue cuando la gente empezó a creer en mí de verdad. Todas esas mujeres que me tenían de ejemplo, que querían que fuese fuerte y capaz para mostrarles el camino. Así que lo fingí.

—Lo fingiste —repetí despacio.

—Pues sí. Pero luego, no sé cómo —continuó— en algún momento comencé a creérmelo yo también. Creo que ser valiente y tener confianza en uno mismo no tiene por qué empezar en tu interior, cariño. Empieza con el resto del mundo y luego vuelve a ti.

El resto del mundo, pensé. Vale.

—¿Por qué lo preguntas? —preguntó mi madre, que de repente desconfió—. ¿Qué pasa?

—Nada —dije—. Solo sentía curiosidad. Nada más.

Estaba sentada a la mesa comiendo cereales cuando bajó Mira. La oí en la cocina, abriendo los armarios, poniendo el café y hablando con *Gato Norman*, que terminó por encontrarme y subirse a la mesa de un salto, dándole un golpe a la cuchara y salpicando todo de leche.

—Te crees muy listo, ¿verdad? —le dije, mientras inclinaba la cabeza para lamerla. La lengua raspaba la superficie de la mesa.

—¡Buenos días! —saludó Mira alegremente cuando entró con el cuenco rebosante de cereales y el periódico bajo el brazo—. ¿Qué tal?

—Bien —dije, y le señalé el periódico con la cabeza. Y a ti, ¿cómo se te presenta el día?

—¡Ah! —exclamó, y dejó el cuenco sobre la mesa. Abrió el diario y lo extendió—. «Hoy es un siete sobre diez.» ¡Ohh, muy bien! —carraspeó—. «Un día para la soledad y la tranquilidad: tienes muchas cosas en que pensar. Reciclar, renovar, se avecina algo grande.»

—Hala —dije.

—Sí. —Siguió leyendo en la página—. Tu día tiene un cuatro. Escucha: «A veces las palabras dicen más que las acciones. Presta atención. Piscis anda por ahí».

—Mmmm.

Se giró en la silla y consultó el calendario que había colgado detrás de ella.

—Pues para mí eso de «se avecina algo grande» tiene que ser el eclipse lunar... o tal vez el mercadillo de la parroquia.

—O el 4 de julio —le dije.

—Psé. No me gusta mucho esa fiesta: demasiados turistas, demasiado barullo. Me quedo con el eclipse. O con un día productivo en el mercadillo.

Se lanzó a los cereales y masticó pensativa.

—La verdad, Mira —dije—, no sé qué más puedes necesitar de un mercadillo.

Se me quedó mirando.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno —dije con delicadeza—, tienes en casa tantas cosas de segunda mano que no funcionan bien. Me preguntaba...

—¿Que no funcionan? —preguntó, y soltó la cuchara—. Pero si todo funciona, Colie.

Miré hacia el televisor —MENEAR PARA EL CANAL 11—, luego a la tostadora, que decía: ¡QUEMA RÁPIDO!

—Sí —le dije—, pero ¿no te gustaría tener algo que funcionara perfectamente cada vez que lo usas?

Se quedó pensando y se volvió hacia los comederos de los pájaros.

—Hombre, perfectamente es una expectativa un tanto exagerada, ¿no? Todos

tenemos nuestros defectos.

—No se trata de nosotras —le dije amablemente—. Es una tostadora.

—Da igual. —Se acomodó en la silla—. Si algo no funciona perfectamente, o necesita que lo trates de forma especial, no se tira. Es imposible que todo funcione a la perfección todo el tiempo. A veces hay que tener paciencia y darle a las cosas ese empujoncito que necesitan.

—Incluso menearlas —dije.

—Justamente —respondió, apuntándome con la cuchara—. Mira, Colie, hay que ser comprensiva. Todos valemos algo.

Volvió a comer cereales y yo miré alrededor, pensando en sus notitas —GRIFO IZQUIERDO DIFÍCIL DE ABRIR; CUCHILLO GRANDE NO ESTÁ BIEN AFILADO; LA VENTANA SE ATASCA EN EL LADO IZQUIERDO— y las cosas de segunda mano, todas ellas reparadas, al menos en parte, para usarse de alguna manera. Para Mira no había causas perdidas. Todo, y todos, tenían su propósito. Parece que esto se le olvida al resto del mundo con demasiada frecuencia.

Aquella tarde me tocaba trabajar con Morgan. Se presentó con dos docenas de huevos rellenos. Isabel ya me había prevenido.

—¿Qué? —dijo Morgan bruscamente mientras dejaba entre nosotras la bandeja de huevos, todos blancos y amarillos en perfecta formación—. ¿Qué pasa?

—Nada —respondí.

—¿No te gustan los huevos rellenos?

—Me encantan.

—¿Entonces a qué viene esa cara?

Se notaba que no se encontraba de su buen humor habitual. De todas maneras, cuando se puso detrás de la barra para encender la máquina de té helado, recogió mi montón de trapos, los dobló deprisa y los colocó en ángulo recto con el cajón de los cubiertos.

—Nada —repetí mientras observaba cómo doblaba, doblaba y volvía a doblar con expresión irritada. La puerta de la cocina se cerró de un portazo y a través de la ventanilla vi entrar a Norman, con un libro bajo el brazo. Me saludó con la mano y de repente me sentí avergonzada al recordarlo dormido, sin camiseta. Me obligué a sonreír.

—No estás obligada a comértelos —saltó Morgan. Cuando se enfadaba su cara parecía volverse más cuadrada. Además se había cortado el pelo, con el flequillo recto, lo que contribuía al efecto—. Estaba intentando ser amable. —Le dio la vuelta a las servilletas.

—Lo siento —dije. No quería que Morgan se enfadara conmigo—. Es solo que Isabel me dijo que probablemente traerías huevos rellenos hoy.

Se quedó mirándome.

—Por eso me resultó gracioso.

Ella no sonreía.

—Que los trajeras —terminé—. De verdad, lo siento mucho.

Suspiró y se dirigió a las cucharas.

—Oh, yo también lo siento. —Se apoyó en la máquina de café—. Es solo que Mark se marchó temprano y las cosas no salieron como yo quería. —Hizo una pausa. Y siempre hago huevos rellenos cuando estoy disgustada. Bueno, supongo que es gracioso, sí.

—No —repliqué solemnemente—. No es gracioso, para nada.

Norman salió de la cocina y se dirigió al almacén con su habitual pachorra. Se detuvo de repente al ver los huevos.

—¡Eh! —dijo—. ¿Son huevos rellenos?

—Sí —respondió Morgan en voz baja.

—¿Con pimienta?

Morgan asintió.

Norman levantó el borde del papel transparente y examinó las filas de huevos perfectos que había debajo.

—¡Hala!

Olían muy bien.

—¿Puedo, mm, comerme uno? —le preguntó a Morgan, que se tapó los ojos con la mano y asintió. Se tomó su tiempo hasta elegir el de la esquina superior izquierda, y lo acunó en la palma de la mano como si fuera un tesoro—. Genial. —dijo encantado, y volvió a colocar el plástico en su sitio—. Gracias.

—De nada —murmuró Morgan. Vio cómo se alejaba hacia el almacén. Desapareció en su interior, salió con una bolsa de pan de hamburguesas y volvió a pasar a nuestro lado, con el huevo todavía protegido en la mano.

—Quiero saborearlo —explicó. Y se metió de nuevo en la cocina.

Morgan suspiró.

—Soy patética —anunció.

—No lo eres —repliqué.

—Sí, lo soy. —Se acercó a colocar bien el papel transparente—. ¿Sabes cuántas veces he traído huevos rellenos? Y seguramente esta es la única vez que he llegado sin llorar, y solamente porque me he pasado llorando toda la noche. Y Norman —dijo, elevando la voz casi hasta el sollozo—, el bueno de Norman, siempre finge sorprenderse de ver los huevos, y alegrarse, y nunca, jamás, ha actuado como si supiera lo que significan.

Miré los huevos.

—¡Odio mi vida! —gritó Morgan, y se vino abajo completamente. Le temblaban los hombros y a su espalda se agitaban las cucharas.

—Oh, Morgan —dije sin saber qué hacer.

Siguió llorando. En la cocina, Norman se comía el huevo despacio, mirándonos

solemnemente.

—Es horrible —lloró—. Por fin consigo verlo y está tan distante, no quiere hablar de la boda en absoluto...

—Oh, Morgan —repetí. ¿Qué podía hacer? En las películas las mujeres se abrazaban y lloraban, pero para mí eso era tan desconocido como un país extranjero. Decidí ordenar los sobrecitos de sacarina.

Ella siguió llorando. Me comí un huevo. Y seguramente habríamos seguido así para siempre si Isabel no hubiera cruzado la puerta.

Primero vio los huevos. Luego miró a Morgan.

—Morgan —dijo con voz tierna, lo cual volvió a provocarle el llanto. Isabel vino detrás de la barra y yo me aparté—. Morgan, venga.

Morgan seguía llorando, con ese tipo de sollozos burbujeantes y explosivos que no se pueden controlar.

—Fue fatal —dijo. Le goteaba la nariz—. Ni siquiera se quedó a desayunar.

El resto se perdió entre sus gimoteos.

—Ay, bonita —dijo Isabel, dando un paso al frente para abrazarla—. Qué cabrón. Agaché la cabeza y me puse a amontonar pajitas.

—No digas que ya me lo advertiste —dijo por fin Morgan contra el hombro de Isabel, con la voz amortiguada—. Por favor.

Isabel meneó la cabeza, mientras le acariciaba el pelo.

—No lo diré.

—Gracias —sorbió Morgan—. Sé que lo piensas...

—Pues sí —respondió Isabel.

—Pero no lo digas. —Se separó; tenía los ojos hinchados y enrojecidos, y el flequillo pegado a la frente.

—¡Oh, dios mío! —exclamó Isabel—. ¿Qué te has hecho en el flequillo, Morgan?

—Me lo he cortado —dijo Morgan, que volvió a echarse a llorar.

—¿Qué te he dicho de cortarte el pelo cuando estás alterada?

—Ya lo sé. Ya lo sé... —Morgan intentó ahuecarlo con los dedos, pero era demasiado corto—. Mi pelo tiene un mal día, ¿vale?

—Vale —decidió Isabel—. Luego lo arreglaremos.

—De acuerdo—. Morgan volvió a sorber—. Vale.

Isabel miró los huevos. Luego metió la mano por debajo del papel film para sacar uno, y los desordenó todos. Se lo metió en la boca, entero.

Me di cuenta de que Morgan estaba deseando arreglar el plástico, pero se contuvo.

—Cuando termines aquí, ven a casa directamente —le dijo Isabel con la boca llena de huevo—. Te arreglaremos el pelo y nos tomaremos unas cervezas y abriremos el paquete de CDs que llegó la semana pasada.

—¿Un paquete? —preguntó Morgan, y se sonó la nariz con una servilleta—. No me dijiste que nos hubieran mandado otro.

—Lo estaba guardando para una ocasión especial —dijo Isabel, que sacó otro huevo y se puso las gafas de sol—. Te veo luego, ¿vale?

Por fin Morgan sonrió.

—Vale. ¿Todavía no tienes plan para ir a los fuegos artificiales? —le preguntó.

Isabel se metió el huevo en la boca, sin dejar de sonreír. Luego meneó la cabeza.

—No. Están buenísimos —dijo. Luego me miró mientras empujaba la puerta—. Ven tú también, Colie. ¿Vale?

Me sorprendió.

—Claro —dije.

—Muy bien. Será una noche de chicas. —Salió a la calle—. Hasta luego.

La vimos caminar hasta el Golf y salir derrapando, como siempre. Cuando se incorporó al tráfico, alguien que pasaba con una camioneta gritó algo y la pitó. Y ella desapareció.

—«Noche de chicas» —dijo Morgan despacio; se acercó y sacó dos huevos. Luego limpió el papel transparente—. ¿Sabes? Creo que es justo lo que necesito.

Asentí. Me pasó un huevo y lo tomé. Nos quedamos allí masticando hasta que llegaron los primeros clientes.

Noche de chicas, pensé. Sería la primera vez para mí. No sabía bien qué esperar.

Pero pronto lo descubriría.

La música se oía desde el final de camino de entrada a casa de Mira. Yo llevaba la bandeja con los pocos huevos que quedaban; me había comido seis y estaba intentando no mirarlos.

—Ah —dijo Morgan cuando nos acercamos. La música era cada vez más alta—. Disco.

—¿Qué?

Ella señaló la casita con la cabeza. Todas las luces estaban encendidas, y la puerta, abierta.

—La música disco es genial para recuperarse —me explicó—. Y no digamos para bailar.

—Yo no bailo —dije.

Morgan me miró.

—¿Qué?

—He dicho que no bailo.

—Todo el mundo baila —sentenció Morgan.

—Yo no.

Abrió la puerta y salió una explosión de música: Sister Sledge, cantando «We are family», un tema clave de la cinta *Ejercicios con Kiki con música disco*. En el vídeo mi madre llevaba un maillot morado y pantalones campana, y marcaba los pasos del baile mientras tres filas de personas rollizas jadeaban y resoplaban tras ella.

—Ya bailarás —me dijo. Y me tendió la mano mientras mantenía la puerta abierta; la música salía a recibirme.

Yo no bailaba. Y tenía mis motivos.

Como chica gorda, había vivido una amplia gama de humillaciones. Si además añadimos que casi siempre era la nueva, me topaba con problemas allá donde iba.

Una vez, en primaria, llegué a casa después de un día especialmente malo y me puse a comer galletas Oreo hasta reventar. Me senté con un paquete entero y un litro de leche para ahogar mis penas. Separaba las dos partes de las galletas y chupaba el interior de nata; así una detrás de otra.

Tres minutos después me encontraba en el baño, de rodillas frente a la taza del váter, vomitando una sustancia negra que desaparecía dando vueltas por el desagüe e inmediatamente era sustituida por más, y más, durante lo que me pareció una eternidad.

No he vuelto a tocar una galleta Oreo. La verdad es que ni siquiera puedo estar en una habitación donde las haya.

Y lo mismo me pasa con el baile.

Era el Baile de la Cosecha. Mi primer baile. Como siempre, era nueva en un colegio: la escuela secundaria Central, en algún barrio a las afueras de Maryland. Mi madre trabajaba en la consulta de un dentista; era la primera vez en mi vida que tenía los dientes limpios y controlados.

Tal vez fuera eso lo que me dio la confianza para ir al Baile de la Cosecha. O tal vez fuera mi madre, que nunca dejó que unos kilos de más le aguaran la fiesta. En cualquier caso, cuando llevaba dos meses en el nuevo colegio, gorda y sin amigos (los demás chicos gordos no querían ser amigos míos porque era nueva; siempre había divisiones complicadas incluso entre los más pringados del colegio), mi madre se gastó todo el dinero de la semana en comprarme unos vaqueros nuevos talla extra grande y una camiseta bonita.

La camiseta era de manga larga a rayas rosas y verdes. Me la puse con mis zapatillas Keds y unos pendientes con forma de corazón que me había regalado mi madre por mi cumpleaños. Dedicamos mucho tiempo a elegir esa combinación, e incluso me dijo que usara un poco de su maquillaje. Me dejó al otro lado del campo de fútbol, como hacían los chicos más guais, para que pareciese que había salido de entre los árboles.

—Que lo pases bien —me dijo. Durante las compras y los preparativos, me dio la impresión de que le habría encantado estar en mi lugar e ir ella a la fiesta. Y yo hubiera estado más que dispuesta a dejarla.

El motor del Volaré traqueteó al alejarse.

—¡Estás guapísima! —gritó por la ventanilla mientras yo atravesaba los arbustos para cruzar el campo de fútbol. Ya se oía la música y se veían las luces de la cafetería;

a pesar de todo, sentí un aleteo de emoción.

Pagué mis tres dólares y entré. En el pasillo pasé junto a grupos de chicos; parecía que todavía no bailaba nadie. Uno había llevado un libro y lo estaba leyendo.

Fui al baño y comprobé el maquillaje bajo los focos fluorescentes, para ver si me veía distinta. Luego me lavé dos veces las manos y volví a la cafetería.

Para entonces ya había gente bailando. Entré y me apoyé contra la pared, y vi cómo algunos de los alumnos más populares salían a la pista: las chicas meneando la cadera y la melena, los chicos bailando como bailan los chicos blancos, mirando para otra parte, con pinta de aburridos.

De repente, no se estaba tan mal allí. Todos a mi alrededor se movían al ritmo de la música, incluso los demás gordos. Así que yo también lo hice.

Nadie te enseña a bailar. Yo estaba moviéndome hacia adelante y hacia atrás, mirando al suelo como todos los demás. Ni siquiera me veía a mí misma entre la multitud reflejada en las ventanas de la cafetería. Eso me gustó.

Había una chica a mi lado con gafas y el pelo largo, y cuando la miré me sonrió tímidamente. La música era buena y me relajé, me permití moverme un poco más, copiando los movimientos que hacían otros a mi alrededor. Quizá esta vez fuera distinto, en este colegio. Quizá hiciese amigos.

Seguí bailando, pensando en eso, y de repente me di cuenta de por qué a la gente le gustaba bailar. Te sentías bien. Era incluso divertido.

Y luego lo oí. Alguien que se reía. Empezó en voz baja, pero a medida que la música se iba apagando al cambiar de tema, se oyó más fuerte. Levanté la vista, todavía bailando, y vi a un chico al otro lado de la cafetería con los carrillos hinchados, moviéndose como un hipopótamo: las piernas tiesas, balanceándose hacia adelante y hacia atrás. Todos a su alrededor lo miraban y se reían. Cuanto más se reían, más exagerados eran sus movimientos; sacó la lengua y puso los ojos en blanco mientras bailaba.

Tardé varios segundos en darme cuenta de que me estaba imitando a mí. Y para entonces todos me estaban mirando.

Dejé de moverme. La música cambió y miré alrededor, pero la chica de las gafas se había ido; todos se habían ido. Había estado yo sola, bailando, con mis vaqueros extra grandes y mi camiseta nueva.

Cuando esto ocurre en las películas o en las series de televisión, la chica gorda y maltratada siempre se hace amiga de alguien amable que la aprecia por la persona hermosa y valiosa que es de verdad. Pero en la vida real, el colegio no funciona así.

Nadie me siguió cuando atravesé el campo de fútbol y me senté bajo un pino rugoso durante dos horas y media, esperando a mi madre. Oía la música de la cafetería. Incluso oía las voces en el bosque, de los chicos que habían despistado a sus carabinas. Cuando mi madre llegó a las diez en punto, me subí al coche y no dije ni una palabra en todo el camino a casa.

Se lo conté después, sentada y llorando mientras me abrazaba, con voz

avergonzada e hiposa. Mi madre me acunaba y tenía la boca apretada en esa línea recta que significaba que estaba enfadada. Me acarició el pelo y me dijo que era muy guapa, pero para entonces yo era lo bastante mayor como para no creérmelo.

Dos semanas después dejó su trabajo en la consulta del dentista y nos mudamos a Massachusetts, donde volví a ser la chica nueva y gorda otra vez. Pero nunca olvidé la escuela secundaria Central ni aquel baile. Imposible olvidarlo.

Bailar tiene algo parecido a desnudarse: hay que tener mucha seguridad para retorcerse en público, llamando deliberadamente la atención sobre uno mismo. Y yo nunca he sido así, ni siquiera sin el peso que antes me hacía el blanco de todas las miradas. Las bailarinas eran las mariposas más leves y hermosas, mientras que las chicas como yo permanecían abajo, con la barriga rozando el suelo, y las observaban desde allí.



Lo primero que vi al entrar fue a Isabel, con la cabeza llena de rulos, que atravesaba la cocina para subir el volumen de la música. Llevaba pantalones vaqueros cortados y una camiseta corta blanca y entre los dedos de los pies descalzos había bolitas de algodón. Las uñas brillaban de color rojo y parecían todavía húmedas.

—¿Es nuevo? —gritó Morgan, mientras yo dejaba los huevos sobre la mesita de café. Isabel le lanzó un CD antes de volver a la cocina. Morgan le dio la vuelta y lo examinó.

—Me encanta la música disco —dijo.

Asentí. Estaba mirando hacia la casa de Mira, preparando mi excusa. No podía quedarme.

—He comprado provisiones —anunció Isabel, y regresó a la salita con una bolsa de la compra. Empezó a sacar los contenidos y a colocarlos sobre la mesa y el suelo: dos *packs* de seis cervezas, uno de coca cola light, la revista *Cosmo*, dos botes de laca de uñas, un paquete de galletas con chocolate y un bote de alguna crema. Luego agarró la bolsa y la sacudió, con lo que cayeron un montón de caramelos picantes Atomic Fireballs, dos paquetes de chicles y un paquete de tabaco; también había un par de sobres de bengalas.

—Para ti —me dijo, pasándome los chicles. A Morgan le dio los caramelos picantes y se guardó los cigarrillos en el bolsillo del pantalón.

—Isabel —la riñó Morgan. Bueno, la verdad es que chilló. Todas gritábamos para oírnos sobre el estruendo de los Bee Gees—. Lo habías dejado, ¿no te acuerdas?

—Te he traído las galletas —señaló Isabel—. Así que, silencio.

—Las galletas de chocolate no te matan —protestó Morgan.

—Morgan. —Isabel meneó la cabeza—. Déjalo ya, ¿vale? Solo esta noche.

—Causan cáncer —insistió Morgan.

—Que lo dejes... —repitió Isabel cerrando los ojos.

—Y enfermedades cardíacas.

—Déjalo...

—Y enfisema.

—¡Morgan! —Isabel abrió los ojos—. ¡Que te calles ya!

Morgan cogió las galletas y se acomodó en el sofá.

—Vale —dijo. Abrió el paquete y se metió una en la boca descuidadamente, en un gesto nada típico de ella. Luego me las ofreció.

—No, gracias —dije.

—Nunca comes nada malo —me dijo. Y le preguntó a Isabel—: ¿Te has fijado, Isa?

—¿En qué?

—Que Colie come siempre cosas sanas; es asqueroso —dijo Morgan—. Ni siquiera la he visto comer una patata frita.

—Y sale todas las mañanas a correr. —Añadió Isabel, dejándose caer en el suelo y tomando una cerveza—. La veo siempre cuando me levanto para ir al baño. Está ahí fuera a horas totalmente inhumanas.

—A las ocho —dije.

—Exacto —replicó Isabel.

—Bueno, si Kiki Sparks fuera tu madre —dijo Morgan con la boca llena—, supongo que no tendrías más remedio que ser una fanática de las cosas sanas, ¿no?

Asentí. Todo el mundo suponía eso, sin saber que la comida favorita de mi madre durante los Años Gordos, y ahora, eran las cortezas de cerdo.

Isabel abrió la cerveza y le pasó una a Morgan. A mí me dio una coca light.

—Te daría una cerveza —me dijo—, pero...

—Eres menor de edad —terminó Morgan remilgadamente—. Y sería ilegal.

Isabel puso cara de mártir.

—Pues sí, sería ilegal. —Morgan dobló las piernas—. Cuando tenía quince años me alimentaba solo de cocacola y chokolatinas. Y desayunaba bollitos Twinkies.

—Y no engordabas nunca —dijo Isabel, y cogió el bote de crema. Pero cuando lo abrió, resultó ser algo verde y viscoso, como un vertido tóxico.

—En el colegio quería engordar —me explicó Morgan, que alternaba entre comer huevos rellenos y chupar el caramelo picante que sostenía entre el pulgar y el índice—. Estaba tan flaca que se me veía la clavícula a un kilómetro de distancia. Asqueroso.

—No era asqueroso —dijo Isabel. Se untó la pasta verde en la cara, por las mejillas y la frente.

—Además, le sacaba tres cabezas a todos los chicos —continuó Morgan—. Y como mi madre nunca quería comprarme ropa nueva y yo no dejaba de crecer, todas las faldas y pantalones me quedaban cortos. Me llamaban pescadora.

—¿Tenemos que hablar del instituto? —preguntó Isabel. Ahora tenía la cara completamente verde, menos un poco de blanco alrededor de los ojos y la boca. Le pasó el bote a Morgan.

—Tienes razón. —Morgan escupió el caramelo y se sentó con las piernas cruzadas; cogió un poco de crema. Ya estoy lo bastante deprimida.

—Un momento —dijo Isabel—. Y tampoco vamos a hablar de Mark.

Pero Morgan ya estaba en ello.

—Lo que pasa —comenzó, con un pegote de verde en la mano—, es que fue una estupidez llevarme ese disgusto. O sea, no es culpa suya que su calendario sea una locura en estos momentos. Es posible que el año que viene ascienda de categoría, el

equipo va muy bien...

—Ya —dijo Isabel. La pasta de la cara, que imaginaba que sería algún tipo de mascarilla de belleza, se estaba endureciendo y se agrietaba cada vez que hablaba.

—... y lo último que le hace falta, ahora que por fin tiene la ocasión de verme, es que lo bombardee con detalles de la boda y nuestro futuro. No me extraña que se irrite de esa forma cuando lo molesto con eso.

—Morgan —dijo Isabel. Su voz sonaba rara porque intentaba hablar sin mover la boca—. No te olvides del disgusto que tenías esta mañana.

—No se me olvida —replicó Morgan, mirando su anillo. Se untó la mascarilla por la cara, con cuidado, usando solo la punta de los dedos.

Isabel se echó hacia atrás y sacó los cigarrillos del pantalón.

—Es que siempre haces lo mismo, ¿sabes? Te llevas un gran disgusto y luego se te olvida todo.

—Aquí no puedes fumar —soltó Morgan. Entonces se levantó y fue a la cocina para poner la música aún más alta.

—No pensaba hacerlo —gritó Isabel. Luego me señaló el bote de crema con un movimiento de cabeza—. Vamos —dijo—. Te toca.

Lo cogí y miré el contenido verde.

—No me digas que nunca has hecho esto antes —me dijo.

—Pues... —respondí.

—¡Por favor! —Se agachó delante de mí—. Dámelo, anda.

Morgan seguía en la cocina, lavándose las manos. Veía su cara verde reflejada en el armarito sobre el fregadero.

Isabel cogió un pegote de crema y se inclinó hacia mí. Me lo untó generosamente sobre la piel. Estaba fresco y olía a hojas.

—Todo natural —me explicó; me rozó el anillo del labio con el dedo y se me metió un poco de crema en la boca. Sabía horrible—. Limpia los poros en profundidad y tersa la piel. ¿Qué tipo de persona no ha usado nunca una mascarilla? Cuando yo tenía quince años estaba obsesionada con estas cosas.

—Colie no es como éramos nosotras —dijo Morgan al regresar para sentarse a mi lado. Se recogió el pelo con una pinza y parecía un gran espárrago verde—. No se pasa las noches de sábado en casa leyendo revistas de cotilleo. Tiene vida propia.

Isabel siguió extendiendo la mascarilla. Esperé que dijera algo sobre Caroline Dawes y lo que había oído, pero no lo hizo. En vez de eso, se apartó un poco y me miró la cara, estudiando su obra.

—Sí, claro —dijo—. Vida propia.

Morgan alargó el brazo y descolgó el teléfono.

—¿Diga? —dijo.

Durante un momento me sentí confundida hasta que me di cuenta de que debía de haber sonado. Era obvio que Morgan tenía oídos superdotados, como los perros.

—Baja eso —siseó, señalando al equipo de música.

—¿Quién es? —preguntó Isabel, levantándose.

—Que lo bajas.

—Oh —dijo Isabel, que redujo el paso considerablemente—. Es Mark.

Inclinó la cabeza hacia un lado para remarcar el nombre.

—Que lo bajas, Isa.

Isabel bajó el volumen y el sonido desapareció de repente. Luego volvió y se dejó caer al suelo. Abrió otra cerveza.

—No estaba enfadada —decía Morgan; la mascarilla se agrietaba con sus palabras—. Solo estaba deseando hablar de nuestro futuro...

—Mierda —dijo Isabel en voz alta, y Morgan le dio la espalda.

—Ya lo sé. Ya sé que estás muy ocupado. —Morgan se examinó las uñas una a una—. Siempre se me olvida el poco tiempo que tienes para mí.

Isabel fingió vomitar. Morgan se levantó, cogió el teléfono y se dirigió al dormitorio mientras seguía hablando.

—Pregúntale por qué no te da un número donde puedas localizarlo —gritó Isabel mientras el cable se deslizaba por el suelo—. Pregúntale por qué te llama solo una vez a la semana.

Morgan la mandó callar con un gesto de la mano, e intentó cerrar la puerta.

—Pregúntale por esa chica de Wilson, Morgan. Atrévete a preguntarle de una vez por ella.

La puerta se cerró de golpe. Isabel levantó los brazos en señal de rendición.

—Parece que quiere que le hagan daño —me dijo—. Y estoy tan harta de presenciarlo... —La mascarilla se le estaba resquebrajando en las mejillas—. Déjame que te diga algo sobre los hombres, Colie.

Esperé. Sentía la piel rara, tensa, y me estaba concentrando en no mover un solo músculo de la cara.

—Los hombres —dijo Isabel, después de una pausa para beber cerveza— están programados, por naturaleza, para tomar todo lo que pueden de ti. Su instinto básico es aprovecharse de ti.

—¿En serio?

—Sí —respondió decidida. Luego se inclinó hacia mí—. Si crees que esa chica de ayer en el restaurante puede hacerte daño, espera y verás. Todas las chicas malas del mundo no son más que un entrenamiento para lo que te pueden hacer los hombres.

La puerta del dormitorio se abrió y Morgan se quedó allí, con el teléfono bajo el brazo. Incluso con la cara verde me di cuenta de que estaba enfadada.

—¿Cuál es tu problema? —Soltó, y dejó caer el teléfono en el sofá—. Ha oído lo que estabas diciendo, Isabel. Te ha oído.

—Muy bien.

—No entiendo por qué tienes que hablar mal de él con todo el mundo —resopló Morgan.

—Yo no soy la que llega al trabajo llorando por él, Morgan —contraatacó Isabel

—. Yo no soy la que prepara huevos rellenos.

—No estamos hablando de huevos rellenos —dijo Morgan.

—No. —Isabel cogió un paquete de tabaco y lo hizo girar en la mano—. Estamos hablando de que Mark no te respeta. Y que te utiliza.

—Cállate —replicó Morgan con voz cansada, dirigiéndose a la cocina.

—¿Por qué nunca te pide que vayas a un partido? ¿Y por qué nunca te da el teléfono de donde está o donde va a estar desde que le diste la sorpresa en Wilson?

—Nunca sabe seguro dónde va a...

—¡Y una mierda! —gritó Isabel—. Puedes ir al quiosco y comprar un póster por noventa y nueve centavos con el calendario de toda la temporada. Son un equipo de béisbol, Morgan. Tienen un calendario. No van viajando por ahí al azar jugando contra los equipos que se encuentran por el camino.

Morgan se puso en jarras.

—Es algo más complicado. Tú no sabes...

—Una cosa sí sé —dijo Isabel, y se levantó—. Sé que viene al pueblo, se acuesta contigo y se larga al día siguiente antes de desayunar. Sé que cuando fuiste a darle una sorpresa en vuestro aniversario te encontraste con esa *stripper* en la habitación del hotel—. Iba marcando los puntos con los dedos, uno por uno—. Y sé que desde que te dio ese «anillo» —cuando lo dijo, hizo el gesto de las comillas con las manos— no ha vuelto a decir ni una palabra sobre la boda ni el futuro. Ni una palabra.

Morgan asimiló todo esto, parpadeando. Había cubierto el anillo con la mano, en un gesto protector, cuando Isabel lo mencionó.

Yo sentía la cara tan tensa que empezaban a dolerme los ojos. Pero levantarme para lavarme la cara significaba pasar entre las dos, y no pensaba hacerlo.

—¿No lo ves, Morgan? —dijo Isabel, bajando la voz y acercándose un poco más; con la cara verde, parecían dos extraterrestres que se encontraban en un planeta desconocido—. Aquí hay algo que no funciona. —Morgan volvió a parpadear. Pensé que iba a llorar.

Luego se puso muy tiesa y respiró hondo.

—¡Estás celosa! —gritó, apuntando a Isabel con un dedo huesudo. Isabel puso cara de exasperación—. ¡Siempre lo has estado! ¡Desde el principio!

—Anda ya —respondió Isabel indignada.

—Tienes celos —dijo Morgan, que se dio media vuelta y se fue por el pasillo hacia el baño—. Porque no eras su tipo.

—Sí, claro, Morgan —gritó Isabel, mientras esta cerraba la puerta del baño de un portazo—. ¡Me encantaría estar prometida con un jugador de béisbol que se está quedando calvo, me pone los cuernos, no me responde sobre qué va a pasar el resto de nuestras vidas y no es capaz de pasar la línea de Mendoza ni aunque lo maten!

Se hizo el silencio. Morgan abrió la puerta.

—Su promedio de bateo —dijo con frialdad— ha mejorado muchísimo esta temporada.

—¡Me importa un pepino! —gritó Isabel.

La puerta volvió a cerrarse.

—¿La línea de Mendoza? —pregunté.

Isabel volvió pisando fuerte al salón y subió la música.

—Es un término de béisbol y quiere decir que es malísimo.

—¡No es verdad! —gritó Morgan desde el baño—. ¡Ya no es el que más errores comete del equipo!

Isabel cogió el paquete de cigarrillos y abrió la mosquitera de la puerta de una patada. La vi encender una cerilla y el resplandor anaranjado le iluminó la cara antes de salir al porche, fuera de mi vista.

La música disco seguía sonando a tope. Sentía la cara como si la hubiera metido en cemento. Desde la ventana de la cocina veía la casa de Mira, tranquila y silenciosa. Me pregunté si sabría que no necesitaba ver partidos de lucha: Morgan e Isabel eran como el *Tunda Triple y Lucha en la jaula* todo en uno.

Bajé la música y me acerqué al baño. Toqué a la puerta.

—¿Qué? —dijo Morgan.

—Tengo que lavarme la cara, de verdad —respondí.

—Oh. —Oí que se levantaba—. Vale.

Quitó el pestillo y abrí la puerta. Me deslicé dentro. Ella estaba sentada en el borde de la bañera, con la mascarilla corrida y pastosa por las lágrimas. Fingí no darme cuenta.

Dejé correr el agua del lavabo hasta que salió templada; me lavé la mascarilla con cuidado y observé como el verde se iba por el desagüe. Morgan me pasó una toalla.

—Colie, ¿tienes una mejor amiga? —me preguntó mientras me secaba, y me di cuenta de que la piel tenía un tacto muy agradable.

Miré la toalla y la doblé con cuidado. Al fin y al cabo, era la de Morgan.

—No tengo ninguna amiga —respondí.

—Oh, no es verdad —me dijo, una respuesta automática, como las de los profesores y los psicólogos escolares.

—Es verdad —asentí, y le pasé la toalla.

Se produjo un silencio incómodo, que se notaba aún más por lo pequeño que era el cuarto de baño. No tenía sitio a donde mirar que no fuesen mis manos, Morgan o mi propio rostro en el espejo.

—Bueno —dijo ella, y me di cuenta de que se sentía incómoda y se arrepentía de haber sacado el tema—, a veces no merecen la pena, por los problemas que dan.

No sabía qué contestar a eso. Por muchos problemas que causara una amiga, al menos no estabas sola.

—A Mark lo quiero muchísimo —me soltó de repente. E Isabel se equivoca. Si no fuera el hombre de mi vida, lo sabría. Vamos, tendría que saberlo, ¿no?

—Solo está preocupada por ti —le dije—. No quiere verte sufrir.

Yo lo entendía, porque así me había cuidado mi madre a mí.

—Tiene que mantenerse al margen —siguió Morgan—. Es mi vida. Ella es mi mejor amiga, pero es mi vida.

Se hizo el silencio. Morgan siguió llorando, y se secaba la cara con la toalla, que tenía manchones verdes. Aquella era mi primera sesión de confesiones en el baño, un «momento de chicas», puro y simple. Tenía que decir algo.

—Cuando te conocí, dijiste que Isabel no era mala —le recordé. Ella levantó la vista y el color de su piel asomaba aquí y allá entre las manchas de verde—. Dijiste que a veces se portaba como una auténtica bruja. Y que no sabía lo que era la amistad.

—Oh —dijo—. ¿Eso dije?

—Sí.

—Bueno, es cierto que lo de la amistad le cuesta un poco —admitió—. No sabía cómo ser una buena amiga porque no había tenido amigas hasta que llegué yo.

Sentí que mi confesión anterior colgaba en el aire entre las dos, como una cortina de humo. Y entonces podría haberle contado a Morgan lo de mi Baile de la Cosecha cuando era gorda, y todos los colegios en los que había sufrido. Pero había algo que no me lo permitía, que me impedía abrirme como un libro para dejar las páginas expuestas.

—Solo quiero decir —expliqué— que tal vez deberías recordar tus palabras cuando os peleáis así.

Asintió.

—Lo sé —dijo en voz baja—. No se me olvida. Es, bueno, forma parte de su personalidad, ¿sabes?

—Sí. —Y lo sabía.

Fuera, en el salón, la música se cortó de repente. Hubo unos minutos de silencio, interrumpidos solo por el sonido que hacía Isabel buscando entre las pilas de CDs. Luego se oyó un clic cuando cerró la tapa del equipo y otro cuando apretó el botón.

Empezó la música.

—*At first I was afraid, I was petrified* ^[1]...

Morgan se acercó al lavabo. Se mojó la cara una y otra vez hasta que el agua dejó de correr de color verde. Luego levantó la cabeza y sonrió a su reflejo, a las manchas verdes que quedaban aquí y allá junto a las raíces del cabello.

—Está como una cabra —me dijo en voz baja. Pero sonreía.

—*Kept thinking I could never live without you by my side...*

Y al otro lado de la puerta, de repente, oí a Isabel cantando en voz alta.

—*But then I spent so many nights thinking how you did me wrong!*

—*And I grew strong!* —respondió Morgan cantando a gritos—. *And I learned how to get along!*

La puerta se abrió de golpe y allí estaba Isabel, con los brazos en alto, meneando las caderas y con los ojos cerrados, como si fuera una reina de la discoteca del año catapún. Tenía la cara verde y los rulos rebotaban a lo loco.

—*And so you're back from outer space* —cantó, desafinando.

—*I just walked in to find you here with that sad look upon your face...* —Morgan se adelantó y pasó a mi lado chasqueando los dedos sobre la cabeza mientras Isabel daba media vuelta y recorría el pasillo bailando. Morgan la siguió, dando saltitos de derecha a izquierda y palmeándose el trasero.

Era como la primera noche que las vi, y deseé estar de nuevo en el tejado de Mira, observándolas desde una distancia segura.

Avancé detrás de ellas, mirando fijamente la puerta. Era como verse en medio de algún extraño ritual salvaje, como caminar sobre ascuas o tragar cristal, sin saber cómo escapar de allí discretamente. Las esquivé cuando empezaron a darse golpes de cadera. Los enérgicos movimientos de Isabel lanzaban a Morgan al otro lado del cuarto y puse la mano sobre la pantalla mosquitera. Se habían olvidado completamente de mí.

—¡Colie!

O tal vez no.

Me di la vuelta mientras empujaba la puerta.

—¿Sí?

—¡Venga!

Morgan me hacía señas para que me acercara mientras meneaba las caderas. La música seguía sonando y la canción, aquella estúpida canción, parecía no acabar nunca.

—Tengo que...

Pero entonces se acercó hacia mí, todavía bailando, y me agarró la mano.

—Vamos —me dijo, dando un buen tirón que me atrajo hasta ellas.

—Ya te he dicho que no bailo —grité sobre la música.

—Nosotras te enseñamos —dijo ella, sin entenderme. La canción se terminaba, nota a nota.

—No —dije en voz alta, y liberé el brazo. Pareció sorprendida, luego dolida, y de repente se hizo el silencio, mientras los ecos de mi grito de objeción se asentaban a nuestro alrededor.

—¿Se puede saber qué te pasa? —dijo Isabel.

—Que yo no bailo. —Me crucé de brazos, cerrándome en banda—. Te lo dije.

Y no me importaba si se reían de mí o me odiaban. No me importaba lo que dijeran cuando me marchara. Se miraron. Isabel se encogió de hombros.

—Tú misma —dijo. Luego levantó el brazo y se quitó un rulo: un rizo rubio perfecto le cayó sobre los ojos—. De todas maneras, tenemos que prepararnos para salir.

—Sí —dijo Morgan, pero parecía vacilar, todavía mirándome—. Es verdad.

—¿Para salir? —pregunté.

—Claro —dijo Isabel por encima del hombro—. Es verdad que nunca habías participado en una «noche de chicas», ¿no?

—No —respondí.

—Bueno, pues date prisa —me riñó Morgan—. Y cierra la puerta. Tenemos mucho que hacer.



—Es imposible celebrar una buena «noche de chicas» —explicó Morgan inclinándose sobre el espejo para rizarse las pestañas— sin que haya al menos una bronca.

—Y alguien tiene que llorar, como mínimo, una vez —dijo Isabel—. En nuestro caso, suele ser Morgan.

—No es verdad —dijo Morgan, ahuecándose el flequillo, que habían arreglado un poco.

Isabel me miró en el espejo y asintió.

Yo me senté en la cama mientras ellas estaban frente al pequeño tocador de Isabel, poniéndose cosas y usando las pinzas, destacando y escondiendo con todo el arsenal de maquillaje que tenían ante ellas. El cuarto entero olía a perfume y humo, esto último por el rizador de pelo que Isabel había dejado por descuido sobre una pila de revistas. El fuego había sido pequeño pero espectacular, y había chamuscado el hermoso rostro de Cindy Crawford.

Lo más parecido a aquello que yo había vivido eran los preparativos de mi madre cuando tenía una cita, algo que recordaba desde que tenía memoria. Incluso en los Años Gordos, mi madre siempre encontraba tiempo para la vida social. Mi función era sentarme en la cama e irle pasando pañuelos de papel cuando necesitaba extender el colorete o secar el pintalabios. También me tocaba a mí abrir la puerta, llevar al invitado a la única silla decente que teníamos y que siempre viajaba con nosotras — un sillón reclinable que habíamos comprado en un arcén en Memphis por cincuenta pavos— y darle conversación hasta que mi madre hacía su entrada triunfal, oliendo a la muestra de perfume que hubieran regalado ese mes con la revista *Cosmo*.

Pero aquello era diferente. Esa vez era yo la que iba a salir.

—Ponte derecha —me riñó Isabel cuando me senté, cumpliendo órdenes, en la silla frente al espejo—. Ir agachada es lo primero que delata la falta de confianza.

Me enderecé.

Me retiró el pelo de la cara con un cintillo y luego estudió mi cara.

—Morgan.

—¿Sí?

—Pásame ese maquillaje color arena de Revlon. Y una esponja. Y las pinzas.

Extendió la mano como un cirujano esperando el bisturí.

—¿Las pinzas? —pregunté cuando Morgan se las puso con eficiencia en la mano.

—Las cejas bonitas hay que mantenerlas —me dijo, inclinándose hacia mí con los

ojos entrecerrados—. Así que te aguantas.

Y empezó a depilar. Yo me quedé sentada, contemplando de nuevo a todas la chicas guapas mientras ella ejercía su magia. Extendió el maquillaje sobre mi cara, alisando y secando hasta que las arrugas y bultitos habituales desaparecieron. Me rizó las pestañas mientras yo me retorció, sujetándome el hombro con la mano. Me pintó la raya del ojo con kohl negro y la difuminó con el pulgar, y luego me puso colorete con la brocha y añadió rímel, alargando mis pestañas hasta el infinito. Luego me recogió el pelo, dejando que unos cuantos mechones quedaran sueltos, como lo llevaba ella. Y, mientras tanto, yo estudiaba todas esas caras perfectas, hasta llegar a la mía.

Y vi a una chica. No era una chica gorda, ni una pringada, ni siquiera una zorra de campo de golf.

Una chica guapa. Algo que no había sido nunca.

—Siéntate derecha —volvió a decirme Isabel, pinchándome en la columna con el cepillo del pelo—. Y echa los hombros hacia atrás.

Lo hice.

—Ahora sonrío.

Sonreí. En el espejo, sobre mi cabeza, Isabel frunció el ceño.

—Hazme un favor —me dijo, inclinándose para que su cara quedase a la altura de la mía—. ¿Puedes quitarte eso?

Estaba señalando el anillo del labio e inmediatamente me pasé la lengua por encima. Era mi piedra de toque, al fin y al cabo. Lo necesitaba.

—Mmm —respondí—. No lo sé.

—Solo una noche —me dijo—. Para darme una alegría.

Volví a mirar mi cara en el espejo, y todas aquellas caras, y luego a la prima de Isabel. Ella me devolvió la mirada a través de sus gruesas gafas, con su rostro ancho y regordete.

—Vale —respondí—. Pero solo una noche.

—Una noche —accedió, mientras me quitaba la última cosa que me quedaba de lo que había sido. Una noche.

Chase Mercer era nuevo en el barrio, igual que yo. Su padre trabajaba en algo de informática y tenía dos Porsche, uno azul y uno rojo. Al principio tampoco encajó bien, pues tenía una hermana en silla de ruedas; le pasaba algo en las piernas y una enfermera la paseaba por la calle todos los días. Siempre que me veía, me saludaba con la mano. Saludaba a todo el mundo.

Conocí a Chase en una fiesta en la piscina con los vecinos, en el club de campo. Los dos estábamos con nuestros padres. Los adultos se habían reunido alrededor del bar, mi madre hablando con todo el mundo, y todos los chicos había desaparecido para hacer lo que sea que hacen los chicos de la urbanización Conroy Plantations, así

que Chase y yo fuimos a dar un paseo por el campo de golf. Era finales de verano y habían salido las estrellas. Estábamos hablando. Nada más.

Era de Columbus y tenía el pelo rubio y grueso, que se encrespaba por atrás. Le gustaban los deportes y la Super Nintendo y a los seis años tuvo una neumonía tan grave que estuvo a punto de morir. Su madre era agente inmobiliaria y nunca estaba en casa, y su hermana estaba enferma desde que nació y se llamaba Andrea. Echaba de menos a los amigos de su antiguo colegio y le parecía que todos los chicos de este barrio eran ricos y bordes, y les importaba demasiado la ropa.

Le conté a Chase Mercer que mi madre se había hecho famosa de repente. Y le hablé de mi padre, a quien no había visto nunca, más que en una foto en la que mi madre y él posaban delante de El Álamo, en Tejas. Y de que todas las chicas de Conroy Plantations se reían de mí porque antes era gorda y solo me trataban bien cuando sus madres las obligaban.

Le conté muchas cosas a Chase.

Terminamos sentados sobre la hierba del hoyo dieciocho, los dos mirando las estrellas. Chase conocía casi todas las constelaciones —en Columbus tenía un telescopio— y me las iba señalando con el dedo mientras yo las seguía con la vista. Acababa de ver Casiopea cuando oí las voces.

—¡Yujuuu! —Una luz me iluminó la cara, el haz de una linterna que pasó de mí a Chase y de nuevo a mí—. ¡Joder! —gritó alguien. Se oyó una explosión de carcajadas—. Chase, eres un salido —gritó otra voz.

—Cállate —dijo Chase. Se levantó y se sacudió la tierra, luego se tapó los ojos para protegerse de la luz.

—Siempre supe que era una zorra —oí decir a alguien, y sin verla supe que tenía que ser Caroline Dawes, una chica delgada y bronceada, con una melena negra y lisa que se pasaba el día agitando de un lado a otro. Su madre la había obligado a invitarme cuando nos trasladamos al barrio y habíamos pasado una tarde larga y horrible en su cuarto donde, mientras yo la miraba, ella hablaba por teléfono tumbada en la cama. Habíamos estado juntas en clase de gimnasia dos años seguidos y me había torturado con todos los insultos sobre gordos que existen, hasta que adelgacé. Ahora, con mi mala suerte, éramos vecinas y ya tenía otra cosa con la que atacarme.

—Vámonos —dijo alguien, y la luz volvió a caer sobre nosotros una vez más, directamente sobre mi cara. Me molestaba en los ojos.

—Jo, qué asco —dijo otra voz—. Chase, debes de estar desesperado, tío.

Me volví hacia Chase pero se estaba alejando rápidamente con la cabeza gacha.

—Chase —lo llamé.

—Oh, Chase —repitió alguien con voz de pito. Más risas. Pero ya se marchaban; las voces se iban apagando y la luz saltaba entre los árboles y la hierba, iluminándoles el camino.

—Espera —dije, pero ya no lo veía. Las voces se perdieron del todo y me quedé sola bajo todas las estrellas.

A la mañana siguiente, cuando fui a la piscina, tenía un nuevo mote: «hoyo en uno». Y cuando vi a Chase Mercer en la barra del bar, ni siquiera me miró. Se dirigió directamente hacia donde Caroline Dawes estaba sentada con sus amigas, untándose con aceite para bebés y bebiendo coca-cola light, y se sentó con ellas.

Chase Mercer salió bien parado.

Una semana más tarde, justo antes de empezar el curso, fui a un sitio de tatuajes en el centro y me puse el aro en el labio. No sé por qué lo hice; me hizo sentir bien. Pensé que no tenía nada que perder.

La misma razón por la que me corté el pelo con las tijeras de manicura y me lo teñí de negro. La misma razón por la que salí con Ben Lucas, que era un sucio asqueroso que lo único que quería era meterse en mis pantalones, y estuve a punto de dejarle. La misma razón por la que escuchaba música que chillaba y rugía y odiaba tanto como quería hacerlo yo.

Y sentada en mi nuevo dormitorio de mi nueva casa con mi nueva piscina y mi ropa nueva, me sentía triste y enfadada con cada gramo de mi ser. En el colegio era como una bomba de relojería, lista para estallar; me envolvía en mi abrigo largo para protegerme, para que nada pudiera penetrarlo.

Funcionó, en cierta medida.

La psicóloga, la señora Young, me daba palmaditas en el hombro y me decía que necesitaba más confianza en mí misma.

—Y un referente —continuaba con voz cantarina—. Alguien a quien admires que sea fuerte y no tenga miedo, a quien puedas parecerte.

No tenía a nadie más que a mi madre. Y yo sabía que no siempre era fuerte. Ella también había sido gorda en el colegio.

—Oh, cariño —decía mi madre, acariciándome el pelo—. Estos años son los peores. Te lo prometo.

Pero esta vez no podía dejar su trabajo y llevarme a otro lugar. Aquí estábamos para quedarnos.

Los peores años, me repetía, pensando en Caroline Dawes y Chase Mercer y «hoyo en uno» y la música, que casi, aunque no del todo, los eliminaba a todos. Y entonces me pasaba la lengua por el aro y esperaba que tuviera razón.

Morgan conducía. Isabel iba a su lado y yo detrás, con todos los CDs y revistas y un cepillo del pelo que me caía sobre las piernas cada vez que tomábamos una curva. La radio sonaba a todo volumen, pero Morgan e Isabel no paraban de hablar. Yo no oía nada de lo que decían; solo entendía palabras sueltas y veía de vez en cuando sus caras sonrientes cuando algún coche venía de frente. Morgan ponía cara de exasperación, Isabel subía los pies sobre el salpicadero cantando las canciones de la radio.

Yo intentaba verme en el retrovisor cada vez que un coche lo iluminaba; estaba

segura de que volvería a ver a mi viejo yo, con el pelo negro cortado a trasquilones, el aro brillando en el labio. En vez de eso, vi a la misma chica guapa que había creado Isabel. Y volvía a sorprenderme cada vez, segura de que no era real.

Al parecer había algo de vida social en Colby, y la encontramos en la playa. Los fuegos artificiales eran el acontecimiento del verano. Aparcamos al final de una larga fila de coches cerca de las dunas.

Morgan abrió la puerta y la luz del techo se iluminó. Isabel bajó el visor y se miró en el espejo.

—Comprobación de nariz —dijo.

Morgan se miró en el retrovisor, levantó la cabeza y comprobó los orificios de la nariz.

—Todo bien por aquí.

—Aquí también.

—¿Cómo están mis labios? —preguntó Morgan.

Isabel la miró.

—Bien. ¿Los míos?

—Bien.

Si esto era lo que hacían las chicas, no estaba segura de querer saberlo.

Isabel se giró hacia mí.

—¿Lista? —me preguntó.

Es más fácil estar lista cuando no sabes para qué.

—Claro —dije.

—Perfecto. Pues vamos.

Agarró uno de sus *packs* de cervezas y salió; después cerró la puerta de una patada. Morgan inclinó el asiento para que yo saliera. Sacó una manta del maletero, la dobló y luego cerró la puerta meticulosamente con la llave. Para cuando terminó, Isabel estaba ya a medio camino entre las dunas.

—¿Por qué tardáis tanto? —gritó—. Morgan, no cierres con llave el coche, hombre.

—El coche es mío —dijo Morgan, pero no lo bastante alto como para que la oyera. No se dio cuenta de que la ventanilla de Isabel estaba bajada.

Caminamos por las dunas detrás de Isabel, quien, para variar, no nos esperó. Cuando mi vista se habituó pude reconocer grupos sentados en la playa. Vi que Isabel sonreía a algunas personas, ya con una cerveza en una mano, y el resto acomodado debajo del brazo. Cuando pasábamos nosotras, me fijé en que siempre se trataba de parejas: un chico sonriente y una chica que le ponía mala cara a Isabel mientras ella seguía su marcha.

Continuó avanzando hasta que por fin soltó las cervezas en un pequeño espacio de arena libre.

—Aquí estamos —anunció, mientras Morgan extendía la manta—. La gran reunión social de Colby.

—Enorme —dijo Morgan, que alargó el brazo y sacó una cerveza. Miró sobre mi cabeza, guiñando un poco los ojos, y dijo—: Oye, ¿no es ese Norman?

Lo era. Estaba con un grupo de gente sentado alrededor de una hoguera. Llevaba gafas, por supuesto: rojas con lentes ovaladas. Cuando nos vio, sonrió y nos saludó con la mano.

—Atención —dijo Morgan en voz baja—. Aproximándose.

—¿Qué? —pregunté.

—Shhh.

Isabel dio otro sorbo a su cerveza y echó los hombros hacia atrás. Y después actuó sorprendida al ver al chico de pelo negro y camisa a cuadros verdes que se plantó en nuestra manta.

—Hola —le dijo, tras lanzarnos una mirada a Morgan y a mí, hasta yo me di cuenta de que había sido de pura cortesía. Tenía unos dientes blanquísimos—. ¿Me vendes una cerveza?

Isabel miró primero sus provisiones y luego a él.

—No sé —dijo lentamente.

—Te prometo que me la beberé aquí —dijo, acercándose un poco más.

—Puaj —me susurró Morgan—. Lo de siempre.

—A mí me da igual dónde te la bebas —dijo Isabel—. Es solo que no sé si quiero desprenderme de una.

—Merezco la pena —dijo el chico.

Eso la hizo sonreír.

—Un punto —susurró Morgan.

—Eso lo veremos —dijo ella. Y él se sentó.

—Me llamo Frank —dijo.

—Isabel —respondió ella. Todavía no le había dado la cerveza—. Esa es Morgan y esta Colie.

—Hola —nos saludó, pero solo separó los ojos de Isabel un momento.

Morgan suspiró y dio otro sorbito cuidadoso a su cerveza. Luego levantó los ojos al cielo oscuro y dijo:

—Los fuegos artificiales deben de estar a punto de empezar.

—Eh, Colie —me llamó Isabel—. Ven aquí.

Me levanté y me acerqué. Me puso la mano en la oreja y me susurró:

—Vete al coche y coge el otro *pack* de cervezas, ¿vale? Está debajo del asiento delantero.

Se oyó un estallido sobre nuestras cabezas y todos levantaron la vista. Empezaba.

—Vale —dije, y me levanté. Pero ella me agarró de la camisa y me hizo volver a agacharme.

—Camina con la cabeza alta —me dijo en voz baja, con firmeza—. Los hombros hacia atrás. No sonrías. Estás guapísima esta noche, Colie. Presume un poco. ¿Vale?

—Cuchichear es de mala educación —dijo Morgan desde el otro lado de la

manta.

—Va a traerme una cosa del coche.

Mientras caminaba noté que la gente me miraba. No llevaba el aro en el labio ni el abrigo largo. No tenía grasa, ni siquiera llevaba la bandeja y el delantal detrás de los que esconderme. Tuve que esforzarme en mantener la cabeza alta, no encorvar la espalda e ignorar a todos a mi alrededor.

«Camina con la cabeza alta. Los hombros hacia atrás. No sonrías.»

Oía mi propia respiración. Siempre me había mantenido en el perímetro de las multitudes. Pero fui ganando confianza a medida que avanzaba. No había nada en mí grotesco ni extraño que llamara la atención.

«Estás guapísima esta noche, Colie. Presume un poco.»

¿Habría sido tan fácil todo este tiempo? ¿Bastaba con adelgazar, contar con la ayuda de Revlon, Miss Clariol y unas pinzas asesinas para cambiar mi vida para siempre?

No podía creerlo. Si lo hubiera sabido antes, no sé cómo...

De repente alguien chocó conmigo, fuerte, con uno de esos golpes que se notan hasta los dedos de los pies.

Perdí el equilibrio y estuve a punto de caer al suelo. Noté el sentimiento familiar de vergüenza. Era una pringada, gorda y fea. No merecía estar guapa. Ni siquiera durante un momento.

—Jo, tío —oí decir a alguien. Y luego noté una mano sobre mi brazo—. ¿Te has hecho daño? Joder.

Levanté la cabeza. Había un chico junto a mí, tocándome, un chico muy mono de pelo castaño con una camiseta blanca y pantalones cortos. Llevaba una bebida en la mano, que ahora se había derramado, y parecía preocupado.

—Estoy bien —le dije. Y enseguida me puse derecha.

—Lo siento —me dijo, y sonrió—. Soy un torpe.

—No pasa nada.

Se quedó allí quieto, todavía sonriéndome. Eso sí que era una novedad.

—Oh —me dijo—. Me llamo Josh.

—Yo, Colie.

—Hola, Colie. —En el cielo se oyó el primer estallido oficial y cayó una lluvia de estrellas rojas. Todos vitorearon—. ¿Estás aquí con tu familia?

—No, con unas amigas —dije, y señalé con la cabeza hacia Morgan e Isabel. Me pregunté si me estaban observando.

—¡Josh! —gritó alguien detrás de él—. ¡Venga!

Miró hacia atrás y luego de nuevo hacia mí.

—Tengo que irme —explicó—. Pero... ¿a lo mejor nos vemos luego?

—Vale —dije.

—Muy bien —dijo él—. Genial. Y, oye, lo siento. De nuevo.

—No pasa nada.

—¡Josh! —Alguien se estaba impacientando.

—Hasta luego —dijo, y con un movimiento rápido me apretó un poco el brazo. Luego se dio la vuelta y se marchó trotando. Y se dio media vuelta para mirarme.

Esperé hasta que se perdió en la multitud antes de volver a mirar hacia nuestra manta. Morgan estaba mirando al cielo, pero Isabel me observaba. Sonreí. Ella solo levantó su cerveza y la señaló con el dedo.

El negocio era el negocio.

Fui hasta el coche y saqué el *pack*. Para entonces los fuegos artificiales estaban en pleno apogeo, estallando y resonando sobre nuestras cabezas. La gente exclamaba «ohhh» y «ahhh». Fui abriéndome camino entre las mantas, intentando distinguir a Morgan e Isabel.

—Colie —dijo alguien, y sentí un golpecito en la pierna. Era Norman.

—Hola —dije.

—Siéntate —me dijo, aplanando la arena para mí con la palma de la mano.

—Estoy con Morgan e Isabel —dije, y busqué entre la gente hasta encontrarlas de nuevo. Frank tenía la cabeza agachada, hablaba muy concentrado con Isabel, que a medias escuchaba y a medias miraba los fuegos artificiales. Morgan parecía aburrida.

—Oh —dijo, mientras se oía otra explosión y otra lluvia de chispas—. Sí, claro.

Los dos levantamos la vista para verlas caer. Norman dijo:

—¿Sabes? Es una cosa muy rara, pero cada vez que te veo estás distinta, Colie.

Volví a mirarlo. Dos chicos tratándome bien en una noche. No me importaría acostumbrarme a esto.

—Gracias —le dije—. Es Isabel. Soy algo así como una obra inacabada.

—Estás muy guapa —me dijo—. ¿Sabes? Quería preguntarte si...

Y justo entonces vi a Josh, que iba con un grupo de chicos. Se estaba riendo y también me vio. Y sonrió.

—... te apetecería posar para un retrato. Ya sabes, para mi serie. —Norman seguía hablando. Lo oía, pero seguía con los ojos puestos en Josh, que me miraba—. Tengo que terminarla en las próximas semanas, y pensé...

—Estaría genial —le dije. Josh me saludó con la mano. Le devolví el saludo.

—¿En serio? —preguntó Norman—. Porque, la verdad, no sabía qué te iba a parecer.

—Genial —repetí. Josh y sus amigos se detuvieron junto a una hoguera un poco más allá. Se volvió y me hizo señas para que me acercara.

—Muy bien, estupendo —dijo Norman—. ¿Cuándo podemos empezar? Bueno, si quieres podrías pasarte luego. Hago un chocolate caliente fenomenal. Mi hornillo tiene fama mundial.

—Sí, vale —respondí, sin apenas escuchar; solo entendí que estaba diciendo algo sobre chocolate—. Tengo que irme.

—¡Genial! —Se oyó otro estallido—. Me acuesto tarde, así que ven cuando quieras.

—Sí. Hasta luego, Norman.

Avancé hacia la manta mientras los fuegos artificiales ganaban intensidad.

—Ya era hora —dijo Isabel cuando me vio—. ¿Por qué has tardado tanto?

—Por nada. —Dejé las cervezas en el suelo y me senté junto a Morgan, que estaba quitándole la etiqueta a su botella y bostezando. Luego me giré. Josh seguía mirándome.

—Ven aquí —me dijo solo moviendo los labios, y me hizo una seña con la mano. Sus amigos, entre los que ahora había también alguna chica, estaban agrupados alrededor del fuego, fumando y riéndose.

—¿A qué viene esa cara, Colie? —preguntó Morgan. ¿Colie?

Me levanté. Estaba dispuesta a ir hacia allí, con un chico mono de ojos marrones que había conocido bajo los fuegos artificiales del Día de la Independencia.

—Ven aquí —había dicho Josh.

Y ahí fue donde empezó a torcerse.

—Voy a ir para allá —dije en voz alta, y Morgan levantó la vista hacia mí—. Yo...

Entonces la vi: Caroline Dawes. Salió de detrás de un amigo de Josh y volvió la cabeza para mirar en mi dirección, y me vio. Arrugó la nariz inmediatamente, como si hubiera olido a podrido.

—Ven —repitió Josh, haciéndome señas, insistente. En el cielo se produjo otro estallido de luz y color.

Pero yo me quedé paralizada, con los ojos puestos en Caroline, que nos miraba a Josh y a mí alternativamente. Alzó la mano y le dio un golpecito en el hombro. Él se dio media vuelta y ella le dijo algo.

—Colie —dijo Morgan—. ¿Qué pasa?

Estaba ocurriendo de nuevo. Daba igual lo que hiciera, o cómo hubieran cambiado las cosas, lo único que hacía falta para arruinarlo todo era Caroline Dawes.

Entonces oí a Isabel.

—Colie —dijo, y su voz se oyó muy clara en medio del alboroto que reinaba a nuestro alrededor—. Ve.

—No puedo —dije. Sabía que había visto a Josh chocarse conmigo y todo lo demás. Y que había reconocido a Caroline Dawes cuando salió de detrás de la hoguera y se dejó ver.

—Ve —repitió. Y me hizo una seña con la cabeza en dirección a Josh—. Ahora mismo. Venga.

—¿Qué pasa? —preguntó Morgan—. ¿De qué estáis hablando?

Pero Isabel solo me miraba a mí. Y recordé todas las veces que había dejado que Caroline Dawes me amargara la vida. Y aquel primer baile, y el chico que me imitó. Y, por último, pensé en mi madre, frente a miles de orugas, haciéndoles creer que eran mariposas.

—Ve —repitió Isabel. En su voz, y por cómo me miraba, noté que sabía que lo

haría.

Y no sé cómo, me levanté y fui.

Avancé por la arena como en un sueño, junto a las caras levantadas hacia el cielo que las coloreaba con sus luces.

Josh me esperaba junto a la hoguera. Caroline se quedó a un lado, de brazos cruzados. Se reía.

Los fuegos artificiales estaban llegando al momento culminante. Oí sonar el himno «The Star-Spangled Banner», con sus notas tintineantes que se elevaban al ritmo de los estallidos. En medio de todo el estruendo y el color, me dije que tenía que mirar a Caroline Dawes. Todas las demás veces que me había tratado mal, yo había permitido que sus palabras cayeran sobre mí, como una manta sacudida por los extremos. Pero esta vez iba a ser diferente. Me dijese lo que me dijese, lo afrontaría.

Me acordé de Isabel, el día que me llevó a casa y me puso las cosas claras. Y recordé cómo se dio un golpecito en la sien, con su cara cerca de la mía, y dijo: «Si crees en ti misma aquí arriba, serás más fuerte de lo que te puedes ni siquiera imaginar».

Y las palabras de mi madre: «Tener confianza en uno mismo no tiene por qué empezar en tu interior, cariño. Empieza con el resto del mundo y luego vuelve a ti».

Entonces, con una última explosión espectacular, se terminaron los fuegos artificiales. Y la gente vitoreó y aplaudió, silbando impresionada.

Me puse muy derecha, eché los hombros hacia atrás y miré a Caroline Dawes.

Esto pareció desconcertarla. La miré fijamente y me concentré en el blanco y el marrón de sus ojos. Eran normales, nada más. No apartó la mirada, pero tampoco lo esperaba. Nos quedamos mirándonos durante lo que me pareció mucho tiempo mientras la gente recogía y se dirigía a los coches. El espectáculo había terminado.

—Hola —oí decir a Josh. Dio unos pasos hacia mí—. ¿Por qué has tardado tanto?

—No me lo puedo creer —me dijo Caroline con su voz viperina. Realmente era una chica demasiado guapa para portarse de forma tan fea—. Aquí no pintas nada.

Yo no dije nada. No hacía falta. Por el momento, bastaba con estar allí.

—Es una fulana —le dijo a Josh, y vi cómo su boca se retorcía con las palabras—. En el instituto todo el mundo lo sabe.

Josh la miró, y luego a mí. De repente me di cuenta de que no me importaba si la creía o no. No me importaba lo que pasara a continuación. Me había enfrentado al enemigo. El resto de la batalla eran solo detalles.

—Eres patética —me dijo, y comenzó a darse la vuelta.

—Y tú eres una arpía —le respondí. Y luego me reí, sorprendida del sonido de mi voz, fuerte y segura—. Me das pena, Caroline.

—Te odio —soltó.

—Pues más vale que se te pase —le dije. E imaginé a Isabel, con los ojos cerrados, diciendo estas mismas palabras—. No es sano. Relájate.

Se quedó con la boca abierta.

Sentí a alguien a mi lado.

—Venga —dijo Isabel, que me cogió de la mano—. Nos vamos.

Caroline se la quedó mirando como miran las chicas monas a las que son mucho más guapas.

—Vale —le dije, y sonreí. Empezamos a alejarnos, pero Josh corrió detrás de nosotras.

—Colie —me dijo, y detrás de él vi a Caroline todavía observándome, con sus amigas alrededor. Estaba hablando enfadada, escupiendo las palabras. No hacía falta imaginarse lo que les estaría contando sobre mí. Ya lo había oído antes.

—¿Sí?

—Yo, esto, siento lo de mi prima —me dijo—. Mañana por la noche nos vamos, pero ¿puedo llamarte o algo?

A mi lado, Isabel arrastraba los pies sobre la arena. Vi que Morgan ya iba cruzando las dunas, con la manta bien doblada en los brazos.

—Trabajo en el Última Oportunidad —le dije, mientras Isabel me daba un tirón—. Allí puedes encontrarme.

—No me he enterado de nada de lo que ha pasado esta noche —dijo Morgan mientras avanzábamos dando tumbos por el camino de tierra de camino a casa.

—Luego te lo cuento todo —le dijo Isabel, dándole una palmadita en la rodilla—. Pero ha sido totalmente genial.

Cuando entramos en el camino de la casa, los faros iluminaron el porche, donde había un hombre sentado en las escaleras. Se levantó y nos miró entrecerrando los ojos.

—Oh —exclamó Morgan, llevándose una mano a la boca.

—Ay —gimió Isabel—. Genial.

—¡Mark! —gritó Morgan, que sin apenas detenerse a parar el coche, salió, atravesó la hierba y subió los escalones para llegar a sus brazos. El coche empezó a rodar hacia la playa hasta que Isabel tiró del freno de mano—. Creía que esta noche ya estarías en Durham.

—Cambio de planes —dijo—. Quería darte una sorpresa.

Observamos desde el coche cómo se besaban, un beso de película que duró mucho tiempo.

—Perfecto —protestó Isabel—. ¿Y ahora adónde voy yo?

—Vente a casa de Mira.

—No. Creo que voy a aceptar la invitación de Frank, que iba con unos amigos a hacer unas almejas a la barbacoa en el otro lado del estrecho. Puedo ir andando desde aquí.

Salió del coche y me sujetó el asiento; luego se agachó y recuperó las últimas cervezas. Se metió una en cada bolsillo de los pantalones cortos.

—Hola, Isabel —le dijo Mark en la oscuridad.

—¿Qué hay, Mark? —respondió ella con tono neutro.

—Quiero que conozcas a Colie —dijo Morgan, que le dio la mano y lo condujo hacia mí bajando los escalones. Cuando se acercó, vi que era igual que en la foto. No le ocurre a todo el mundo. Era alto y moreno, muy atlético, con el pelo negro corto y dientes blancos que parecían brillar en la oscuridad—. Colie, este es Mark. Mark, esta es Colie.

—Hola —dijo—. Morgan me ha hablado mucho de ti.

—Me voy —anunció Isabel. Ya estaba a mitad del camino.

—¿Adónde? —le preguntó Morgan; pero Isabel no respondió.

—A una barbacoa —expliqué—. Con ese chico que ha conocido en los fuegos artificiales.

—Así que ahí es donde estabas —dijo Mark, pasando el brazo por la cintura de Morgan. Ella tenía una sonrisa boba en la cara—. Me lo he perdido todo.

—Todo no —dijo ella súbitamente. Se metió la mano en el bolsillo trasero y sacó una caja; la abrió y la sacudió hasta que tuvo algo en la mano—. ¿Tienes una cerilla?

Mark le pasó un mechero, ella lo encendió y luego sujetó el objeto largo junto a la llama. Cuando estalló en una lluvia de chispas, se echó hacia atrás.

—Las bengalas —dijo—. Se me habían olvidado.

—Feliz 4 de julio —le dijo a Mark, y él la besó.

Me puse en camino hacia casa de Mira, deseando estar un rato a solas para saborear todo lo que había ocurrido, desde la «noche de chicas» a mi triunfo sobre Caroline Dawes.

—Colie, quédate a encender estas bengalas con nosotros —me propuso Morgan.

—Tengo que irme —dije.

—Vale. Pero toma, llévatelas.

Y me las lanzó; la caja dio una vuelta en el aire antes de que pudiera cogerla con las dos manos.

—Feliz 4 de julio —les dije, pero ya no me oyeron.

Cerré la puerta con cuidado y luego me metí la mano en el bolsillo para sacar el aro del labio y colocarlo en su sitio. Me quité los zapatos y avancé de puntillas por el pasillo; no sabía qué hora era, pero no quería despertar a Mira.

No debí haberme preocupado. Antes de dar dos pasos, oí su voz.

—Hola. —Estaba sentada en su sillón, con un teléfono desmontado sobre las rodillas. Lo reconocí: era el del pasillo de arriba, cuyo TIMBRE SUENA POCO—. ¿Qué tal los fuegos artificiales?

—Bien —respondí. Me acerqué y me senté a su lado. Toda la casa estaba a oscuras, excepto la lámpara que tenía detrás de los hombros, iluminando las piezas diseminadas por la mesa. Detrás de la casa había gente que seguía con la celebración:

se oían explosiones y estallidos en la oscuridad.

—Otro proyecto —dije, señalando el teléfono con un movimiento de cabeza, y ella se echó a reír.

—Ya sabes —me dijo—, solo hay que arreglarle una cosita de nada. —Sacó un muelle y lo examinó a la luz. Pero lo más difícil es descubrir de qué cosita se trata.

—Sí, lo sé —dijo.

Suspiró y me miró. Y luego se fijó con más atención y sonrió.

—Estas guapísima —me dijo en voz baja—. ¿Qué ha cambiado?

—Todo —le respondí. Y era cierto—. Todo.

Nos quedamos un rato sentadas. Por las ventanas del salón llegaba la música suave de la casa de al lado: canciones de amor tiernas y tenues. Cerré los ojos.

Sobre el mar seguían estallando los fuegos artificiales y los cohetes, seguidos de risas y gritos.

—Qué fiesta tan ruidosa —dijo Mira—. Odio toda esa pomposidad, todo llevado a la exageración. Prefiero las celebraciones tranquilas y sencillas.

—También podemos hacer eso —le dije—. Ven conmigo.

Me levanté, busqué unas cerillas, y ella me siguió hacia el porche, donde nos sentamos en los escalones. Saqué dos bengalas de la caja y le pasé una. Cuando estalló en chispas sonrió, sorprendida.

—Oh —dijo, agitándola de un lado a otro mientras caían las estrellas—. Es precioso.

Encendí otra para mí y las contemplamos en la oscuridad.

—Por el Día de la Independencia —dije.

—Por el Día de la Independencia.

Inclinó su bengala contra la mía, tocándola, y la dejó allí hasta que las dos se consumieron.



El Mercadillo Anual de la Parroquia Baptista estaba abarrotado, incluso a las ocho de la mañana. Fui con Mira. Ella llevó la bici andando hasta las escaleras de la iglesia y la encadenó a los barrotes por precaución.

Casi todo el pueblo estaba allí. La iglesia era pequeña y blanca, como sacada de una postal, y la gente deambulaba por el césped verde bien cortado, rebuscando entre los objetos expuestos y las mesas llenas de trastos: platos desparejados, viejas cajas registradoras, ropa antigua. En el aparcamiento se encontraban los objetos más grandes, como una caravana plegable, una barca vieja con pintura roja desportillada y el espejo de hierro forjado más grande que había visto en mi vida, con el cristal roto, naturalmente, que inmediatamente llamó la atención de Mira. En cuanto candó la bici, se fue directa a él y me dejó frente a una mesa repleta de jaulas viejas para hámsteres y pájaros.

Durante la hora que pasé curioseando, me fui dando cuenta de las reacciones de la gente ante Mira. Vi cómo la miraban, o se reían a su espalda cuando pasaba. Unos cuantos, como Ron, del Quik Stop, o el pastor de la iglesia, la saludaron. Pero casi todo el pueblo parecía considerarla una especie de extraterrestre.

—¡Oh, Dios santo, mira eso! —Oí una voz que reconocí—. Mira Sparks ya está comprando.

Me di la vuelta despacio y allí estaba Bea Williamson, con la Niña Cabezona a la cadera, meneando la cabeza en dirección a Mira, que se encontraba en cuclillas examinando unos patines.

Tal vez fue por haberme enfrentado a Caroline Dawes. O tal vez la había venido acumulando todo el verano, pero de repente me invadió una gran furia hacia Bea Williamson y todas las maldades que le había oído decir sobre Mira. Surgió como una oleada de rubor que me ascendió por el cuello e hizo que se me erizara el cabello. Era una sensación distinta a la vergüenza, pero similar. La miré con mala cara; llevaba un vestido veraniego de algodón a cuadros y sandalias blancas, y su melena rubia ondeó al agacharse para depositar a la Niña Cabezona sobre la hierba. Cuando levantó la vista, no me miró. No me había reconocido.

«Le pasa algo con Mira —me había dicho Morgan hacía semanas—. No sé qué.»
Pero no hacía falta ningún motivo.

Me puse al otro lado de la mesa, observándola, y fingí comprobar el precio de una rueda para hámster doblada.

—Me sorprende que no llegara la primera —estaba diciendo mientras la niña

pasaba a su lado y rodeaba una mesa cubierta con manteles individuales de plástico—. Creí que acamparía aquí anoche para llevarse las mejores gangas.

—Ay, Bea —dijo una de las mujeres, clónica, también vestida de blanco y azul y con el pelo del mismo estilo—. Qué mala eres.

—Es horrible —dijo Bea, atusándose el cabello—. Cada vez que la veo, me entran náuseas.

Volví a pensar en Caroline, en cómo había arrugado la nariz al verme en el Última Oportunidad. Y me giré de nuevo hacia Mira, sabiendo que esta no era mi guerra, y que, si ella actuaba como si no le importase, yo debería hacer lo mismo.

Pero ya estaba bien.

Me di cuenta de que estaba rodeando la mesa, hasta acercarme a Bea Williamson. Me coloqué entre ella y su clon azul. Ella dio un paso atrás, sorprendida, y luego recordó quién era yo: dirigió la vista inmediatamente al anillo de mi labio. La cara todavía me ardía y estaba dispuesta a hacer por Mira lo que ella nunca había hecho por sí misma.

Respiré hondo, sin saber qué palabras iban a salirme, ni cómo iba a empezar. Pero no tuve ocasión.

—¿Colie?

Era Mira. Estaba justo a mi lado, con su bici; en la cesta llevaba encajada una tostadora de metal resplandeciente, en la que se veía el precio: cuatro dólares. Parecía que ni siquiera había visto a Bea Williamson y a su amiga.

—¿Estás lista para irnos? —me preguntó, poniéndome la mano sobre el brazo.

Miré a Bea Williamson, con todas las palabras que había estado a punto de soltar agolpándose para salir. Pero Mira ya estaba empujando la bici con la tostadora traqueteando, sin darse cuenta de nada, y tuve que seguirla.

Caminamos juntas por la carretera hacia el Última Oportunidad, con la bicicleta entre las dos. La tostadora hacía ruido cada vez que nos topábamos con un bache. El resto de sus compras —dos sombrereras, un puf y unas llaves de tubo— las había dejado allí para que Norman las recogiera después.

Cuanto más nos alejábamos, más me molestaba lo que acababa de pasar, hasta que no pude aguantarme.

—Mira —le dije de repente mientras pasaba un coche, ¿cómo lo soportas?

Levantó la vista hacia mí, esquivando un socavón. La tostadora chocó con la cesta.

—¿Soportar qué?

—Vivir aquí —dije, abarcando con un gesto de la mano el Última Oportunidad, el Quik Stop, todo—. ¿Cómo soportas que te traten así?

Volvió la cabeza.

—¿Y cómo me tratan? —me preguntó. No sabía si estaba de broma.

—Ya sabes a lo que me refiero, Mira. —No tenía ganas de empezar a enumerar cosas, para ofenderla aún más. Pero tenía que dejárselo claro—. Las cosas que dicen

sobre tu bici, o tu ropa. Su forma de mirarte y reírse. Es que... es que no entiendo cómo lo aguantas, un día tras otro. Tienes que sufrir tanto...

Se detuvo y se apoyó en la bici, mirándome con esos ojos grandes y azules tan parecidos a los de mi madre.

—No me hacen sufrir, Colie —me dijo—. Nunca ha sido así.

—Mira, venga ya —le dije—. Llevo todo el verano viéndolo. ¿Qué me dices de Bea Williamson? No me digas que...

—No, no. —Me interrumpió, meneando la cabeza—. No se trata de Bea Williamson. Ni de nadie. Soy una persona con suerte, Colie. Soy una artista, tengo salud y amigos que llenan mi vida y me hacen feliz. No tengo ninguna queja.

—Pero tiene que hacerte daño —insistí—. Aunque lo disimulas muy bien.

—No. —Y me sonrió, como si la cosa no fuera tan complicada como yo la pintaba—. Mírame, Colie —dijo, señalando su camisola amarilla, sus leotardos y las zapatillas moradas altas—. Yo siempre he sabido quién soy. Puede que no funcione perfectamente, que no sea como ellos, pero no pasa nada. Yo sé que funciono a mi manera.

Durante todo este tiempo había creído que lo teníamos todo en común, pero estaba equivocada.

Me quedé parada, en la cuneta, mirando cómo se montaba en la bici y empezaba a pedalear lentamente cuesta abajo, hacia casa. Se giró para saludarme con la mano y se dejó llevar, con el viento de espaldas. El pelo se le alborotó y la camisa amarilla empezó a aletear y, ante mis ojos, levantó el vuelo.

Al final de la hora punta sonó el teléfono y respondí mientras sacaba una libreta del bolsillo y un lápiz del pelo.

—Última Oportunidad —dije—. ¿Qué desea?

—¿Está Colie?

Era un chico. Miré a Norman, el único chico que se me ocurría que podía llamarme, y lo vi sentado junto a la plancha leyendo un libro sobre Salvador Dalí y comiendo patatas fritas.

—Soy yo —dije. Morgan levantó la vista de los saleros.

—Hola —dijo el chico, aliviado—. Soy Josh. El de anoche.

—Ah, cierto —asentí, y me apoyé contra la máquina de café—. Hola.

—Hola. Pues, estamos a punto de marcharnos de aquí, pero..., esto... —Se oían ruidos de fondo, gente hablando y puertas de coche que se cerraban—. Pero quería saber si puedo llamarte cuando vuelvas a casa. Yo también vivo en Charlotte.

—Ah, ¿sí?

—Sí.

Isabel llegó por el pasillo con el pelo recogido, lista para trabajar.

—¿Un pedido? —le preguntó a Morgan mientras me saludaba con la cabeza.

—No —susurró Morgan—. Un chico.

Isabel arqueó las cejas.

—Ponte derecha.

—No me ve —siseé yo, cubriendo el teléfono con la mano.

—Podríamos quedar a ver una peli o algo, antes de que empiecen las clases — continuó Josh.

Isabel también:

—Ponte derecha, he dicho. Y no le des tu número, aunque te lo pida.

—Isabel —dijo Morgan.

—No se lo des —repitió—. En serio.

—Me encantaría —le dije a Josh—. Pero seguramente no vuelva hasta mediados de agosto.

—Ah, bueno —respondió—. ¿Por qué no me das tu número ahora? —Alguien se rió al fondo, otro chico, y oí que Josh tapaba el teléfono.

—Mm —dije, e Isabel me miró con el ceño fruncido, con una mano en la cadera —, ¿sabes? Me acaban de asignar unas cuantas mesas, tengo que colgar. Pero pídeselo a Caroline. Vive justo al lado de mi casa.

—Ah, ¿sí? No me lo ha dicho.

Ya me imagino, pensé. Morgan soltó una carcajada, pero Isabel se limitó a asentir y fue a por la comida del pasaplatos.

—Mira, me tengo que ir —dije—. Pero llámame, ¿vale? En agosto.

—En agosto —dijo—. Te llamaré.

Colgué y miré a Isabel. Norman había dejado el libro y observaba desde la cocina. Desde que volvió del mercadillo se había estado comportando de forma rara, agachando la cabeza y rehuendo mi mirada. No sabía qué le pasaba.

—Nuestra Colie —dijo Morgan orgullosa—. Mira cómo ha crecido.

—Todavía andas encorvada —dijo Isabel.

Sonreí a Morgan, que suspiró y rellenó otro salero.

—Amor juvenil —dijo—. Hace que eche de menos a Mark.

—Buah —dijo Isabel, sirviéndose una coca-cola—. No empieces.

—Fue una sorpresa tan bonita por su parte —dijo por milésima vez, por lo menos. La visita sorpresa de Mark había resuelto sus dudas de una vez por todas y la había dejado con una expresión de ensoñación permanente: según Isabel, solo podía ser amor, o gases—. Quiero darle una sorpresa yo también a él, ¿sabes?

Isabel puso cara de martirio.

—Me va a llamar en agosto —dije, enredándome el cable del teléfono en la muñeca.

—No aceptes su primera invitación para salir —me dijo Isabel, mientras sacaba una revista de un montón que tenía junto al balde para recoger los platos sucios—. Dile que estás ocupada al menos una vez. Mejor dos. Tú eres la que manda, Colie.

—Sí. —Me pregunté cómo me las arreglaría cuando ella no estuviera.

Oí la puerta de la cocina cerrarse de un portazo. Norman se había marchado, dejando el libro abierto sobre la mesa. Cuando miré fuera, estaba de pie junto a su coche, lleno de trastos que había comprado en el mercadillo. El puf de Mira estaba en el asiento de atrás, y una esquina de falso cuero color naranja asomaba por la ventanilla.

—Tía —dijo Morgan—, ¿qué le pasa a Norman?

Isabel pasó la página de la revista.

—Que está celoso.

—¿De qué?

Isabel me miró.

—¿A ti qué te parece?

—A mí no me mires —dije—. ¿De qué estás hablando?

—Le gustas. ¿No se lo notaste en la cara cuando estaba hablando contigo en los fuegos artificiales, Colie? Era evidente.

—No —dije—. Te equivocas.

—Nunca me equivoco con estas cosas. —Miró a Norman, que ahora estaba sentado en el asiento delantero del coche, enredando con la guantera. La cerró de golpe; se abrió sola. Y otra vez. Y otra.

—¡Mierda! —gritó.

—¿Ves? —dijo Isabel—. Está celoso. Probablemente tenía un plan para conquistarte. Probablemente —dijo, pensando—, te iba a pedir que posaras para un retrato.

El retrato. Chocolate caliente.

—Oh, no —dije despacio—. Anoche. Se me olvidó totalmente.

—¿Qué se te olvidó? —preguntó Morgan.

—Me iba a hacer chocolate caliente.

—¿En serio? —preguntó Morgan mientras se reacomodaba en el asiento—. Tía, pues está buenísimo. En serio. Lo prepara con leche, no con agua, y luego...

—Morgan. —Isabel dejó la revista.

—¿Sí?

—Cállate. —Se volvió hacia mí—. ¿Y? ¿Qué te parece?

—¿Norman?

—Pues claro. —Isabel puso cara de exasperación—. Sí, Norman.

Miré hacia fuera. Ahora estaba sentado en el maletero del coche, con su camiseta naranja y las gafas Ray-Ban negras. ¿Que qué me parecía Norman? Bueno, era mono. Y había sido majo conmigo desde el día que llegué a Colby. Pero no era Josh. Por otro lado, tampoco era Chase Mercer.

—No sé —dije—. Me cae muy bien, pero es tan...

—Tan ¿qué?

Pensé en Josh, tan guapo. Luego en Norman, dormido e intranquilo bajo todos sus móviles.

—Bueno, es un poco... la verdad es que no es mi tipo.

—Tu tipo —dijo Morgan.

Isabel arqueó una ceja.

—¿Y cuál es tu tipo, si puede saberse?

—Ya sabes a qué me refiero —dije—. Todas esas cosas que colecciona. Y las gafas, y su coche... No sé. Es solo... Norman. Ya sabes.

—No —dijo, cruzándose de brazos—. No sé.

—Es muy mono —dije—. Pero no sé si podría llegar a salir con él, la verdad. Es un poco raro. Eso sí lo entiendes, Isabel.

—Pues no, no lo entiendo —respondió despacio. Morgan dejó el salero—. Lo que sí sé —siguió Isabel, cogiendo carrerilla— es que cuando te presentaste aquí vestida toda de negro, con ese maldito labio perforado y el pelo hecho un desastre, y aún más borde que yo, «rarita» se queda corto para describir lo que pensé de ti.

—Isabel —dijo Morgan.

Isabel levantó una mano para hacerla callar.

—No —dijo. Y se volvió hacia mí—. Mira, Colie. No dejes que un niño guapo te haga olvidarte de ti misma. Nunca te habría animado si hubiera pensado que te ibas a volver como la chica esa que te insultó.

—Yo no soy así —dije, dolida.

—Ahora mismo, sí lo eres. —Volvió a coger la revista—. Norman es el chico más majo y más bueno que he conocido en mi vida. Si crees que no es lo bastante bueno para ti, es que debes de ser mejor que todos nosotros.

—Yo no he dicho eso —repliqué. Noté un nudo en la garganta. Morgan ni me miraba.

—No hacía falta que lo dijeras —siguió Isabel—. Tú, precisamente, deberías saber que lo que no se dice puede ser lo que más daño hace.

Tenía razón. Las palabras de Mira aquella mañana debían haberme enseñado algo. Me quité el delantal, lo enrollé en una bola y lo metí junto a la máquina de café. Luego salí de detrás del mostrador, avancé por el pasillo y me encerré en el baño.

Miré mi reflejo en el espejo: el nuevo pelo, las nuevas cejas. La nueva yo. Si Isabel tenía razón, nunca podría perdonarme a mí misma. Igual que mi madre había jurado no olvidar nunca los Años Gordos, yo no me permitiría olvidar los Años de la Vergüenza. Si los olvidaba, no sería mejor que Bea Williamson o Caroline Dawes.

Observé a Norman desde la ventana del aseo. Estaba inclinado sobre el guardabarros, buscando algo. Siempre se había portado bien conmigo.

Durante el resto del día no hablé con nadie. Isabel se marchó a primera hora de la tarde y nos dejó a Morgan y a mí para cerrar. Norman estaba en la cocina terminando de recoger.

Lo único que sabía de él era lo que había visto y supuesto. Lo había observado tantas veces desde mi cuarto mientras arrastraba objetos extraños hasta su apartamento: peces disecados montados sobre placas de madera, viejos trofeos de

hockey, unas cuantas bandejas decoradas con los rostros de presidentes, incluso una plancha antigua para hacer tortitas que pesaba tanto que se le cayó y rodó por la hierba hasta chocar con estruendo contra el baño para los pájaros.

Y luego estaban los retratos. Y esa parsimonia al moverse. Y las gafas. Y, por fin, cómo le había ofendido sin querer. Cuando le pregunté a Morgan sobre él, levantó la vista y sonrió, como si hubiera estado esperando la pregunta.

—Oh, Norman —dijo mientras limpiábamos las bandejas con *spray*. Miró a la cocina y vio que estaba metido en la cámara refrigeradora, examinando una caja de limones—. Es un cielo.

—Es verdad —dije en voz baja. Si alguien podía perdonarme por lo que había hecho, era Morgan—. ¿Cuál es su historia?

Dejó la bandeja y dobló el trapo meticulosamente.

—Bueno —dijo, muy seria—, ha tenido muchos problemas familiares. Su padre es el gran Norm Carswell. Es el dueño de ese concesionario de coches, el que tiene un foco grande, justo antes del puente. Seguro que has visto los anuncios. Tiene el pelo blanco y habla moviendo mucho los brazos, dando gritos sobre buenos precios.

—Ah, ya —dije. Salía mucho en los descansos de los combates de lucha—. Los he visto.

—Bueno —dijo Morgan—. Pues por aquí es muy famoso. Está metido en el ayuntamiento, en el consejo de turismo, todo eso. Los dos hermanos mayores de Norman han seguido el negocio de su padre. Pero Norman...

Se interrumpió cuando se cerró la puerta de la nevera, y esperó a que apareciera Norman con unos cuantos limones y saliera a la calle.

—Pues —continuó en voz baja—, Norman no es el típico vendedor de coches, ¿no? Y hace un par de años, cuando empezó a hablar de estudiar bellas artes, su padre se puso histérico. Le dijo que no se lo pagaría, que era una pérdida de tiempo y todo eso. Algo absurdo, porque a Norman ya le habían dado una beca; empieza en otoño. Es muy bueno, Colie. Deberías ver sus cosas.

Pensé en el retrato en casa de Mira, y el que había visto de Morgan e Isabel.

Norman estaba en la puerta, examinando sus limones. Tiró uno por el aire y lo recogió.

—Entonces —continuó, mientras limpiaba otra bandeja— las cosas se pusieron tan mal, que Norman se fue de casa. Esto fue el año pasado, cuando tenía diecisiete años. Metió sus trastos en el coche y vivía ahí atrás, cerca de los contenedores hasta que Mira le ofreció un sitio. Fue la misma semana en que ese gato apareció en su puerta medio muerto. Ella los acogió a los dos.

—Vaya —dije, mirando a Norman, que seguía tirando al aire los limones, estudiando su caída—. Es increíble que su padre pueda ser así.

—Bueno, él ya había decidido cómo quería que fuese Norman. Había dado demasiadas cosas por supuestas. —No me miró cuando lo dijo, pero yo supe que ahí estaba mi lección y esperaba que la aprendiera—. Es muy triste que su padre no lo

entienda —añadió—. Nunca lo ha entendido.

—¿El qué? —pregunté, mientras Norman lanzaba un limón al aire y lo hacía circular con una sola mano. Al cabo de un momento lanzó otro, ahora usando las dos manos.

—A nuestro Norman —dijo Morgan, mientras el tercer limón se unía a la rueda y Norman los iba lanzando cada vez más alto y más deprisa, de forma que parecía una cinta amarilla—. Él es simplemente... —Y miró fuera; sonrió al verlo—. Es especial, Colie. Por eso tienes que tener cuidado, ¿vale?

—Vale —respondí. Ella asintió como si ya estuviera todo en orden, y nos pusimos a trabajar.

Después, cuando terminamos, salí y me lo encontré rebuscando en el asiento trasero del coche.

—Hola —dije.

Él apenas levantó la cabeza.

—Hola —respondió.

Me senté en el escalón.

—¿Qué tal?

—Bien —dijo con la cabeza dentro del coche. Cogió un lienzo, lo sacó y lo colocó contra el guardabarros. Después sacó otro.

—¿Son nuevos? —le pregunté.

Negó con la cabeza. Seguía sin mirarme.

—Son de hace tiempo.

—Oye, Norman —dije despacio, sabiendo que era importante—, espero que me des otra oportunidad. Para hacerme el retrato.

—Pensé que no te interesaba.

—Sí, me interesa —dije—. Fui una idiota. Se me olvidó.

Ahora levantó la vista.

—No te sientas obligada —me dijo—. O sea, que no estoy desesperado ni nada de eso.

—Ya lo sé —dije—. Quería, quiero, hacerlo.

Se inclinó para colocar los lienzos, se veían los omóplatos moverse bajo la camiseta.

—No sé —respondió—. Estoy muy ocupado estos días.

—Oh —dije. No iba a suplicarle. Ya me sentía lo bastante mal—. Vale.

Me levanté y me dirigí adentro. Estaba a punto de abrir la puerta trasera cuando me dijo:

—La verdad es que no lo tuve en cuenta cuando te lo propuse.

Me quedé quieta en el umbral.

—Quiero decir que un retrato es un gran compromiso —continuó—. No es cosa de un solo día.

—Tengo tiempo —dije.

Se volvió hacia el coche. No sabía por qué era tan importante para mí, pero de repente, volver a llevarme bien con Norman era lo único que me importaba. Así que me quedé allí quieta, esperando que se diera la vuelta.

Pero no lo hizo. Me disponía a entrar cuando le oí decir en voz muy baja.

—Bueno, vale. —Tuve que hacer un esfuerzo para oírlo—. Supongo que todavía hay tiempo —me dijo con tono de resignación.

Sentí que mis hombros se relajaban y respiré hondo; no me había dado cuenta de que había estado conteniendo el aliento.

—Estupendo —dije—. Gracias, Norman.

—Pero —añadió con voz firme—, el chocolate te lo has perdido. En eso no hay segundas oportunidades.

—Vale —asentí—. Tendré que aguantarme. ¿Cuándo empezamos?

—¿Todavía tienes las gafas? —me preguntó—. ¿Las que te di?

—Sí.

—Pues ven con ellas a mi casa, sobre las ocho, para hacer un boceto. Después tendremos que trabajar allí por la noche y aquí por el día.

—¿Aquí? —pregunté—. ¿Puedes pintar aquí?

—Sí —respondió—. Aquí mismo, para ser exactos. Debajo de eso. —Y señaló sobre mi cabeza—. Hasta esta noche.

Me volví y vi un cartel en el que no me había fijado hasta ahora. Era blanco con letras rojas. ENTREGAS, decía. Y luego, debajo, SOLO ÚLTIMA OPORTUNIDAD.

—De acuerdo —dije—. Allí estaré.

La primera vez que había estado en la habitación de Norman me pareció un caos. Pero descubrí aquella noche que, en realidad, era un universo ordenado con esmero.

El universo de Norman. Y en él todo tenía su lugar, desde la gran colección de personajes de cómic y televisión de plástico sobre una estantería —ordenados según la altura, como una foto de clase— hasta los maniquíes que llevaba en el coche el día en que nos conocimos, que estaban sentados muy formalitos contra la pared, como si estuvieran esperando su turno. También había un banco de trabajo repleto de botes de potitos, cada uno lleno de una cosa: arandelas, tornillos, chinchetas de colores chillones, clavos oxidados, canicas, conchas, cabezas de muñequitas de plástico. Parecía capaz de tomar cualquier cosa y convertirla en algo valioso.

Las paredes estaban pintadas de blanco y cubiertas por lienzos; algunos los había visto ya, como el de Morgan e Isabel; otros, no. Pero había solo uno más con el tema de las gafas.

Era el retrato de un hombre que parecía tener veintipocos años, apoyado en un coche de época. Tenía el pelo cortado a cepillo y llevaba una camisa blanca con corbata, pantalones negros y gafas de sol; estaba cruzado de brazos. Detrás de él se veía el cielo azul y despejado, y tenía la cabeza inclinada hacia atrás, riéndose como

si alguien acabara de contar el chiste más gracioso del mundo. Me pregunté quién sería.

Norman me hizo sentarme en un viejo sillón azul. Olía levemente a perfume, a rosas, y pensé que debía ser reconfortante que todas las cosas a tu alrededor tuvieran su propia historia.

—Vale —dijo—. Mira hacia aquí.

No sé cómo sabía hacia dónde estaba mirando, si tenía las gafas puestas. Estaba sentado al otro lado de la habitación, sobre un cajón de leche, con un bloc de dibujo sobre las piernas. A su lado había una lata de café llena de lápices de varios colores y tamaños en la que no dejaba de rebuscar, como si no encontrara exactamente el que quería.

Me di cuenta de que iba a ser el objeto de su atención por completo. Me alegré de poder esconderme detrás de algo.

—Levanta la barbilla —me dijo mientras tomaba un lápiz y me miraba entrecerrando un poco los ojos—. No tanto. Vale, ahí. Muy bien. Quédate justo así.

Ya me dolía el cuello, pero no me moví. Me quedé mirando a Norman, casi como si fuera la primera vez.

No sabría decir exactamente cuándo ocurrió. Tal vez al verlo inclinarse, levantando la vista solo de vez en cuando, con sus ojos oscuros moviéndose hacia mí y sobre mí, capturándome mirada a mirada. O cuando me fijé en sus manos —a las que había visto dar la vuelta a las hamburguesas, coger gatos, acunar huevos y que incluso habían agarrado mi mano una vez— y cómo parecían tan distintas, ejecutando movimientos cortos y controlados, creándome. El roce del lápiz sobre el papel era lo único que se oía, excepto mi respiración. Y me sentí rara sentada allí, delante de él. Y como si no fuera solo Norman Norman, otro *hippy* vago, sino un chico con ojos marrón oscuro que me miraba y, tal vez, si Isabel tenía razón, pensaba...

—No juguetees con el aro del labio —me dijo en voz baja, mirando su bloc de dibujo, mientras difuminaba con el pulgar una gruesa línea negra.

—No estaba jugando —respondí automáticamente, avergonzada, como si pudiera leerme el pensamiento.

Pero si es Norman, por favor.

Levantó la vista y por un momento de pánico pensé que lo había dicho en voz alta. Esta vez no volvió a bajar la vista al bloc.

—Aquí falla algo —dijo sin dejar de mirarme.

—¿El qué? —pregunté demasiado deprisa—. ¿Qué pasa?

Se levantó, dejó el bloc a un lado y cruzó la corta distancia de alfombra que nos separaba. Sentí un vuelco en el estómago.

—Estate quieta —dijo, y se inclinó hacia mí. Luego extendió una mano y me puso un mechón de pelo detrás de la oreja; su pulgar me rozó las mejillas.

Fue solo un gesto, un movimiento: en realidad no fue nada. Pero cuando regresó a su sitio, sentí que algo se aceleraba dentro de mí y, detrás de las gafas, cerré los ojos.

Volví a verlo en mi cabeza, inclinándose, con los ojos clavados en mí y una mano dirigiéndose a mi cara.

—Levanta la barbilla —me dijo—. Mira justo hacia aquí, Colie.

Respiré hondo y me tranquilicé. Esto era ridículo. Mira habría dicho que era astrológico, alguna locura lunar, el tipo de energía celestial que hace que las mujeres se pongan de parto y los hombres lobo corran sueltos por la calle.

Sí, eso es lo que era. Alguna locura de la luna.

—Levanta la barbilla —repitió, mientras difuminaba otra línea.

—Lo siento.

Habían pasado unos treinta minutos cuando, de repente, el teléfono sonó detrás de mí. Y volvió a sonar. Tres veces.

—¿Quieres que conteste? —pregunté.

—No.

—¿Seguro?

—Levanta la barbilla, Colie.

El teléfono sonó de nuevo. Era uno de los antiguos, con dial, y tenía un timbre muy fuerte: normalmente, lo oía incluso dos pisos más arriba. Se oyó otro timbrado y la voz de Norman en el contestador.

Seguía dibujando, al parecer sin prestar atención. Se oyó un pitido y nada más. Pensé que quien hubiera llamado habría colgado. Hasta que lo oí: el sonido de alguien carraspeando, como si estuviera a punto de decir algo.

Los ojos de Norman estaban fijos en el dibujo. La persona al teléfono volvió a aclararse la garganta, y vi que Norman levantaba el lápiz y lo sostenía sobre la hoja, como si estuviera esperando algo.

Clic. Y el tono de la línea. Norman volvió a pintar.

Estuvimos cinco minutos en silencio hasta que no aguanté más y le pregunté:

—¿Qué ha sido eso?

—¿Qué?

—El teléfono. ¿Era una llamada de broma o qué? —Cuando el anuncio de la tele de Kiki triunfó, tuvimos muchas llamadas así. Mi madre, por alguna razón, era muy popular entre los presos—. ¿Te pasa mucho?

—Levanta la cabeza —me dijo, difuminando otra línea. Mira justo aquí.

Reajusté mi posición y adelanté la barbilla.

—¿No me vas a contestar?

—No —respondió amablemente.

—Oye, si es una broma, puedes hacer que averigüen quién es —le dije. Me costaba hablar con la barbilla hacia arriba—. No es tan difícil...

—Ya sé quién es —dijo en voz baja; inclinó el bloc de dibujo y se apartó el pelo de la cara.

—¿En serio? ¿Quién?

No hubo respuesta.

—Norman.

Dejó el bloc y metió el lápiz de nuevo en la lata de café.

—A ver, Colie —me dijo—, ¿es que no hay cosas de las que prefieres no hablar?

No lo dijo de forma antipática, pero algo en su tono me hizo sentir que era una mala persona solo por preguntarlo.

—Sí —respondí.

—Pues entonces lo entiendes, ¿no? —Asentí mientras se levantaba y dejaba caer el bloc sobre el futón—. Vale, hemos terminado.

—Venga ya, Norman —me quejé, sabiendo que había insistido demasiado. Era muy susceptible—. No te enfades por eso y...

—No —me interrumpió—. Quiero decir que ya hemos terminado con el boceto. —Extendió los brazos hacia arriba, con los dedos apuntado hacia el techo, estirando todo el cuerpo, como *Gato Norman*—. Y empezaremos el retrato mañana en el restaurante, ¿de acuerdo?

—Oh —dije—. Vale. Pero me dejas ver el boceto, ¿no?

—No.

—Pero Norman...

—Buenas noches, Colie.

Ya me había dado cuenta de que era mejor no insistir. En vez de eso, me quité las gafas de sol, me levanté y avancé entre los maniqués y un montón de vidrios de colores, hacia la puerta.

Cuando me volví, Norman estaba en el medio del cuarto, levantando la vista hacia el móvil de los transportadores. Se encontraba en el minúsculo espacio libre que quedaba, y todos sus objetos, brillantes y multicolores, parecían girar en torno a él. Ahora yo también había entrado en su mundo y me sorprendió descubrir que me gustaba estar allí, en el universo de Norman, un sistema solar ecléctico que atraía las cosas, las transformaba y les daba una nueva vida.

Trabajábamos juntos todos los días, en el Última Oportunidad durante las horas tranquilas de la tarde y por las noches en su cuarto. El retrato era importante para mí, pero, cada vez más, Norman también.

Era una locura, claro está. Pero desde aquella primera noche en que me apartó el pelo de la cara, algo había cambiado. Tal vez no para él. Pero para mí sí.

Eran pequeñas cosas. Como la rutina que habíamos establecido al trabajar, llegábamos y ocupábamos cada uno nuestro lugar casi sin hablar. Y yo me había hecho un sitio en su cuarto: junto al sillón donde posaba dejaba las gafas de sol, el vaso de agua que me había dado la primera vez que dije que tenía sed y el mando para la televisión que él juraba no veía, excepto cuando estaba yo. Tener mis cosas allí me gustaba, y me pregunté si cuando yo me iba él las miraba y pensaba en mí.

Estaba acostumbrándome a esa habitación abarrotada. Había colgado los dos

cuadros con las gafas de sol —el de Morgan e Isabel, y el del hombre apoyado en el coche—, uno junto al otro. Yo me sentaba en el sillón, mirando a través de las gafas y ellos me devolvían la mirada, ya completos, colgados donde pronto estaría mi propia imagen. Cuando pasaba por el cuarto trasero de Mira, me quedaba examinando su retrato también, y tocaba su superficie rugosa preguntándome qué aspecto tendría yo cuando terminara.

La primera mañana que vi a Norman en el Última Oportunidad con gotas de pintura en el brazo, sentí algo extraño, un sentimiento de posesión, como si compartiésemos un secreto. Casi deseé que la sesión no terminara nunca.

A veces parecía que me estaba mirando solo por la forma, como si fuera un cuenco con manzanas o un paisaje. Pero había otros momentos en los que lo pillaba inclinando la cabeza hacia un lado, con el pincel sin tocar el lienzo, y esos ojos castaños mirándome de verdad y entonces...

—¡Eh, Picasso! —gritaba Isabel irritada desde el interior del restaurante—. Necesito aros de cebolla. ¡Ahora mismo!

—Vale —decía Norman, y dejaba el pincel. Cuando había mucho que hacer metía el lienzo en el maletero del coche, plegaba el caballete y volvía a freír hamburguesas mientras yo atendía las mesas. Y cuando se relajaba la cosa, volvíamos a salir fuera y ocupábamos nuestro sitio.

Pero siempre se negaba a enseñarme el retrato.

—Mala suerte —me dijo la primera vez que se lo pedí—. Ya lo verás al final.

—Pero quiero verlo ahora —protestaba yo. Era uno de nuestros puntos de conflicto; al igual que a mi madre, se me daba muy mal esperar.

—Lo llevas crudo. —Norman era capaz de ponerse duro cuando le convenía—. Ahora es un caos, de todas maneras; es un proceso. Lo que importa es el producto terminado.

Norman tenía sus secretos. El teléfono sonaba casi todas las noches cuando estábamos trabajando, más o menos a la misma hora: las diez y cuarto. Norman nunca contestaba y el hombre al otro lado de la línea nunca decía ni una palabra. Solo carraspeaba, como si estuviera esperando que Norman hiciera el primer movimiento.

A mí me daban ganas de agarrar el teléfono y obligar a hablar al hombre, que sabía que tenía que ser su padre. Pero no podía. Así que me quedaba ahí quieta, noche tras noche, apretando los dientes cuando sonaba.

—Norman —le dije por fin—, por favor, contesta. Por favor. ¿Por mí?

Meneó la cabeza antes de contestar como hacía siempre.

—Levanta la barbilla.

Cuando no estábamos discutiendo por el teléfono, escuchábamos música. Y, horror, descubrí que estaban empezando a gustarme sus grupos *hippies*. O yo encendía la tele e iba pasando los canales; veía los programas hasta que Norman los vetaba. Una noche nos topamos con un anuncio de Kiki y le presenté el tonificador de glúteos Buttmaster y las cintas con mensajes inspiradores de FlyKiki, y «Comer

mucho para nada». Pensé que era el justo castigo por sus grupos Phish y The Dead. Norman estaba intrigado. Incluso dejó el pincel para dedicarle toda su atención al SuperQuemacalorías de mi madre.

—Tu madre es todo un personaje —me dijo, mientras ella se inclinaba y flexionaba los músculos, haciendo enloquecer al público del estudio.

—Sí —respondí—. A veces no me puedo creer que sea mi madre.

—Ah, pues yo sí —dijo tranquilamente, con los ojos fijos en la pantalla—. Tienes muchas cosas de ella.

—Ni de coña.

—Que sí. —Cogió otra vez el pincel y lo mojó en el óleo. Aquello era una novedad.

—¿Como qué?

—Levanta la barbilla —me dijo, y yo puse cara de hastío. Cuando la levanté, continuó—. Como tu cara: es igual que la suya, con forma de corazón. Y tu modo de poner las manos cuando hablas, justo en la cintura. Y tu sonrisa.

Miré a mi madre sonriendo ampliamente en la tele.

—Yo no sonrío así —dije.

—Claro que sí —me dijo, retocando algo en el lienzo—. Mírala, Colie. No es artificial. En mucha gente lo sería, pero en su caso se nota que le encanta lo que hace. Disfruta.

Volví a mirar a mi madre, que escuchaba atentamente a una mujer que le estaba haciendo una pregunta sobre cómo librarse de las cartucheras. Tenía razón: en el caso de mi madre, sus sentimientos saltaban a la vista.

—¿Sabes? —continuó—. Creo que pasaron tres semanas desde que te conocí hasta que te vi sonreír por primera vez. Y luego, un día Morgan dijo algo y te echaste a reír, y pensé que era genial porque tu risa realmente significaba algo. No eres el tipo de persona que sonrío sin motivo, Colie. He tenido que ganarme cada sonrisa.

Ahora no estaba sonriendo. De hecho, estaba segura de que me había quedado boquiabierto y me había puesto colorada. Norman volvió a esconderse detrás del caballete y yo tragué saliva, intentando recobrar la compostura.

¿Qué estaba pasando? Ya no estaba segura de que fueran solo fantasías mías.

—Levanta la barbilla —dijo, y lo miré a los ojos mientras me imaginaba que se acercaba y me recogía el pelo detrás de la oreja. Si lo hiciera, sonreiría. Sin duda—. Levanta la barbilla.

—Se acerca —me dijo Mira una mañana, semanas más tarde, mientras tomábamos los cereales: yo, los integrales con pasas y nueces; ella, los azucarados Conde Chócula. Mis días se habían reducido al trabajo y el retrato, y los desayunos eran el único momento que nos quedaba para estar juntas.

—¿El qué?

Me pasó el periódico doblado que había en la mesa.

«Agricultor local cultiva el tomate más grande jamás documentado», decía el titular.

—No entiendo nada —dije—. ¿Tomates?

—No, no, eso no —me dijo, inclinándose y señalándome algo—: ¡Esto!

Era un pequeño recuadro al pie de la página, junto a la previsión del tiempo para el día siguiente. Había una foto de la luna y las palabras: «Eclipse total de luna previsto para el 15 de agosto; alcanzará la plenitud a las 00.32. Si la noche está clara, será una hora perfecta para contemplarlo».

—El eclipse —dije—. Se me había olvidado por completo.

—¿Cómo es posible? —preguntó, y tomó otra cucharada de cereales—. ¿No te has dado cuenta lo raro que está todo últimamente? Vamos, que el cosmos se está preparando para volverse loco. Vienen grandes cambios. Me muero de impaciencia.

Grandes cambios. Pensé en Norman y luego lo expulsé de mi cabeza. Ridículo.

—Todavía falta —dije.

Se volvió hacia el calendario y pasó la página hacia arriba. Vi que había pintado una luna en el día 15, y lo había enmarcado con rotulador morado.

—Diecisiete días...

—Diecisiete días —repetí. Ella volvió al periódico, buscando el horóscopo, y tomándose los cereales con alegría. Para ella, el cambio solo podía ser bueno.

Unos días después, en casa de Norman, me encontré pensando sobre ello. Teníamos la radio puesta, lo bastante alto para oír la música pero sin distinguir la letra de las canciones, y la puerta abierta. Sobre el mar, colgaba la luna, grande y brillante.

—Catorce días —dije en voz alta.

—¿Qué? —preguntó Norman, asomando la cabeza por detrás del lienzo.

—El eclipse. Faltan catorce días.

—Ah, sí —dijo—. Es verdad.

Me apoyé en el respaldo del sillón y levanté la barbilla antes de que me lo indicara. Ya me había acostumbrado, al igual que me había acostumbrado a que mis días giraran en torno a una sola cosa. Todavía iba a trabajar y salía a correr por la playa, y me abría paso en el laberinto de notas de Mira. Pero todo me parecía un medio para llegar a este fin: el retrato. Llevábamos casi un mes con él. Norman me iba construyendo lentamente sobre el lienzo mientras yo lo memorizaba a él: el arco de la ceja, la forma en que sobresalía su omóplato cuando se estiraba, el olor a aguarrás en la piel cuando cruzaba el cuarto para ajustar mi posición. Había empezado a temer los instantes en los que dejaba de pintar, con el pincel detenido en el aire, como si en cualquier momento fuera a decir que había terminado, y todo llegara a su fin.

—Recuerdo la primera vez que vi un eclipse de luna —me dijo de repente, lo que me hizo prestar atención—. Yo tendría unos seis años, y mis hermanos y yo habíamos

acampado en el jardín para verlo. Estábamos emocionados.

—¿Ah, sí?

—Sí. —Una brisa suave hizo girar los móviles que colgaban sobre mi cabeza—. Ellos se quedaron dormidos antes de que empezara, como había dicho mi padre que ocurriría, pero yo recuerdo estar allí metido en el saco de dormir, viendo desaparecer la luna. Y aunque sabía lo que era, y había pasado todo el día esperando que llegara ese momento, me asusté muchísimo. Porque la luna no vuelve a aparecer inmediatamente, ¿sabes? Hay un rato larguísimo en el que simplemente no está, ha desaparecido.

No lo sabía. Nunca había visto un eclipse.

—Entonces volví a casa corriendo y desperté a mi padre —continuó, mientras metía el pincel en un bote de disolvente y lo agitaba—. Me puse histérico. Llorando y todo. Y mi madre no dejaba de decir que ya sabía ella que era demasiado pequeño para acampar fuera y que mi padre debía haberle hecho caso (esto fue antes del divorcio) y mi padre la mandaba callar para enterarse de lo que decía yo, porque no me entendía.

Entonces se detuvo y pensé en la voz del contestador automático, carraspeando. Esperando.

—¿Y tú qué decías? —le pregunté.

—Pues —dijo Norman mirando hacia fuera— que se habían llevado la luna. Que la habían atrapado.

—¿Y qué hizo tu padre?

—Volvió conmigo al jardín y me dijo que no fuera ridículo y que me durmiera. La verdad es que no fue uno de esos momentos de unión entre padre e hijo. —Volvió la vista al cuadro que tenía delante y después hacia mí—. Pero nunca se me olvidará lo que sentí allí fuera esperando a que volviera la luna. Porque no estaba seguro del todo de que fuera a volver. Quería creerlo, igual que siempre había creído que la luna no podía desaparecer. Pero no era capaz.

—Pero regresó —dije—. Al cabo de un rato.

—Claro —dijo él, asintiendo; y me miró fijamente.

Yo no quería que eso terminara nunca, podría haberme quedado para siempre en ese minúsculo universo con la radio de fondo, Norman mirándome y la brisa rozándonos, cálida y dulce.

—Pero es raro —continuó—, aunque siempre te hayan dicho que algo es cierto, como que la luna volverá, necesitas una prueba. Y mientras esperas, notas que el equilibrio de todo tu mundo se altera. Es una locura. Pero luego, cuando al final vuelve, es increíble, porque es lo único que deseabas: todo se reduce a eso. Y entonces te sientes genial, porque durante ese segundo todo va bien en el mundo. Es fantástico.

Me miró y sonrió y volví a pensar que sería feliz si pudiera pasar mucho tiempo, o incluso toda la vida, ganándome sus sonrisas.

—Ya verás lo que quiero decir —me dijo, ocultándose de nuevo detrás del lienzo—. Ya lo verás.



Era la segunda semana de agosto, dos días antes del eclipse de Mira, y Morgan llegó al trabajo con un plan.

—Me voy a Durham a darle a Mark una sorpresa —anunció. Se había rizado el pelo y se había maquillado; además, llevaba una falda bonita y una blusa que no reconocí—. ¿Puedes hacer tú mi turno?

—Esa falda es mía —dijo Isabel.

Morgan bajó la vista.

—No me devolviste los veinte pavos que te presté para comprarla. Además, la cuidaré bien, te lo prometo.

Isabel refunfuñó, agarró una jarra de agua y volvió a su mesa.

—¿Puedes encargarte de mis turnos? —me pidió Morgan—. ¿Al menos esta noche y mañana por la mañana? Te llamaré si me quedo más tiempo.

—Claro —dije. El único plan que tenía era el retrato—. No hay problema.

—¡Estoy tan contenta! —exclamó mientras Isabel volvía a poner la jarra sobre la barra—. Ya sabes que el calendario cambia constantemente y nunca se sabe cuándo son los partidos, pero estaba leyendo el horóscopo en el periódico y he visto en la página de deportes que el equipo está en Durham esta noche para jugar contra los Bulls. —Hablabla atropelladamente; nunca la había visto así—. Y desde que vino el 4 de julio a verme estoy deseando devolverle la sorpresa. Además —dijo inclinándose hacia mí—, tengo una idea descabellada.

—¿Cuál? —pregunté, mientras Isabel metía la cabeza entre las dos.

—¿Qué idea? —preguntó.

—Bueno —dijo Morgan tímida, retorciéndose uno de los rizos—. No sé si debo contárosla...

—Claro que debes —dijo Isabel toda seria—. Cuéntamela.

—Estaba pensando —dijo Morgan—, que todo esto de la boda ha sido fatal para Mark y para mí. Y que este estrés es una tontería. La ceremonia me importa un pimiento, ¿sabes? Lo único que quiero es casarme.

—Espera un momento —dijo Isabel en voz baja.

Morgan no la oyó.

—Entonces, estaba pensando —continuó—, que si estamos los dos en Durham, bueno, pues que Dillon solo está a tres horas de allí.

—¿Dillon? —pregunté.

—Un pueblo en el estado de Carolina del Sur —soltó Isabel.

—Y allí se celebran bodas —explicó Morgan entusiasmada—. Podemos ir, hacer el papeleo, casarnos al día siguiente y volver a tiempo para el partido contra los Bulls.

—¿En serio? —pregunté. Isabel me lanzó una mirada y me callé inmediatamente.

—Ya sé lo que vas a decir —siguió Morgan, levantando la mano—. Y es una locura. Pero Mark es tan espontáneo. Le encantará. Y si mis padres quieren hacer después una fiesta en nuestro honor, genial. Y si no, ¿qué más da? Estaremos casados.

Estaba radiante. Pero Isabel había puesto una cara de las suyas.

—Oh, venga —dijo Morgan, cogiéndole la mano—. ¿No puedes alegrarte por mí? ¿Solo esta vez?

—Es que no quiero que hagas algo de lo que te vas a arrepentir —dijo Isabel—. Morgan, piénsalo un momento. Fugarte y casarte con ese tío es...

—No es un tío cualquiera —dijo Morgan con una carcajada fácil—. Es Mark.

—Ya lo sé. —Isabel frunció el ceño—. Lo único que digo es que no vayas con muchas expectativas, ¿de acuerdo? Si no le parece buena idea, no te pongas histérica. Es todo muy repentino.

—No seas tonta —dijo Morgan, y se levantó—. Llevamos seis meses comprometidos. Es la solución perfecta. No me puedo creer que no se me haya ocurrido antes. —Se colgó el bolso.

—Morgan —dijo Isabel—. Por favor.

—No seas tan preocupona. —Morgan dio media vuelta e hizo revolotear la falda—. Todo va a salir bien, créeme. La próxima vez que nos veamos, seré la esposa de Mark McCormick. —Abrió la puerta de un empujón.

—Oh, Dios —dijo Isabel en voz baja, y de repente me di cuenta de que estaba a punto de llorar.

—¡Os llamaré, chicas! —gritó Morgan cuando salió al exterior poniéndose las gafas—. Deseadme buena suerte, ¿de acuerdo?

—Buena suerte —dije yo, y ella se despidió con la mano. Nunca la había visto tan feliz. Iba a decirle algo a Isabel, pero ya había salido a fumar un cigarro. Levantó la vista al cielo bajo el cartel del Última Oportunidad mientras Morgan tocaba el claxon y se marchaba.

Alguien me sacudía suavemente por el brazo.

—Colie.

Abrí los ojos, sin saber dónde estaba. Miré hacia abajo y vi el sillón azul antes de reconocer la mano sobre mi brazo, moteada de pintura blanca.

Claro. Estaba en el cuarto de Norman.

—¿Qué hora es? —pregunté. Sentía la boca seca y había soñado algo que ahora no era capaz de recordar.

—Las diez y media —dijo Norman. Se estaba limpiando las manos en un trapo—.

Te me has quedado frita.

—Lo siento. —Me senté más derecha, todavía adormilada. Se me había agarrotado el cuello—. A partir de ahora estaré despierta, te lo prometo.

El teléfono sonó detrás de mí, fortísimo, lo que me sobresaltó. Norman se levantó y se dirigió al caballete.

Dos timbrazos.

—Norman —dije.

Me ignoró y limpió una mancha de pintura del suelo.

Tres. Cuatro.

—Norman —insistí. Todavía me parecía estar medio soñando—. Por favor.

El contestador cogió la llamada y se repitió el mensaje de siempre.

—Joder —gemí—. No lo aguanto.

—¿Quieres que responda? —me preguntó de repente.

—Sí —dije, aunque había algo en su tono que me hizo dudar—. Pero...

—¿Estás segura? —me interrumpió.

—Norman...

Ya había cruzado el cuarto. Su antebrazo estaba tenso, las puntas de los dedos blancas por la tensión cuando cogió el teléfono.

—¿Diga?

Me dejé caer en el sillón. Aquella tampoco era mi guerra.

—Sí, aquí estoy —dijo en voz baja—. No, no pasa nada.

Me concentré en el móvil de los transportadores sobre mi cabeza, intentando no escuchar. Me pregunté qué estaría diciendo su padre.

—Ya hemos hablado de esto —dijo Norman en tono cansado—. Nadie te ha pedido que me ayudes. No espero que lo hagas. Esto lo estoy haciendo yo solo.

Me levanté, con intención de salir hasta que terminara. Pero él levantó la mano para detenerme, sin darse la vuelta siquiera.

—Lo tuyo es increíble —dijo, y se rió con una risa extraña, que no era alegre—. Siempre creí que entenderías que era importante para mí. De verdad. Nunca pensé que llegaríamos a esto.

Oí que la voz se elevaba al otro lado de la línea, y Norman cerró los ojos.

—Vale, papá —dijo, y se volvió hacia mí. Lo miré y él me devolvió la mirada, con los ojos firmes, sin un lienzo ni un propósito entre los dos—. Mira, puedes decir que no te importa todas las veces que quieras. Pero el que llama cada noche no soy yo, papá. Eres tú.

Entonces se quedó callado escuchando. Yo no oía nada. Y, al cabo de un minuto, colgó.

—Norman —dije en voz baja. Él se miró el brazo y empezó a quitarse la pintura con un dedo—. Lo siento. No quería...

—No importa —dijo, meneando la cabeza—. No pasa nada.

Volvió al caballete y se puso detrás del lienzo. Parecía cansado y recordé la vez

que lo encontré soñando. Me pregunté si también entonces era la cara de su padre la que había visto.

Me senté en mi sitio y me puse las gafas. No hablamos.

—Es que —dijo de repente— yo soy el único de sus hijos que no está haciendo exactamente lo que él había planeado. Todo esto del arte le pone de los nervios, siempre le ha desquiciado. Su idea del arte es uno de esos cuadros aterciopelados de perros que juegan al póquer.

Sonreí. Una ligera brisa entró por la puerta abierta e hizo girar los transportadores. Chocaron unos contra otros, y contra las reglas y Norman los observó, meneando la cabeza.

—Me gusta mucho esto —dije, señalando el móvil.

—¿Sí? —dijo—. La geometría era la única asignatura que me gustaba en el colegio, bueno, además del arte. Tiene algo regular y agradable. Todos esos teoremas y leyes. Sin dudas.

—Pues sí —respondí.

—Me gustaba poder estar seguro de que iba a permanecer igual para siempre —dijo, con el pincel en la mano sujeto con un gesto ligero, y los ojos fijos en el móvil, que seguía girando—. Podrías volver sobre ella dentro de un millón de años y encontrarla exactamente igual.

Y me miró y sonrió, y sentí su sonrisa hasta la punta de los dedos de los pies.

—Eso me gusta —dijo.

Estuvimos un minuto sin hablar; solo se oía el rumor de la hojas fuera. Me sentía responsable por lo que acababa de pasar; quería igualar las cosas. No eran solo las sonrisas lo que había que ganarse.

—Norman.

—Sí —dijo, frotándose los ojos. Era tarde. Pero tenía que hacer una cosa. Así que me toqué el anillo del labio con la lengua y respiré hondo.

—¿Te acuerdas cuando empezamos y me preguntaste si había algo de lo que no quería hablar?

Limpió el pincel con el faldón de la camisa.

—Sí.

—Bueno, pues sí hay algo. —Recogí las piernas en el sillón y me quité las gafas—. Lo que has visto de mí este verano no es quien soy de verdad. Bueno, no es quien era de verdad.

Arqueó las cejas.

—La cuestión es —continué despacio, restregando los dedos por la tela azul y desgastada del sillón— que en mi ciudad todo el mundo me odia.

Esperaba que me interrumpiera, pero no lo hizo. Así me asustaba incluso más. Quería que apareciera Mira junto a mí y me guiara delicadamente fuera de allí, como había hecho en el mercadillo, salvándome de lo que fuera a salir de mi boca a continuación. Pero estaba sola. Tragué saliva.

—Yo antes era muy gorda —dije—, y nos mudábamos constantemente de ciudad. Hasta que llegamos a Charlotte, donde alguien hizo correr el rumor de que me había acostado con un chico, pero era mentira. Ni siquiera lo conocía. Solo estábamos hablando, y...

—Colie.

—No —dije con firmeza.

Fuera, la brisa volvía a soplar: oí las campanillas de viento de Mira. Tenía que continuar.

—No pasó nada de nada, pero al día siguiente todos empezaron a insultarme, y no han parado desde entonces. Por eso fui tan antipática cuando viniste a buscarme a la estación. No estaba acostumbrada a que alguien fuera amable conmigo.

—No tienes que contarme eso —me dijo en voz muy baja.

—Pero quiero hacerlo —dije, y me temblaba la voz—. Eres el único al que he querido contárselo.

Seguía sin ser capaz de mirarlo, incluso cuando salió de detrás del caballete.

—Colie.

Meneé la cabeza.

—Ese es mi verdadero yo, Norman. Bueno, no quiero decir que hiciera esas cosas, porque no las hice. Pero para ellos siempre he sido una zorra, y sigo siéndolo.

Me atraganté con esta última palabra. Casi me arañó la garganta cuando la obligué a salir.

—Colie —me dijo con suavidad. Sentí que me observaba; estaba muy cerca.

—No les importaba el daño que me hacían —seguí—. Casi me mata.

—Pero no te mató —dijo él, y entonces alargó la mano y me levantó la barbilla, de forma que tuve que mirarlo—. Tú siempre has sabido la verdad, Colie. Eso es lo único que importa. Tú lo sabías.

El último año me inundó el pensamiento: todas las provocaciones y las cosas terribles que me habían dicho, cada parte de mí que me habían arrebatado.

La cara de Chase Mercer, enmarcada en el haz de luz de la linterna, que ya se iba separando de mí.

Caroline Dawes con su grupito de amigas en el vestuario del gimnasio, riéndose a carcajadas mientras yo intentaba girarme para cambiarme de ropa.

El hombre del salón de tatuajes que se inclinaba con la aguja —esto te va a doler — mientras yo cerraba los ojos.

Mi madre sentada frente a mí en la mesa del comedor en una casa nueva, rogándome que le contara qué me pasaba.

Mi cara enfadada reflejada en la ventanilla del tren, entrando en Colby, el último sitio en el que querría estar.

Sentada en el universo de Norman todo empezó a girar, cada vez más rápido, y sentí que me agarraba al sillón con todas mis fuerzas.

«Suéltalo», oí decir a Isabel en mi cabeza. «Suéltalo.»

Los giros aumentaron en intensidad, arrastrando todo a su paso. Y en el centro estábamos nosotros dos, sentados totalmente inmóviles, aguantando la tormenta.

Agarré el sillón más fuerte y cerré los ojos. Norman tenía razón: lo había sabido siempre. Y había llevado esa verdad cerca de mi corazón, protegiendo la parte más sensible de mí misma.

«Suéltalo», oí susurrar a una voz en mi cabeza. Tal vez era Isabel de nuevo, todavía dándome lecciones. O mi madre, obrando sus milagros. Mira o Morgan, animándome. O Norman, que reconocía esa verdad como el regalo que era. O tal vez fuera mi propia voz, que había estado todo ese tiempo callada, y ahora por fin dejaba de estarlo.

Suéltalo.

Y, así de simple, lo solté.

En ese instante, cesaron los giros y todos los elementos volvieron a caer en su sitio. Respiré hondo y recobré el equilibrio. Abrí los ojos y Norman se levantó de repente y dio un paso atrás, como si él también lo hubiera sentido.

Me estaba mirando y me pregunté si mi cara habría cambiado. Si me vería distinta a la chica que llevaba semanas recreando sobre el lienzo.

Lo más raro de todo era que yo me sentía distinta. Como si algo que llevara mucho tiempo en tensión se hubiera aflojado y todo lo que había estado tenso hubiera vuelto a su lugar. Y los veinte kilos y medio por fin habían desaparecido para siempre.

—El retrato —dije. Volví a adoptar mi pose, coloqué la barbilla con el corazón todavía acelerado—. Tenemos que...

Miró hacia el otro lado del cuarto.

—Colie —me dijo—. Está terminado.

—¿En serio?

—Sí. —Se giró, caminó hacia el caballete y dejó el pincel en la lata de café—. Le di los últimos toques hace más o menos una hora.

—¿Y por qué no me despertaste entonces?

—No sé —dijo—. Parecía que estabas soñando algo bueno.

Me levanté, me estiré, y fui hacia el lienzo.

—Muy bien —dije—. Vamos a verlo.

Me adelantó, cuando quería podía ser muy rápido este Norman, y se colocó delante del caballete.

—Un momento —me dijo.

—Oh, no. Llevo siglos esperando. Me lo prometiste.

—Sí, ya lo sé. Y te lo enseñaré. Pero es que... quiero que sea especial.

—¿Especial?

—Sí —me dijo—. Déjame que te invite a cenar mañana por la noche. Lo prepararé todo y lo descubriremos, a lo grande. Para conseguir el efecto total.

—Norman —dije, suspicaz—, si me estás tomando el pelo...

—Que no —me aseguró—. Te lo juro. —Y se llevó la mano al pecho para mostrarme su sinceridad—. Cena y descubrimiento. Será genial. Confía en mí.

—De acuerdo —acepté. Era como una cita, una cita de verdad—. Aquí estaré.

Nos dimos las buenas noches y cuando salí recordé mi sueño. Me llegó de repente e hizo que me detuviera en seco.

Estaba en la playa, besando a un chico. Sentía el sol en la cara, deslumbrante y cálido como en las tardes en las escaleras traseras del Última Oportunidad. Era un buen beso y lo estaba disfrutando; separé la cabeza y sonreí al chico, que me devolvió la sonrisa.

Era Norman.

—¡Joder! —dije. Dejé de caminar. *Gato Norman* estaba al borde del porche, lamiéndose las patas, y me miró sobresaltado.

«Parecía que estabas soñando algo bueno», me había dicho. Y después, cuando le conté todo, se había quedado allí conmigo, cerca.

De repente vi aproximarse unos faros por la carretera. Rápido. Oí el coche antes de verlo; la gravilla crujía y saltaba a medida que se acercaba.

Rodeé el porche de Mira, preguntándome quién llegaría tan tarde. La casa estaba iluminada, Isabel se encontraba sentada en los escalones de la entrada con Frank, el chico que había conocido el 4 de julio. Veía arder la punta del cigarrillo; siempre fumaba cuando Morgan no estaba.

El coche tomó el camino de entrada, haciendo saltar las piedras, y la luz de los faros se extendió entre los árboles antes de inundar el porche. Era el Golf. Isabel se levantó y se protegió los ojos con la mano.

—¿Quién es? —preguntó Frank.

El coche avanzó a toda velocidad hacia la casa, derrapando ligeramente, antes de detenerse en seco, con un frenazo. Se abrió la puerta del conductor y al iluminarse el interior reconocí a Morgan.

—¿Qué ha pasado? —preguntaba Isabel mientras Morgan subía corriendo los escalones. Había dejado el coche en marcha, con las luces largas puestas, por lo que podía verla perfectamente. Tenía el rostro enrojecido y con manchas, y se tapaba la boca con la mano. También llevaba algo colgado del cuello, algo amarillo y de aspecto esponjoso.

Atravesó corriendo el salón y se metió en el cuarto de baño. Isabel tiró el cigarrillo y la siguió a toda prisa.

Me acerqué un poco más, hasta el seto que separaba las dos casas. Frank apagó el motor y las luces del coche y de repente todo quedó en silencio. Permaneció fuera.

—¡Morgan! —Vi a Isabel a través de la ventana entreabierta de la cocina. Golpeaba la puerta del cuarto de baño—. ¡Abre la puerta!

No hubo respuesta. Isabel golpeó con más fuerza.

—Morgan, venga —dijo Isabel—. Me estás asustando.

Isabel, asustada. Eso sí que no lo había visto nunca.

Frank entró con las manos en los bolsillos. Se quedó a una distancia respetuosa de Isabel, observando la situación, antes de preguntar:

—¿Quieres que...?

—Vete —le dijo Isabel, haciéndole una seña con la mano. Ni siquiera lo miró—. Luego te llamo.

—Sí, claro. —Ya estaba retrocediendo. Este no era un buen lugar para los pusilánimes. Esperé a que se marchara antes de acercarme al porche.

—¡Morgan! —gritaba Isabel—. ¡Abre la puerta ahora mismo!

Nada. Entré.

—Esto es de locos —dijo Isabel. Tampoco me miró, pero de alguna manera sabía que estaba allí—. Cuéntame que ha pasado —le dijo a la puerta. Luego con más suavidad, suplicando—: Morgan.

—Tal vez sería mejor que... —empecé a decir. Pero no pude continuar.

—Te vas a alegrar, Isabel —dijo Morgan detrás de la puerta. La voz sonaba tensa y ahogada, y tuve que prestar atención para entenderla—. Porque tenías razón. Así que ya puedes celebrarlo.

—Cuéntame qué ha pasado.

El picaporte se movió, tardó un segundo en girar, y Morgan salió. Llevaba la ropa de esa mañana, pero era una pura arruga, y la falda tenía un gran desgarrón en la parte delantera. Se había arañado la rodilla derecha y los ojos estaban hinchados y enrojecidos. En la mano apretaba un pañuelo de papel. Lo que llevaba en el cuello era uno de esos collares hawaianos; *lei* creo que se llaman. Era amarillo y parecía sucio, como si también hubiera sufrido algo grave.

—Dios mío —dijo Isabel al mirarla.

—Adelante, Isabel —dijo Morgan, haciéndole un gesto con el pañuelo de papel—. Date un golpecito en la espalda. Haz lo que sea que hacéis los que siempre tenéis razón.

—¿De qué estás hablando? —dijo Isabel—. Mira cómo has dejado mi falda, por favor.

—¡Tenías razón desde el principio! —gritó Morgan—. Y sé lo mucho que te gusta tener razón. Te va la vida en ello. Así que échate un bailecito o lo que sea. Hazlo de una vez.

Isabel arqueó una ceja.

—¿Por qué no me cuentas lo que ha pasado?

—¿Y por qué te lo voy a contar? —preguntó Morgan. Su voz sonaba aguda y alterada—. Ya conoces toda la historia, de principio a fin. Te has sentido siempre tan orgullosa de tener a Mark bien calado.

Isabel me miró. Yo miré al suelo. Se oía la respiración agitada de Morgan, espasmódica, como la de las histéricas que salen en las películas. Me pregunté si no sería mejor marcharme.

—De acuerdo —dijo Isabel en tono tranquilo. Por una vez, deseé que hubiera

música, muy alta—. ¿Había una chica?

—¡Pues claro que sí! —gritó Morgan—. Había una chica viviendo en el hotel con él. ¿Y sabes lo que era? ¿Lo sabes?

Isabel suspiró.

—¿Una *stripper*? —preguntó.

—¡Sí! —Morgan la señaló con el pañuelo como si hubiera ganado un premio—. ¿Y qué más?

—No lo sé —dijo Isabel con delicadeza.

—Sí, sí que lo sabes —saltó Morgan—. Venga, Isabel. ¡Eres una experta en esto, tía! Adivina.

Observé cómo se movía el *lei* con las sacudidas de su pecho.

—No quiero adivinarlo —dijo Isabel—. ¿Por qué no me lo...?

—Oh, no —dijo Morgan, levantando la mano—. Tienes que adivinarlo. Te daré una pista. También era su... —y dobló los dedos para indicar que venían comillas; por primera vez noté que no tenía puesto el anillo, su piedra de toque... espacio en blanco. Rellénalo.

Isabel miró al suelo. Nunca la había visto tan silenciosa.

—Esposa —dijo en voz baja.

—¡Exacto! —gritó Morgan—. Y aquí tenemos la pregunta del millón. La medalla de oro. ¿Lista?

—Morgan —dije.

—¡Lista! —gritó Morgan sin prestarme atención—. Además estaba... espacio en blanco. ¿Qué? ¿Cómo estaba?

Isabel miró por la ventana de la cocina. Solo se oía la respiración de Morgan.

—¡Venga! También estaba... ¿Cómo estaba, Isabel?

Y entonces Isabel, con una voz tan triste que te partía el alma, dijo:

—Embarazada. Estaba embarazada.

Morgan levantó las manos.

—¡Exacto! ¡Embarazada! ¡De su hijo! Ha ganado usted el sofá y el coche y la vajilla, señorita Isabel. Y el panel final y el bote acumulado. ¡Enhorabuena! —gritó.

Se dio media vuelta y se metió en su cuarto, dando un portazo tan fuerte que hizo temblar el suelo bajo mis pies.

Miré a Isabel.

—Genial —dijo—. He ganado.

Esperamos una hora a que Morgan saliera. Y luego otra. A las dos y media de la mañana, cuando me estaba quedando dormida, Isabel me dijo que me fuera a casa.

—No hay razón para que te quedes —me dijo, y se puso en pie—. Yo dormiré en el sofá y ella estará bien por la mañana.

Miró hacia la puerta del dormitorio. Me di cuenta de que no estaba tan segura.

—Puedo quedarme —ofrecí.

—No. —Ya se había acostado en el sofá y alargó la mano para apagar la luz de la mesita de noche—. Vete. Mañana nos vemos.

Fui hacia la puerta y la abrí de un empujón. Vi la luz de mi dormitorio desde el porche, alegre, esperándome.

—Oye, Colie —me dijo Isabel a mi espalda. El salón ya estaba a oscuras y no la veía.

—¿Sí?

—¿Y qué hacías tú por ahí tan tarde?

—Norman y yo estábamos terminando el retrato —le dije—. Ya está listo.

—Genial —dijo con un bostezo.

—Me ha invitado a cenar mañana; cocina él —añadí en voz baja—. Es una, bueno, una especie de cita.

—¿De verdad? —preguntó, ahora más despierta—. ¿A qué hora?

—No lo sé —dije—. A la hora de cenar, supongo. —Norman no era aficionado a la puntualidad, precisamente.

—Pásate primero por aquí —me dijo. Oí cómo se acomodaba en el sofá. Su voz sonó amortiguada cuando dijo—: Te ayudaré a arreglarte.

—¿En serio?

—Claro. —Ahora estaba adormilada, la voz cada vez más baja—. Mañana todo saldrá bien. Perfectamente.

Cerré la puerta despacio y atravesé el jardín; salté por encima del seto. De camino a mi cuarto pasé por delante del dormitorio de Mira; se había quedado dormida con la luz encendida, escuchando música con los auriculares, a uno de los cuales, claro, le faltaba la almohadilla. Todavía estaba en marcha. Saqué el disco y lo reconocí inmediatamente. Tapé a mi tía con la manta, le quité los cascos y me los puse yo. Ahí estaba la voz de mi madre.

—No creo en el fracaso —decía con su habitual tono seguro y animado—, porque al decir que hemos fallado, ya estamos admitiendo que lo hemos intentado. Y todo el que lo intenta no fracasa. Los que fracasan, en mi opinión, son los que ni siquiera lo intentan. Los que se quedan sentados en el sofá y se quejan y gimotean y esperan que el mundo cambie para ellos.

Sonreí. Había oído estas palabras muchas veces. Y mientras seguía escuchando, fui a la ventana de Mira y contemplé la luna.

Colgaba radiante en el cielo, amarillenta, madura, esperándome. Luego miré hacia la casita. La luz del porche estaba encendida y vi a alguien sentado en los escalones. Alguien con la cabeza entre las manos y un *lei* sucio en el cuello, sentada a la luz del cuarto de Mira.

—Si intentas algo —continuó mi madre, su voz ganando fuerza—, si intentas adelgazar o mejorar o amar o transformar el mundo en un lugar mejor, ya has logrado algo precioso, incluso antes de empezar. Olvídate del fracaso. Si las cosas no salen

como querías, mantén la cabeza alta y siéntete orgullosa. Y vuelve a intentarlo. Otra vez. ¡Y otra!

«Vuelve a intentarlo.» Pensé en mi noche con Norman mientras miraba a Morgan y recordaba lo feliz que se había sentido porque Mark la hubiera escogido a ella. Y me pregunté dónde estaría ese anillo brillante.

«Vuelve a intentarlo.»



A la mañana siguiente Norman y yo fuimos los únicos en presentarnos a trabajar. Aunque era el turno de Morgan, abrí yo sola; por suerte no había mucha gente y pude apañarme. Había pensando que me sentiría rara estando cerca de Norman, pero no fue así. Estuvimos comiendo patatas fritas sin grasa y jugando al ahorcado, escuchando la radio mientras él escribía su lista de la compra sin dejarme verla, tan misterioso como siempre, planeando la «gran cena». De todas formas, me alegré cuando dieron las dos y media y pude cerrar y marcharme a casa para averiguar qué estaba pasando.

—Mira, es demencial —oí decir a Isabel cuando entré en casa—. Esta mañana me levanto y voy con el coche hasta Starbucks solo para comprarle un café de esos pijos que le gustan tanto, ¡y me deja encerrada fuera! Desde entonces no para de llorar y escuchar a Patsy Cline. Está fatal, Mira. Pero fatal.

Entré en el cuarto trasero y vi a Mira sentada a su mesa de dibujo, con Isabel en el sofá a su lado. Estaban bebiendo té helado con aspecto sombrío. A través de la ventana que daba a la casita llegaba música. Música triste.

—Tiene el corazón roto —dijo Mira, clavándose el bolígrafo en el pelo—. Vas a tener que ser paciente.

—Pero debería estar ahí con ella. Siempre he estado a su lado cuando se ha llevado un disgusto, como ahora. No entiendo que de repente crea que todo es culpa mía. —Isabel tenía un aspecto horrible; llevaba el pelo recogido en una coleta lacia e iba vestida con vaqueros, una camiseta rota y nada de maquillaje. Me vio observándola y saltó—: Pensé que salía solo un momento.

—Vale —dije. No tenía intención de pelearme con ella ese día.

—Tiene que echarle la culpa a alguien —explicó Mira.

—¡Pues que se la eche a Mark! —exclamó Isabel dejando la taza de té de golpe sobre la mesa—. Él ha sido quien le ha puesto los cuernos, se ha casado con otra y la ha dejado embarazada. Lo único que he hecho yo ha sido...

—Decirle que él era una mala persona. Que le estaba mintiendo. Que le iba a hacer daño —continuó Mira. Meneó la cabeza apesadumbrada—. ¿No te das cuenta, Isabel? Está avergonzada. Humillada. Y cuando te mira, sabe que tenías razón desde el principio.

—Pero yo no quería tener razón —protestó Isabel—. Es solo que no quería que sufriera.

—Pero ha sufrido —dijo Mira—. Y hasta que no se recupere de la conmoción y entre en razón y se ponga furiosa, tendrás que mantenerte alejada. Y es un mal

momento, con el eclipse y lo demás. Todo está desequilibrado.

Isabel hizo una mueca de exasperación.

—Pero también es mi casa —gruñó—. Ni siquiera puedo sacar mi ropa.

—Dale tiempo —dijo Mira, bajando la vista a la mesa de dibujo—. O, aún mejor —continuó con repentina animación—, dale una tarjeta.

—¿Una qué?

—¡Una tarjeta! —exclamó Mira, haciendo un gesto grandilocuente en dirección a las cajas que tenía a su espalda—. Aquí mismo tienes mil formas de consolarla por su pérdida. Coge una cualquiera.

—No está muerto, Mira —intervine yo.

—Pues debería —dijo Isabel en tono siniestro.

—Adelante —dijo Mira animada—. Coge una. Coge varias.

Isabel se acercó a la estantería y cogió una caja. Mira dio un saltito en la silla, sonriéndome.

—¿Y tú? —me dijo—. ¿Lista para la cita de esta noche? —Se lo había contado esa mañana, durante nuestra sesión de cereales.

—Supongo que sí... —dije, y ella me sonrió.

Isabel abrió una tarjeta y leyó en voz alta.

—«Siento mucho tu terrible pérdida... pero sé que el tiempo y el amor curarán todas las heridas y que tu amiguito vivirá para siempre en tu corazón.» —Miró a mi tía con las cejas arqueadas.

—Un hámster —explicó Mira—. Prueba con otra.

—De acuerdo —dijo Isabel, abriendo otra tarjeta—. A ver qué tal... «Hay un momento en la vida en el que todos debemos aceptar la pérdida de alguien que puede que no fuera real, pero que tuviera una presencia real en nuestros corazones. Sé que esta pérdida te afecta de un modo que algunos no comprenderán. Pero como amiga tuya, yo lo entiendo. Y lo siento mucho.»

—Personaje de telenovela muerto —dijo Mira—. Esa tampoco pega. —Se levantó, se acercó a las cajas y rebuscó dentro—. A ver. ¿Qué tal una sobre un exmarido muerto? ¿O un exnovio?

—Son demasiado agradables —dijo Isabel—. Lo que necesitamos es una tarjeta con mala leche para darle ánimos. Pero nadie las hace así.

Mira se dio media vuelta, cogió un rotulador del pelo y lo volvió a colocar en otro sitio. Estaba pensando.

—Podríamos hacerla nosotras —propuso de repente—. Claro. Le escribiremos una tarjeta. ¡Qué tonta soy! —Volvió a la silla, la puso más alta, sacó una hoja en blanco de papel de dibujo y la dobló por la mitad—. A ver —dijo chupando la punta del rotulador—. ¿Qué decimos? —Miró a Isabel.

Isabel me miró a mí.

—La verdad —dije yo—. Tiene que decir la verdad.

—La verdad —confirmó Mira—. Entonces, por delante, tal vez debería decir algo

así como «Siento mucho que te hayan roto el corazón».

—Perfecto —dijo Isabel.

Mira se inclinó sobre la tarjeta y se puso a escribir con trazos elegantes. Debajo dibujó un corazón partido con una línea quebrada.

—Muy bien —dijo al terminar—. Ahora necesitamos el interior. Es lo más difícil.

Lo pensamos un poco. *Gato Norman* pasó entre nosotras, nos miró a las tres, y se sentó resollando.

—Siento mucho que te hayan roto el corazón... —leyó Mira—, pero...

—Pero —dijo Isabel— «era un cabrón asqueroso y una rata infiel y tú te mereces algo mejor».

—¡Eureka! —exclamó Mira, sacándose otro rotulador del pelo—. Perfecto. Y...

—Y —dije yo—, «como amiga tuya, quiero que sepas que te quiero y que sé que vas a superarlo».

—Excelente. —Mira escribía a toda prisa—. Fenomenal. ¿Sabéis? Me gusta este concepto: tarjetas de venganza. Directas al grano.

—Deberías empezar una nueva colección —le dije mientras la terminaba con una floritura, y le daba la vuelta para firmar por detrás—. Le pones un nombre llamativo, dejas el negocio de la muerte y te dedicas a las tarjetas de ánimo con mala leche.

Mira levantó la vista.

—Tienes razón. —Pensó durante un momento—. ¡Ya sé! —dijo esto apuntándome con el rotulador—. ¡La dieta del desamor! Así la voy a llamar. Me voy a hacer millonaria.

—Sin duda —le dije sonriendo—. Seguro que hay más desamor que muertos, ¿no?

—Vale —dijo Isabel, que se acercó y firmó la tarjeta con rotulador rojo antes de ponérsela debajo del brazo. Deseadme suerte. Espero que ayude.

—Buena suerte —dijo Mira.

—Buena suerte —dije yo—. ¿Sigue en pie lo de después?

—¿Después? —preguntó Isabel.

—Dijiste que me ayudarías a arreglarme —le recordé. Para la cena.

—Ah, claro —dijo. Y crucé los dedos por ellas mientras la veía atravesar el césped hacia la casita.

Sobre las ocho en punto, cuando estaba empezando a anochecer, apareció Norman por el camino. Me quedé junto a la ventana y lo vi descargar la compra: de una bolsa asomaba un apio. Rodeó la casa, con las gafas sobre la cabeza, y se dirigió hacia su cuarto. Pero justo cuando estaba doblando la esquina levantó la vista hacia mí.

Di un paso atrás. Ya me había cambiado dos veces de ropa, pero decidí llevarme una camisa más para que Isabel pudiera tomar la decisión final.

Mira estaba apalancada delante de la tele, comiendo varitas de zanahoria y

preparada para ver el programa de pago *Lucha en la jaula* antes del eclipse. Se estaba pintando las uñas de los pies.

—Te veo a las doce y cuarto —le dije mientras me colocaba detrás de su sillón, viendo cómo un luchador a quien no reconocí sacaba a los Hermanos Lazo de la jaula arrastrándolos de las piernas.

Se volvió y sonrió.

—De acuerdo —dijo—. Quedamos ahí delante.

Cogí la camisa y me dirigí a la casita; cuando vi a Isabel sentada en el porche, aún con la misma ropa, me detuve. Tenía una cerveza en la mano.

—¿La tarjeta no ha funcionado? —pregunté.

Meneó la cabeza.

—No sé qué hacer —dijo, pasando un dedo por el cuello de la botella—. De verdad que nunca la había visto así.

—Se le pasará —dije.

—No sé. —La casa estaba iluminada y vacía. Me pregunté si Morgan habría salido de su cuarto—. Frank vendrá a recogerme para ir a una fiesta dentro de quince minutos y no creo que pueda dejarla sola.

—Bueno —dije, levantando la camisa—, al menos puedes ayudarme a mí a arreglarme. ¿Cuál me pongo?

Levantó la vista.

—No sé, Colie.

—Venga, Isabel.

Dejó la cerveza en el suelo.

—No puedo ayudarte, ¿vale? Esta noche no. Esto es... es demasiado.

—Pero me lo prometiste.

—Bueno —dijo, meneando la cabeza—, pues lo siento.

Me quedé ahí parada. Por detrás de la casa de Mira veía la luz del cuarto de Norman.

—Sin ti, no puedo —dije—. Tú sabes maquillarme y arreglarme el pelo, y todo. Si no fuera por ti...

—No —dijo. Sonaba cansada—. No es verdad.

—¿Qué voy a hacer? —le pregunté—. No puedo ir así.

—Claro que puedes —replicó—. Eres muy guapa, Colie.

—Anda ya. —Sonaba igual que mi madre durante todos aquellos Años Gordos: «Eres guapísima. Tienes una cara preciosa».

—No me necesitas. —Se levantó—. Nunca me has necesitado. Yo no hice más que teñirte el pelo y ponerte un poco de maquillaje. Aquella noche en la playa eras tú misma, Colie. Nada más. Porque, por una vez, tuviste confianza en ti. Creíste que estabas guapa y así lo creyó el resto del mundo.

El resto del mundo.

—No —dije.

—Es verdad. —Sonrió, una sonrisa medio triste—. Es el secreto que nadie te cuenta. Todas podemos ser chicas guapas, Colie. Es facilísimo. Es como Dorothy en *El mago de Oz*, que solo tenía que hacer chocar los talones de los zapatos mágicos para volver a casa. Tú pudiste hacerlo desde el principio.

Dentro de la casa oí abrirse una puerta y volverse a cerrar. Vi un relámpago de algo que solo podía ser Morgan.

Isabel dio media vuelta. Ella también lo había visto.

—Venga —me dijo—. Pásalo bien, Colie. La primera cita es siempre importante. Disfrútala.

—Pero... —dije. Había tantas cosas que quería decirle, preguntarle. El coche de Frank se acercaba al tiempo que Isabel se dirigía a la puerta y volvía a llamar.

—Morgan —dijo. Sonaba cansadísima—. Por favor, déjame pasar.

Me alejé del porche mientras Frank salía del coche. Y luego volví a casa de Mira y a mi cuarto, para prepararme para mi cita y para la luna.

Norman me estaba esperando con velas encendidas, una colcha de *patchwork* muy original en el suelo y música suave —los Grateful Dead, claro— de fondo.

—He estado trabajando como un esclavo —me dijo—. Espero que tengas hambre.

—Pues sí —le dije. Me había decidido por la primera camisa que había elegido y muy poco maquillaje, y me había recogido el pelo igual que la noche de los fuegos artificiales. Me dejé el aro del labio y me ordené a mí misma poner la espalda recta y echar los hombros hacia atrás. Quería creer a Isabel, pero tenía mis dudas.

—Estás guapísima —me dijo Norman—. Toma, un aperitivo.

Había preparado un menú que él denominó Comida Lunar, en honor al eclipse.

Para empezar había hecho unas quiches pequeñas.

«Con forma de luna llena», dijo. Luego ensalada, con salsa de queso azul —el queso, como saben todos los niños, viene de la luna— y pescado fresco del pueblo Moonakis^[2] (un poco traído por los pelos, me dijo, pero se le habían acabado las ideas). Y por fin, de postre, bizcochos de chocolate Moon Pies.

—La verdad —le dije, apuntándole con un bizcocho—, es que haces maravillas con un hornillo.

—Es un don —explicó. Ya se había comido varios; eran su comida favorita, según me había dicho.

—Claro que sí —le dije. Miró a su alrededor. Durante todas las horas allí sentada había memorizado los retratos, los móviles, los maniqués, todo: conocía aquellos objetos de memoria. La única cosa nueva estaba en una esquina, cubierta con una sábana, apoyada contra el muro.

—¿Sabes? —dije—. Durante todo este tiempo he estado pensando en ese cuadro.

—¿Cuál?

Señalé la pared de enfrente, al hombre que se apoyaba contra el coche, riéndose.

—Ese. ¿Es tu padre?

Asintió.

—Sí.

—¿Posó para ti?

—No. —Rasgó el envoltorio del siguiente Moon Pie—. Lo hice a partir de una foto. La tomaron el día que abrió su primer concesionario, el que está junto al puente. ¿Ves ese coche? Es el primero que vendió.

—Vaya —dije, mirándolo más de cerca—. Está muy bien hecho, Norman. Debe de haberle gustado mucho.

—No lo sé —dijo en voz baja—. No lo ha visto. —Hizo una pausa—. No he querido enseñárselo, porque sé lo que piensa sobre mi obra. Pero siempre me ha encantado ese cuadro, ¿sabes? Es algo especial retratar a las personas en el momento en el que son, bueno, lo mejor que pueden llegar a ser. O han sido.

Medité sobre esto mientras observaba la ancha sonrisa de su padre.

—Por eso lo tengo aquí —añadió, limpiándose las migas del pantalón—. Así es como quiero pensar en él.

Durante unos minutos nos quedamos en silencio. Se comió el Moon Pie; solo la gente muy delgada es capaz de engullir tanta comida basura. Al final le dije:

—¿Norman?

—¿Sí?

—¿Me vas a enseñar el cuadro de una vez?

—Tía —dijo—, eres superimpaciente.

—No es verdad —le dije—. Llevo siglos esperando.

—Vale, vale. —Se levantó, se dirigió al rincón, cogió el cuadro y lo colocó contra la barriga rosa de uno de los maniqués. Luego me pasó un pañuelo—. Póntelo sobre los ojos.

—¿Por qué? —pregunté, pero lo hice de todas maneras. Norman, eres un exagerado con las ceremonias.

—Es importante. —Oí que se movía, colocando cosas, antes de venir a sentarse a mi lado—. Vale —dijo—. Ya puedes mirar.

Me quité la venda de los ojos. A mi lado, Norman observó cómo me contemplaba a mí misma por primera vez.

Y era yo. Al menos, era una chica igual que yo. Estaba sentada en el escalón trasero del restaurante, con las piernas cruzadas colgando. Tenía la cabeza ligeramente inclinada, como si le acabaran de preguntar algo y estuviera esperando el momento perfecto para responder, sonriendo ligeramente detrás de las gafas de sol que reflejaban el cielo azul.

Pero la chica era algo más. Algo que yo no había esperado. Era hermosa.

No era una hermosura prefabricada como la de los rostros que rodeaban el espejo de Isabel. Y tampoco una belleza fácil, casi sin esfuerzo, como la de Caroline Dawes.

Esta chica que me miraba, con su aro en el labio y su media sonrisa —no del todo merecida— sabía que no era como las demás. Conocía el secreto. Y había hecho chocar tres veces los talones para encontrar el camino a casa.

—Qué pasada —le dije a Norman, y alargué la mano para tocar el cuadro, que todavía no me parecía real. Mi propia cara, rugosa y granulada al tacto, me miraba—. ¿Así es como me ves?

—Colie. —Estaba justo a mi lado—. Así es como eres.

Me volví a mirarle, examinando su cara igual que él, durante todas esas semanas, había examinado la mía. Quería recordarla, no solo en ese momento, sino todo el verano y para siempre.

—Norman —dije—, es precioso.

Y entonces levantó la mano, como había hecho tantas veces en mis pensamientos, y me rozó la mejilla al apartarme el mechón de pelo de la cara. Y, esta vez, no retiró la mano.

Pensé en tantas cosas mientras se inclinaba para besarme: el universo giratorio, un millón de transportadores y, por último, esa otra chica que también era yo, sentada en el escalón, que sonreía como si no viera o no le importara el cartel colgado sobre su cabeza.

Última Oportunidad.

Todavía estábamos besándonos cuando de repente oí música. Música altísima, demencial, arrolladora, que venía de la casita.

—¿Qué es eso? —pregunté, apartándome para escuchar.

—Isabel —dijo Norman contra mi pelo—. Su vida está siempre a todo volumen.

—No —dije separando lentamente mis dedos de los suyos; me levanté y fui hacia la puerta—. Isabel ha salido con Frank. La única que está es...

El volumen subió aún más. Era música disco, desenfrenada y maravillosa, el ritmo machacón y una voz de mujer que ascendía y descendía por encima de él.

At first I was afraid, I was petrified...

—Morgan —dije—. Es Morgan. —Y cuando salí al patio, junto a los comederos de los pájaros, la vi. Estaba bailando en la cocina iluminada, agitando los brazos sobre la cabeza y meneando las caderas.

O se había vuelto totalmente loca o había logrado dar un gran paso.

—Ven —le dije a Norman—. Vamos.

La canción terminó mientras cruzábamos el jardín. Y volvió a empezar. Cuando abrí la puerta me entró la preocupación de no ser capaz de enfrentarme a lo que iba a pasar. Pero para entonces ya me había visto.

—¡Colie! —gritó, haciéndome gestos para que entrara. ¡Adelante!

Crucé el umbral con Norman a mi lado; me cogió de la mano.

—Morgan, ¿qué pasa? —le pregunté.

—¡Norman! —chilló, corriendo hacia nosotros—. ¡Miraos a los dos! ¡Hacéis una pareja tan bonita!

La música estaba tan alta que teníamos que gritar.

—Morgan, ¿te encuentras bien?

Estaba dando saltos y meneando la cabeza, pero de repente se paró.

—Venga —dijo—. Bailad conmigo.

—Oh, no —dije—. Yo no...

—Por favor —insistió. Me tomó la mano y le dio un apretón. La miré a los ojos y recordé el primer día que la había visto en el Última Oportunidad.

—Morgan —dije.

—He estado a punto de volverme loca —explicó atropelladamente—. Llevo casi veinticuatro horas llorando sin parar y no tengo ni idea de qué voy a hacer con mi vida. Nada va a ser como esperaba. Tengo que empezar de cero, y eso me da pavor, Colie. Y de repente me he dado cuenta de que esta noche no puedo hacer nada al respecto. Excepto esto.

La canción terminó. Y volvió a empezar.

At first I was afraid, I was petrified...

—Todo va a salir bien —dije. Era la primera vez en mucho tiempo que lo creía de verdad—. Seguro.

—Venga —dijo, y me dio un leve tirón en la mano—. Eres amiga mía, Colie. Baila conmigo.

No quería. Pero se lo debía a Morgan. Así que cerré los ojos y dejé que me llevara al centro del salón, hacia la música.

Me dije que no pensaría en la cafetería de la escuela secundaria central. Mientras bailaba —y bailé—, pensé solamente en esa chica sentada en la parte trasera del Última Oportunidad, con las gafas de sol y el aro en el labio. A ella no le daría miedo bailar, y a mí tampoco.

La canción se repitió dos veces más y seguimos bailando; Morgan y yo moviéndonos juntas, riéndonos, y Norman dando unos extraños saltos por todo el cuarto. Todo el mundo es ridículo bailando. Lo que pasa es que yo siempre había estado tan preocupada por mí misma que no me había fijado en los demás.

La canción empezó por cuarta vez cuando Morgan se detuvo de repente, con los ojos clavados en la puerta. Norman y yo nos estábamos dando golpes de cadera y no nos habíamos dado cuenta, hasta que me golpeó demasiado fuerte y me mandó volando hacia la puerta, donde estuve a punto de chocarme contra Isabel.

Estaba allí parada, mirándonos. Frank le daba la mano.

Me pregunté qué sentiría en este momento. Tal vez la misma tristeza extraña que había sentido yo al verlas bailar a las dos todas aquellas noches desde mi tejado.

Norman y yo seguimos bailando. Isabel estaba mirando fijamente a Morgan, y Morgan le sostuvo la mirada.

—Lo siento —dijo Morgan en voz alta. Norman y yo nos detuvimos; yo estaba

sin aliento—. No fue culpa tuya.

—Nunca quise tener razón con lo de Mark —dijo Isabel—. Solo quería...

—Ya lo sé —dijo Morgan. La canción se detuvo un segundo. De repente estábamos todos en silencio. Ella extendió la mano, con la palma hacia arriba—. Ya lo sé.

Isabel la miró y luego soltó la mano de Frank. La música comenzó de nuevo. Era la apoteosis final y Norman me agarró y me hizo girar justo cuando Isabel tomaba la mano de Morgan, inclinaba la cabeza hacia atrás en una carcajada y cerraba los ojos.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Frank detrás de mí, mientras Isabel y Morgan chocaban cadera con cadera, las dos riéndose como locas.

—Es cosa de chicas —le dije. Y Norman y yo nos acercamos a ellas, formando un círculo demencial, y bailamos juntos la canción.



A la doce y cuarto fuimos a buscar a Mira bajo la luna.

Norman y yo íbamos de la mano, e Isabel y Morgan cerraban la retaguardia. Frank se había ido a casa; quizá el bailoteo le había cortado el rollo.

—No pasa nada —dijo Isabel—. De todas maneras era un soso.

—Voy a tener que empezar de cero —gimió Morgan. Oh, no, voy a tener que volver a salir con chicos.

—Te irá bien —le dijo Isabel, mientras saltábamos el seto—. Nos mudaremos de ciudad, conoceremos a chicos distintos.

—¿Sí? —dijo Morgan—. Tía, pues sí, tendríamos que mudarnos. Podríamos ir a cualquier sitio. Y reinventarnos, como en el instituto.

—Solo si me prometes hacerte el mismo corte de pelo que llevabas en el instituto —se rió Isabel—. Entonces conoceríamos a todos los tíos del mundo.

—Era un buen corte —se defendió Morgan—. Vale, pero entonces tú tendrías que ponerte aquel colgante cursi que llevabas siempre, el de la rana. Y aquellas gafas. Y...

—Vale, vale —interrumpió Isabel—. Has ganado. Nos quedamos como estamos.

La prima de Isabel. La pringada de las gafas.

Me giré para mirarla. Iba agarrada del brazo de Morgan, riéndose. El pelo rubio. Las facciones perfectas. La chica guapa.

Así que por eso me entendía.

Ahora estábamos bajo el cielo despejado, las estrellas desperdigadas sobre nuestras cabezas. Y Mira avanzaba por el césped, mirando hacia arriba para contemplar lo poco que quedaba de la luna.

Cuando llegó hasta mí, quise decirle algo importante, algo grandioso para la ocasión. Porque tal vez habían sido ella, Isabel, Morgan y Norman los que me habían ayudado a que por fin me convirtiera. O quizá, solo quizá, podría haberlo hecho yo sola desde el principio.

Pero no tuve oportunidad. Mira habló por todos.

—Muy bien —dijo, mirando la luna, apenas una línea en el cielo—. Ya puedes empezar.

Y mientras contemplábamos en silencio cómo desaparecía poco a poco, observé los rostros de todas esas personas que significaban tanto para mí. Hacía dos meses, cuando el tren paró en Colby, la idea de que podría llegar a ser lo que era ahora me parecía algo imposible. Tan imposible, de hecho, como atrapar la luna.

Pero ahora, al verla desaparecer, Norman me apretó la mano y entendí, cuando el eclipse se hizo total, lo asustado que debió de sentirse de niño, metido en su saco de dormir en el jardín. Porque, en cualquier vida, es difícilísimo creer en lo que no se puede comprender del todo.

Miré a mis amigos, sabiendo que siempre recordaría ese momento. Y luego elevé la vista al cielo y puse toda mi fe en la luna y su retorno.

AGRADECIMIENTOS

Quisiera dar las gracias a Janet Marks y a la familia Hensley por su presencia y apoyo inquebrantables, y a Phil y Vicky Campbell por los años que pasé en el restaurante Flying Burrito, la inspiración de esta historia y muchas otras. Gracias.

Notas

[1] Letra de la canción «I will survive», de Freddie Perren y Dino Fekaris, interpretada por primera vez en 1978 por Gloria Gaynor. El comienzo de la canción que aquí se cita dice: «Al principio tenía miedo, estaba petrificada. Creía que nunca podría vivir sin ti a mi lado. Pero pasé tantas noches pensando en lo mal que me trataste. Y me hice fuerte. Y aprendí a salir adelante. Y ahora vuelves desde el espacio exterior, acabo de entrar y te encuentro aquí con esa expresión triste en la cara...». (N. de la T.) <<

[2] *Moon* es «luna» en inglés. El nombre del pueblo incluye la palabra «luna». (*N. de la T.*) <<